



ABRIL
7
VIERNES

PATORRUZÚ

20 cts.
EN TODO
EL PAIS

BUENOS AIRES, ABRIL 10 DE 1939 • AÑO III N° 82

ALEGRE UN RINCON DE SU HOGAR
EL FAMOSO MUÑECO

PATORUZÚ

DESDE

**UN REGALO CON EL QUE
SIEMPRE QUEDARA BIEN**

\$ 1,95

**EN VENTA EN TODOS LOS
BAZARES Y JUGUETERIAS**

**LOS MUÑECOS LEGITIMOS LLEVAN UNA ESTAMPILLA NUMERADA
DE GARANTIA DEL SINDICATO DANTE QUINTERNO**



HEMOS VISTO, CHEI, QUE...



cia y 'e su juerza, no han recibido el uniforme 'e caye. ¡A no hacerse de rogar, po, que con unas piezas 'e género y un poco 'e güena voluntá se liquida en menos que canta un gayo, y nada cuesta darle el alegrón a la muchachada, que está ansiosa por lucirlo!...

...**N**O bien un flete nacido en nuestro país se adornó con el premio más importante 'e los Estados Unidos, los "deportistas" 'e la tierra 'e los millones comenzaron a caer por estos pagos, con el tirador reventando 'e patacones, pa parar una tropiya flor 'e chusos 'e la misma cría y echársela por delante. ¡Lindazo el nigocio, chei, aunque nos risultaría mejor si se los yevaran, aunque juera rigalao, a tuitos esos fletes 'e las carreras 'e cabayos, deporte e' reyes..., pero que disgraciadamente les tira más a los pobres!...



...**Y**A yevan cumplidos tres meses en el ejército los melicos 'e la última hornada, y entuavía es la hora en que muchos 'e los conscriptos qu'están prestando a la patria el servicio 'e su juventud, entusiasmo, inteligente



...**P**ARECE que andan algunos interesaos en lotiar la Patagonia pa levantar un barrio parque, con cervecería y tuito. ¡Lo siento por ojos, canejol... ¡Lo que les pasó a otros que pusieron sus ojos en estas tierras y se vinieron por dos veces tocando a degüeyo, atravesándoseles el güesito en la garganta y apenas si pudieron meternos unos ferrocarriles, debió servirles d'ejemplo!... ¡Si hubiesen sabido cómo trataba mi tata a los soplones 'e otras tribus, ni apenas asomaban la nariz por la Patagonia!

...**E**N la actualidad hay en trámite cerca 'e ciento setenta mil pleitos, y como en los tribunales no pueden repartir el tiempo en tomar los cafecitos



y atender los libracos, la Cámara di Apelaciones se ha dirigido al P. E. reclamando el nombramiento 'e diez jueces y dos camaristas más, pa que den una manito. ¡Con tal qu'el Ejecutivo no seniegue, y la Cámara l'entable pleito, chei!



¡QUE hermoso sol en Palermo!... ¡Y cuántos pájaros en las ramas!... ¡Aunque no sea más que por ese cielo de porcelana, por el sol, por el canto de los pájaros y el murmullo de la fuente, vale la pena vivir!

Fulgencio respira a pulmón lleno.

—¡Ah!... — exclama en correcto castellano.

Irene camina a su lado con breve paso.

Todo convida al amor esa tarde serena. Fulgencio no puede substraerse al encanto de la naturaleza.

Está empleado en una fuerte compañía inglesa, importadora de papel de barrilete. Tiene un cargo importante: es el segundo jefe. "Después del jefe — suele decir con cierto orgullo— mando yo". Gana buen sueldo. Lleva lentes sobre la nariz aguileña. Es rubio y pálido. Tiene dos dientes de oro y espera, con el tiempo, cuando sea jefe, tenerlos de platino. Su corbata es de color rosa con pintitas verdes y lleva un alfiler de forma herradura con brillantes falsos que parecen verdaderos, porque todo parece verdadero en un día tan bello. Hasta el amor de Irene...

Fulgencio es un joven de porvenir. No diremos como el de Napoleón, pero garantizado. El día que ocurra un buen suceso — cuando muera mister Carrodila, su jefe —, Fulgencio dará un gran paso en su vida. Estará a caballo. Es decir, estará en una "voiturette", último modelo, paseando tranquilamente, con su Irene, por los lagos de Palermo. Porque si un segundo jefe puede disponer de un par de horas, un jefe puede disponer, tranquilamente, del día entero. Irene camina a su lado, orgullosa, coqueta, victoriosa sobre sus veinte primaveras. Ella también espera triunfar en las tablas. Es corista, pero llegará a "vedette". Basta mirarla un rato, para que el corazón se arrugue como el último billete de un peso que nos queda en el fondo del bolsillo. Los que pasan junto a la pareja, la miran a ella. Y piensan — vaya si lo piensan — que, con ella al lado, en un día como ese y en Palermo, no hace falta para nada la lotería para ser feliz. Con ella basta: es el premio mejor en el bolillero caprichoso de la vida.

¿Cómo es posible que esa deliciosa criatura se haya enamorado de un tipo de corbata color rosa con pintitas verdes y una herradura con brillantes falsos?... Misterios de la psicología femenina. Pero... ¿Está enamorada, verdaderamente enamorada de Fulgencio?... ¿Quién entiende a las mujeres? Fulgencio podía considerarse el hombre más dichoso de la compañía inglesa, de todas sus sucursales del interior y del exterior. Por lo tanto, era refractario a todo género de emo-

UNA FACTURA

ciones que no le llegaran de su adorada Irene. Y esa tarde, su emoción se desbordó como un río crecido, cuando Irene, sin decirle palabra, le entregó la factura de madame Chebes. Fulgencio pegó tal salto que casi se sube a un árbol.

—¡Quinientos pesos!... — exclamó.

Su terrible sorpresa era explicable, por cierto. Con una factura semejante, cualquiera pierde el sentido.

—¿Quinientos pesos?... — murmuró.

—Sí — respondió Irene —. ¡Pero es de madame Chebes!... ¡No lo olvides, querido!

La tarde era espléndida. Pero Fulgencio no la veía ya así. Para él, la tarde se había nublado lamentablemente. Cinco billetes de cien, o diez de cincuenta, o cincuenta de diez, se interponían entre el sol y él.

Cuando se despidió de Irene, y mientras se encaminaba a la compañía inglesa, Fulgencio iba diciendo para sí mismo:

—Es necesario pagar esa factura. No me queda otro remedio. Pero, ¿cómo?... ¡Esta es la cuestión!... ¿De dónde diablos voy a sacar quinientos pesos?... ¡Ah, esta Irene, todo lo que me cuesta!... ¿Pedir un anticipo?... ¡No, no, de ninguna manera! Entrarían a sospechar. Pensarían que juego a las carreras, y mi carrera quedaría trunca. Entonces, el día en que muriera mister Carrodila no sería jefe...

Fulgencio se detuvo en una esquina. Se apoyó contra una pared. Puso su mano sobre su frente. Ardía. ¡Pobre Fulgencio! ¡Amaba tanto a Irene! No quisiera perderla por nada

del mundo. Su amor exigía el pago de una factura, de una simple factura..., ¡y era preciso que la pagara!

Pero..., ¡y siempre la misma interrogante!..., ¿de dónde sacar quinientos pesos?... Podría pedirlos prestados a su jefe, a mister Carrodila. Decirle toda la verdad. Confiarse a él como a un hermano o a un amigo. Mister Carrodila conocía a Irene de vista. La vió más de una vez cuando Irene fué a la oficina en busca de Fulgencio. ¿Y si mister Carrodila lo

sentaba, se metió en el despacho del jefe y robó la cartera. Una cartera de cuero de Rusia.

En seguida de cometer el delito, Fulgencio se encerró en su oficina y se dispuso a revisarla. Lo

DE MADAME CHEBES

traicionaba? Una sola palabra al vicepresidente del directorio y ¡adiós carrera!

Entonces, ¿qué hacer?... ¿Irene no merecía un sacrificio de su parte? Sí, lo merecía. Irene lo amaba. Debía responder a ese fiel amor. Por Irene debía ser capaz hasta... ¡de robar! ¡Cualquier cosa antes de perderla!

Fulgencio nunca había robado a nadie. Ni siquiera un escarbadiante en el restaurante. Una vez devolvió un paraguas a un amigo. No quiso quedarse con él (con el paraguas, se entiende). Pero... ahora... Para conservar a Irene, tenía que pagar su cuenta de madame Chebes. Era justo. Y para pagarla, no le quedaba otro camino que el robo.

Convencido de que sólo el robo podía salvarlo, Fulgencio trazó un plan.

—Yo le saco la cartera a mister Carrodila — se dijo —. Jamás imaginará que fui yo. Sospechará del ordenanza, del auxiliar, del tenedor de libros, del portero, de cualquiera... Pero serán sospechas y nada más. No se perjudicará nadie, salvo, claro está, mister Carrodila. Mister Carrodila tiene dinero. Despojarlo de su cartera es cosa fácil. Deja su saco colgado en la percha, en su oficina. Entraré rápidamente y asunto concluido.

Fulgencio llegó a la oficina. Se dirigió a su escritorio y se puso a hacer como si trabajara. Mister Carrodila hacía lo mismo en su despacho.

Al anoecer, el vicepresidente del directorio, como solía hacerlo todos los días, llamó a mister Carrodila. Fulgencio aprovechó la oportunidad que se le pre-

Por
AVELLON

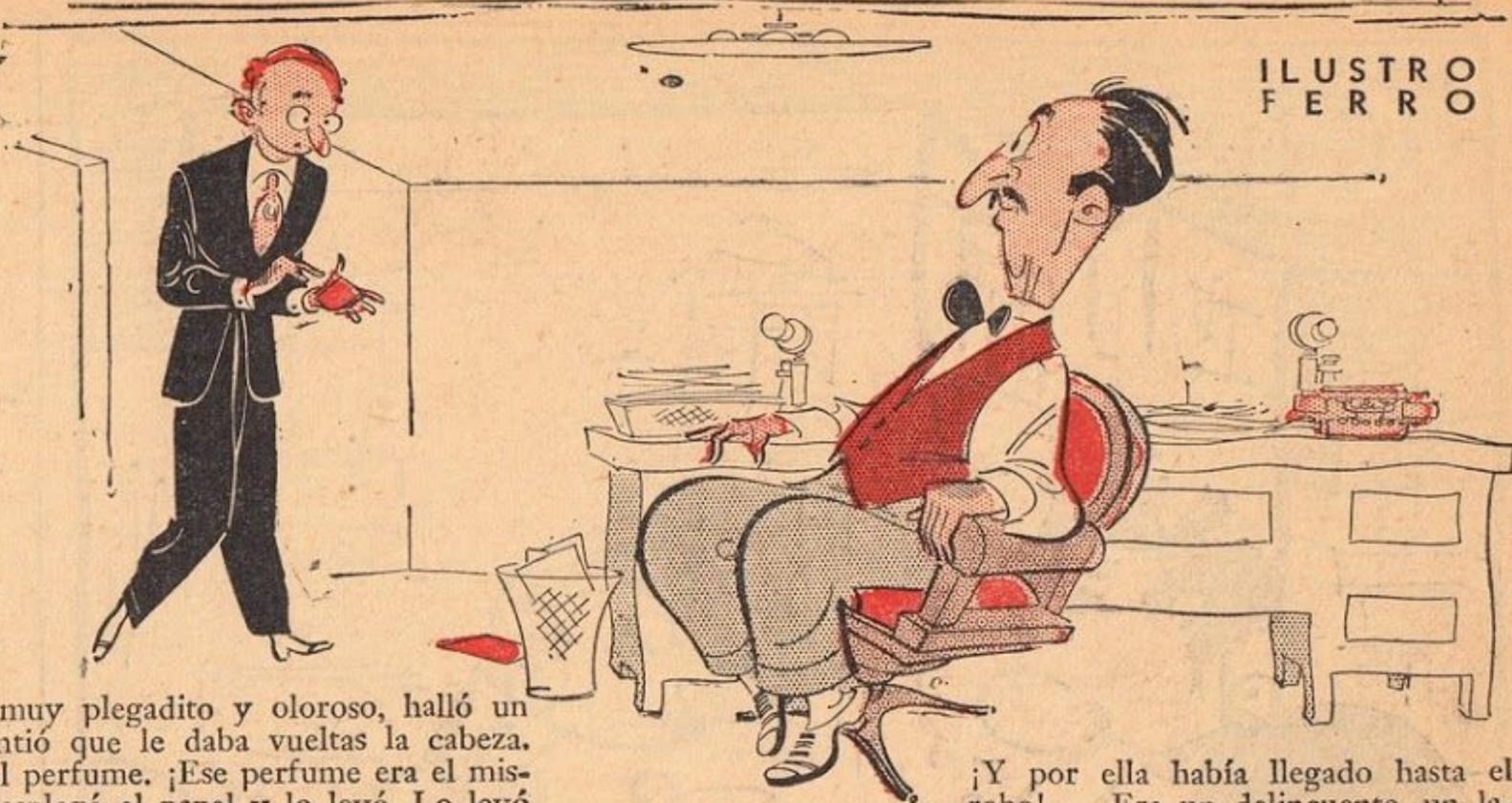
esperaba una amarga sorpresa. En un compartimiento halló un boleto de tranvía. En otro, una rifa del año pasado. Y ni un sólo peso moneda nacional. Pero, todavía le esperaba otra sorpresa.

En un rinconcito, muy plegadito y oloroso, halló un papel. Fulgencio sintió que le daba vueltas la cabeza. Había reconocido el perfume. ¡Ese perfume era el mismo de Irene!... Desplegó el papel y lo leyó. Lo leyó una vez, dos, tres, cinco, diez veces. Decía así:

“Mister Carrodila. My Dear: Estoy resuelta a dejar para siempre a Fulgencio. No es mi tipo. Me he convencido. No puedo soportarlo más. Me irrita pensar en él, en su corbata color rosa con pintitas verdes, en su herradura con brillantes falsos, en su pelo color barba de choclo. No, no puedo soportarlo más... El sueño de Fulgencio es llegar a ser jefe. Dudo que llegue. En el mejor de los casos, un día podría ser la esposa del jefe de la Compañía Inglesa Importadora de Papel de Barrilete. ¿A qué esperar si puedo serlo sin necesidad de Fulgencio?... ¡Oh, Carrodila!... Estoy decidida a todo. Abandonaré el teatro. Dejaré

de soñar con flores, aplausos, joyas... Todo lo sacrificaré en aras del nuevo amor que ha nacido dentro de mí, casi sin darme cuenta de ello. ¡Como si todo fuera un sueño!... ¡Una ilusión!... ¡Vendrás mañana, Carrodila?... Encárgale a Fulgencio uno de esos trabajos que no le permiten levantar la cabeza en todo el día.”

Después... Fulgencio leyó la firma. ¡Era ella, Irene!... ¡Y él estaba loco, buscando quinientos pesos, para pagar la cuenta de madame Chebes!



¡Y por ella había llegado hasta el robo!... Era un delincuente, un ladrón por amor. ¡Ah, la infiel!...

Todos los sueños de Fulgencio se derrumbaron como un castillo de naipes. Había estado ciego hasta ese instante. ¡No merecía ella sus sacrificios!

—¿De manera que con mister Carrodila, eh?... ¡Ah, esto no puede quedar así!... — se dijo Fulgencio, encendido de ira.

Pero, en seguida, pensó que lo mejor era no armar escándalo. Se perjudicaría. Arruinaría su carrera. Y el día en que ocurriera un buen suceso — la muerte de mister Carrodila, por ejemplo —, no sería él el llamado a reemplazarlo.

Después de todo..., ¿valía la pena perderse por una mujer? Se repitió la pregunta una y mil veces. ¿Valía la pena?...

Se puso de pie. Con la cartera en la mano, se dirigió al despacho de mister Carrodila. El jefe estaba allí. Fulgencio entró sin llamar y dijo:

—Señor jefe, ¿esta cartera es suya?...

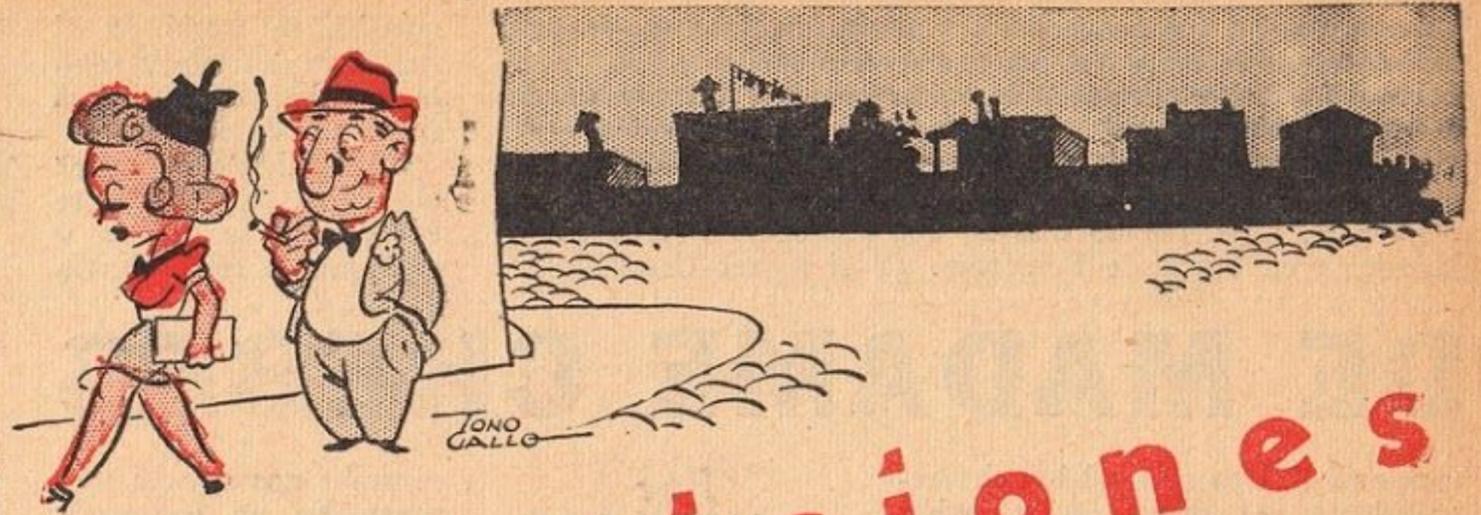
—Sí — respondió el jefe sorprendido —. ¿Cómo está en su poder?...

—Acabo de encostrarla en el pasillo... Se le habrá caído, sin duda...

—Muchas gracias, Fulgencio...

Fulgencio abandonó el despacho. Pero, casi inmediatamente, regresó, y, encarándose con el jefe, le dijo, al tiempo que le extendía la factura de madame Chebes:

—¡Me olvidaba, mister Carrodila!... ¡Esta factura de madame Chebes le corresponde pagarla a usted!...



Definiciones

Por MARIANITO

"Sus Seguros Servidores", es una mentirita comercial.

Un pote de sales aromáticas es una dama sensible. O un boxeador.

"¡Tiene que hacerse una norma de conducta!", es alguien que no la tuvo jamás.

Un cigarro de hoja es un señor acaudalado y un pordiosero que lo sigue.

Un frasco de agua de azahar es un internado de señoritas.

"Tratá de arreglar tus cosas" es uno que "no puede" prestarnos diez pesos.

"¡Adiós, simpática!", es algo que hay que pensar bien antes de decir. Puede ser una cosa intrascendental, como así el primer paso al matrimonio.

Un gato en una cocina es un chiste de restaurantes.

Un muchacho que la familia "no sabe a quién sale" sale al tío sinvergüenza.



¡Está embolsado el padrino! ¿Qué será de su destino?



¡Ah, coraje del ahijado, que corre con acoplado!



Le quita, con desamor, el nombre al remolcador.



Si él supiera una cosa, ¡que no es esa "La Curiosa"!



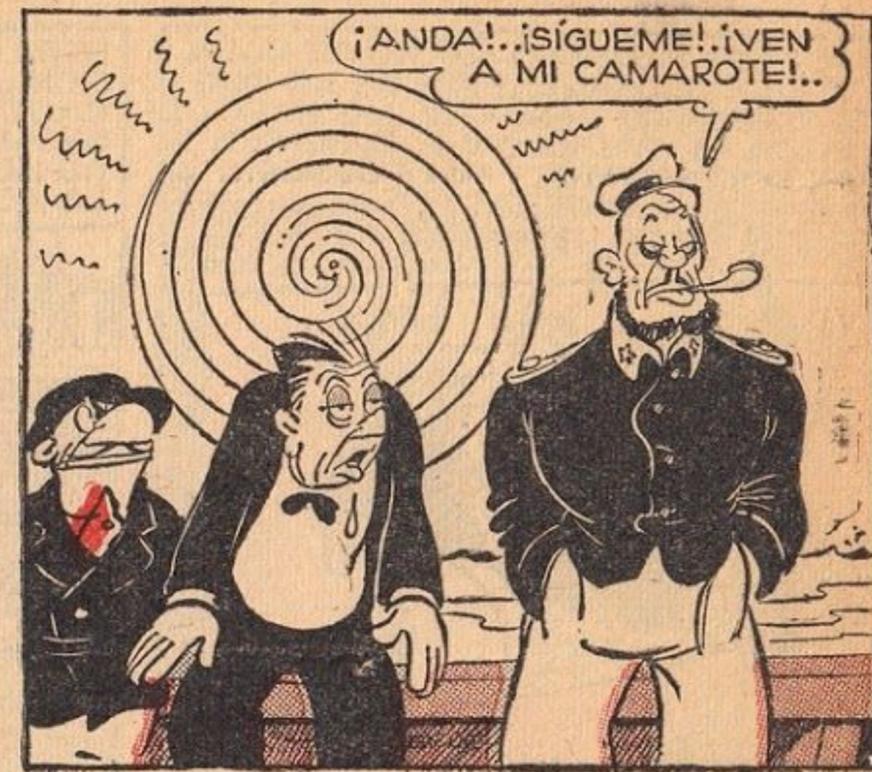
Lo van a pasar muy mal. ¡La lancha enfila el canal!



No es un tipo temerario, quien se alarma en el estuario.



¡Enorme poder hipnótico! ¿Tendrá en los ojos narcótico?



Firmó, en su estado inerte, ¡ser espía hasta la muerte!





Nombre: ISIDORO.
Nacionalidad: Argent.
Edad: 30 años

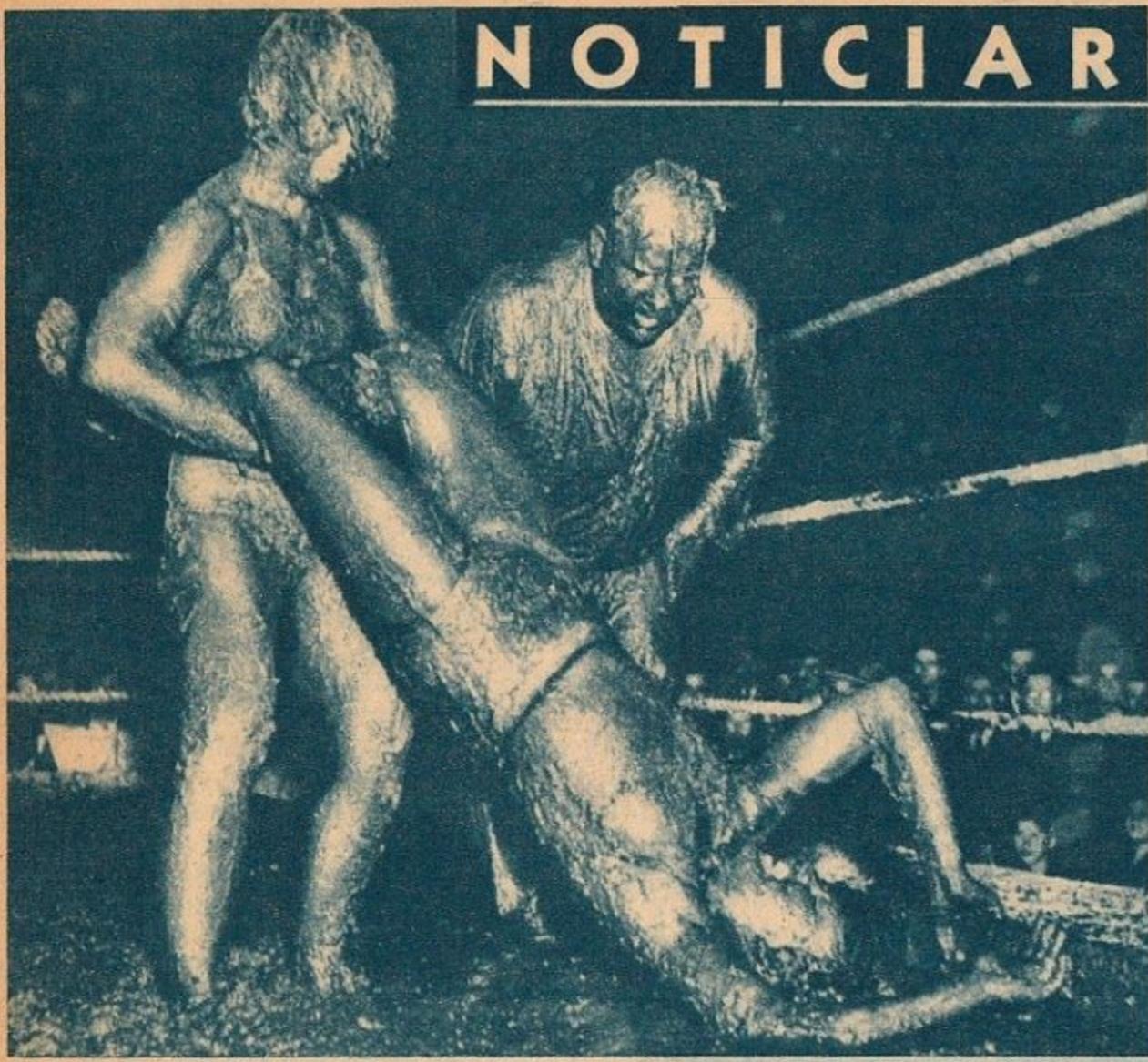
Yo, Isidoro, agente 1HP, me incorporo con lazos indisolubles a esta honorable entidad de espionaje, por propia voluntad. JURO NO TRAICIONARLA. Si así lo hiciere, RENDIRÉ EXPLICACIONES A LA PARCA!

Isidoro

ISIDORO HA SIDO FICHADO! ¡ESPIA CONTRA SU PROPIA PATRIA! ¡CÓMPlice AUTOMATA, BAJO EL PODER HIPNÓTICO DEL PELIGROSO JEFE "X-215"! ¿ALCANZARÁ TAMBIÉN A PATORUZÚ LA MARAÑA DE ESTA RED DE ESPIONAJE?

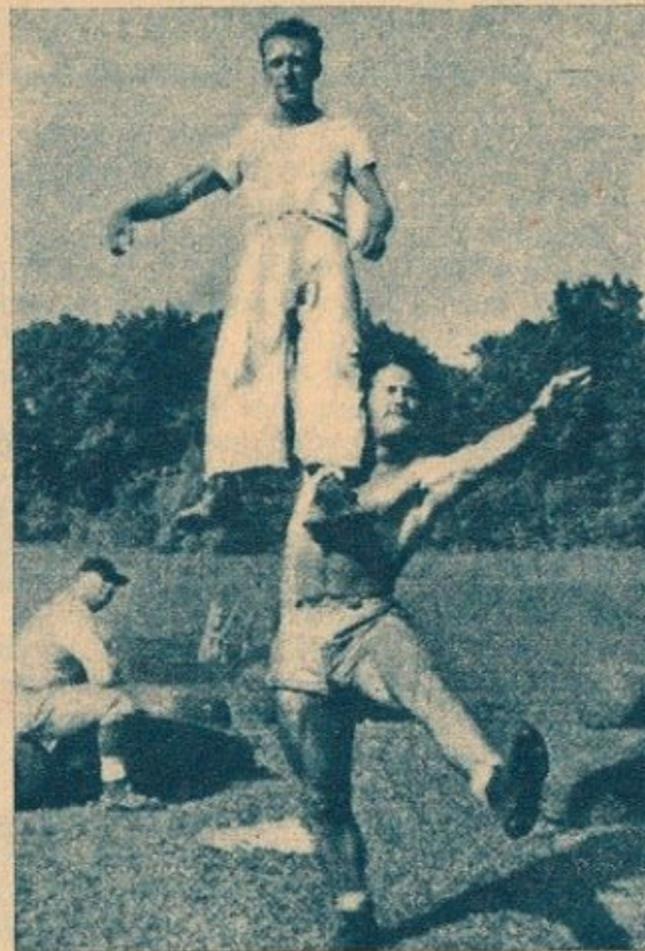
NOTICIARIO PATORUZONE

(PANORAMA MUNDIAL)

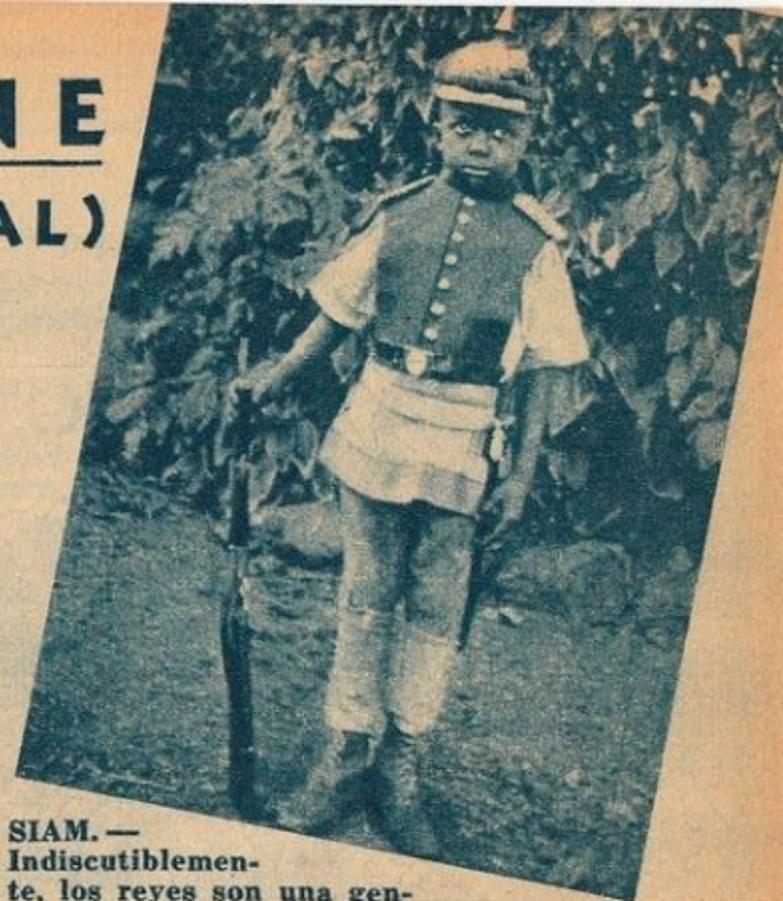


A CARGO DEL MAJOR ROSKOE FIELDS Jr.

●
BUENOS AIRES, (Rep. Arg. South América). — Los innumerables aficionados y los socios que el domingo 26 de marzo llenaban las instalaciones que el club Gimnasia y Esgrima posee en Palermo, fueron sorprendidos por el original enojo de este atleta, especialista en arrojar la bala, que, enfurecido por no hallar a mano el adminículo, utilizó al entrenador para ese fin.



SIAM. — Indiscutiblemente, los reyes son una gente de lo más divertida que se pueden pedir. Y, además de divertida, generosa y agradecida. Desde aquel monarca que ofreciera su reino por un caballo hasta el que perdiera un imperio por una Wally, han desfilado innumerables casos similares. El último es el del rey Prajadipock, quien nombró ministro de guerra al hijo de su palafrenero, porque jugaba muy bien a los soldados con el príncipe heredero.



MONTEVIDEO, (R. O. del U.). — Con motivo de la encarnizada disputa del último Campeonato Sudamericano de Box, la comisión organizadora del mismo decidió animar el espectáculo con alguna nota original. Organizaron un torneo femenino, como suplemento, pero, por deficiencias técnicas, aquello fué un barro.

●
BALTIMORE, (EE. UU.). — Desde que, hace unos cuantos años, abolieron la ley Seca en este país, las niñas y los caballeros están con una espiritualidad imposible, y parecen vivir en perpetuo derroche de gracia y "sprit". Véase sino a Judith Tracy, blonda millonaria, sirviendo a un amigo la soda del whisky que acostumbra a tomar solo.



OKLAHOMA, (EE. UU.). — Esta región ganadera del país de los dólares a patadas se vió recientemente afectada por sucesivos robos de ganado en pie. Inútiles fueron los esfuerzos del "sheriff" y las investigaciones particulares de un vaquero, buen mozo, para dar con los cuatreros. Tuvo que ser Jackie Home, un niño de cuatro años, quien se calara los guardamontes y diera con los ladrones, aunque para ello tuvo que dar la vida Tommy, el San Bernardo que le sirviera de cabalgadura.



ARTURITO BARRIOVIEJO

(UN MUCHACHO DERECHO) • Por BILLY KEROSENE

¡CRIA cuervos y te sacarán los ojos!

Eso fué lo que le dije a Arturito cuando me contó las otras noches, dos antes de la pelea con Borgonovo, el cambio experimentado en la humanidad de Pepino. De aquel muchachote grande y educado, un poco corto de genio y muy ceremonioso, sólo quedaba, como un resto de su antigua "cultura", el sombrero diplomático y el "sí, señor", del cual no podía desprenderse, porque lo llevaba en el alma. ¡Pepino se le rebelaba a su manager!

—Ayer se estaba entrenando — me contaba Arturito, desanimado —. Le hago una indicación. Le digo: "Empleá la zurda y no tires zapallazos de balde". Y Pepino dejó de boxear, se acercó hasta donde yo estaba y tiene el tupé, ¡matate!, el tupé de decirme: "Diga, ¿me quiere tener la gentileza de decir si soy yo o usted el que se recibe los bollos? ¡Ya me tiene virtualmente seco, señor!"

—¡Canalla! — no pude menos que borbotar —. ¡Mal agradecido!

—¡Después de todos tus sacrificios! ¡Del campero, del traje color sangre de buey!... ¡De todo lo que hiciste!...

Arturito bajó los ojos, y su mirada, perdida en el infinito, me dió a entender que estaba desilusionado de Pepino. El día de la pelea con Borgonovo fuí al Club Los Trasnochadores. Arturito me pidió por favor que lo acompañase. Pepino había estado esa mañana en su casa acompañado de su madre. Me contó lo que pasaba en el viaje:

—No quería pelear si no le daba veinte pesos adelantados. Tenés que ver la escena que me hizo la madre. Hasta me gritó. Me dijo que yo era un explotador de su hijo, que él había abandonado los "estudios" por el boxeo...

Pero, ¿qué estudios abandonó Pepino? —Y... estaba aprendiendo a leer y escribir en un colegio nocturno...

Arturito estaba completamente desmoralizado.

—Mirá, qué querés que te diga. ¡Me gustaría que a Pepino le dieran esta noche una buena pateadura, para que se le bajaran los humos!

Esta declaración de Arturito me dió la sensación hasta qué punto lo habían lastimado las incorrecciones de su pupilo. Yo también lo deseaba ardientemente.

Llegamos. Pepino estaba en la puerta del Club con unos amigos. Resplandecía con su traje nuevo y su campero. Debía estar diciendo algo chistoso, porque la "barrita" que lo rodeaba coreó su salida a carcajadas. Cuando nos vió, nos saludó con un movimiento de cabeza imperceptible. ¡El cambio era absoluto! Del Pepino de hacía dos meses no quedaba nada. ¡Tan culto, tan modesto, tan respetuoso!

—Y... ¿cómo están esos ánimos? — le pregunté, tanto como para romper el hielo.

—Y... aquí estamos, che. ¿Qué querés que te diga!

¡Pepino me tuteaba! ¡Era inconcebible! Seguimos con Arturito. No quise comentar para no amargarlo.

—¡Buena suerte! — le dije en el pasillo. El iba al camarín y yo fuí a sentarme en el ring side. Era muy temprano todavía y había poca gente. Aguanté como pude las preliminares. No tenía más interés que ver la pelea del pupilo de Arturito. Pero, ¡qué distinto a la noche de su debut! Deseaba con toda el alma que le diesen una soberana paliza. Borgonovo tenía su nombre hecho. Según todos los comentarios que se hacían ahí, el tipo tenía una derecha formidable.

Cuando apareció Borgonovo en el ring, las fieras de las populares lo aplaudieron y lo alentaron:

—Che, Borgonovo, ¡rompelo a ese paquete!

¡Matalo al narigudo!

¡Sacale la cabeza! — y otras frases de estímulo.

Cuando entró Pepino, ni un aplauso. Un murmullo de cachada me llegó de las populares. Arturito estaba algo pálido y parecía un pollo mojado al lado de él.

Empezó la pelea. Sonó el gong y Pepino partió como un bólido del rincón. Borgonovo ya estaba en el centro del ring con la guardia bien alta y una sonrisita de cachada. Pepino ensartó la nariz en su izquierda. Tiró unos manotones al aire y nuevamente Borgonovo le puso la izquierda en la nariz. El público aplaudió frenético de entusiasmo.

—¡Matalo! ¡Dale, Borgonovo! ¡Rompele a ese paquete!

Y entonces sucedió lo increíble. Pepino logró zafar su nariz de la izquierda y revoleó un derechazo. Lo agarró pleno en la mandíbula y Borgonovo cayó para adelante. Duro, como un listón, dió con la cara en el piso del ring. El referee pudo contar hasta mil, pero se limitó a diez. Algo me impulsaba. No me pude contener y grité desde el fondo de mi corazón:

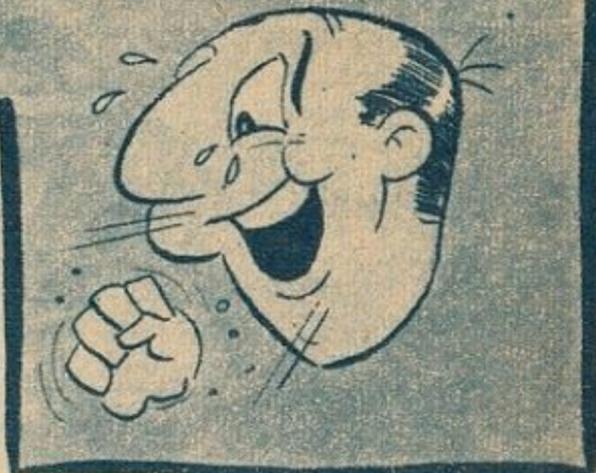
—¡Pepino! ¡Pepino! — y como por arte de magia me encontré arriba del ring. Todos se apeñuscaban para abrazarlo. Arturito, descompuesto, despeinado, la camisa rota, daba unos tremendos saltos, y cuando me vió se arrojó en mis brazos llorando de alegría. ¡Llorando!

—¿Qué me decís? — balbuceó.

Entre tanto, Pepino, con las dos manos en alto, saludaba a la concurrencia. No pudimos acercarnos hasta él para felicitarlo. Nos conformamos con tocarle un brazo.

—¿Qué te decía yo? — gritaba Arturito —. ¿Qué te decía yo, eh? ¡Vos que hablabas! ¡Este es un campeón! ¡Pepino lindo!

Lo esperé para volver juntos. Pepino salió antes con la barra que lo había acompañado. Me vió, pero se hizo el burro. ¡Y bueno! A Arturito le había hecho lo mismo. También el pobre, con la alegría del triunfo, ¡como para hacer cumplidos!



**PEPINO
SE HA PUESTO
IMPOSIBLE**



Yo Me hago el Artículo (MANUEL ROMERO)

PUBLICO culto que va a ver mis películas: Tres veces "salú".

Yo soy un predestinado del éxito.

Y no soy de los que se conforman con su buena estrella solamente. Yo quiero muchas buenas estrellas. Para eso las sé "fabricar".

Sí; soy un mimado de la Fortuna y no lo niego. Ya, desde muy chiquilín, sabían mis padres que yo iba a ser el orgullo de la familia: Flor de Romero.

No era lógico que los defraudara.

A mí me gustó siempre escribir. Y en esa actividad he llegado a un grado de perfección tal, que tengo muy pocas faltas de ortografía: palabra.

Empecé ganándome los primeros sueldos artísticos escribiendo "sketchs" para teatro revisteril y luego letras de tango (Perdonadme. Eran cosas de muchacho loco). Ese fué el aprendizaje. Los pininos de esta potencia que es hoy un servidor.

Luego emprendí la dirección de grandes

revistas con un compañero también de "fierro": Bayón Herrera.

No se han vuelto a repetir aquellos éxitos artísticos formidables del Porteño, ni aquellos de taquilla en el Smart. ¡Sí, no hay duda! La revista me necesita. Pero... ¿qué sería entonces del pobrecito cine?

Cuando llegó el séptimo arte a la Argentina con todas sus grandes perspectivas (anteriormente no había eso), hacían falta hombres capaces, muy capaces. "Aquí estoy yo" — dije al ruido de armas.

Y aquí estoy. Firme como una estaca, sosteniendo los pilares donde descansa nuestra cinematografía, ya una de las primeras del mundo. ¡Qué me dicen!

Yo creo que todo no lo hace la buena estrella. También hay un poco de puntería. Donde pongo el ojo pongo la bala.

Claro que hay circunstancias que me han favorecido. Por ejemplo, aquella vez que se la di con queso a un mismísimo senador, justo en el estreno de una película mía. Publicidad gratuita.

Y aquella otra en que una actriz de mucho "temperamento" (tengo un bolsillo en el chaleco para poner "eso") se "mandó la parte" fuera de cámara y alborotó el avispero. Publicidad gratuita también.

Ya sé también que por ahí critican mis recursos fáciles, mis finales felices a cualquier precio, mi uso y abuso de Florencio Parravicini y otras cositas.

Yo les digo a todos ellos que éstos son malos "argumentos". ¡Los de ellos, "atenti", y no los de mis películas, que éstos los hago yo!

El gran público quiere la crema dulce, y no agria. Y para prepararle "pasteles" yo me pinto solo.

De nada, mis fieles; y hasta la próxima.

MANUEL ROMERO.



POR LA COPIA:
DANTE DE PALOS

IMITACIONES NO!

LA UNICA Y VERDADERA

DESDE 30 CTS.

GOMINA
ASIENTA EL CABELLO
UNICO FABRICANTE
BRANCATO

PARA PEINARSE BIEN
con elegancia y a la moda

USE SOLAMENTE

GOMINA

UNICO FABRICANTE

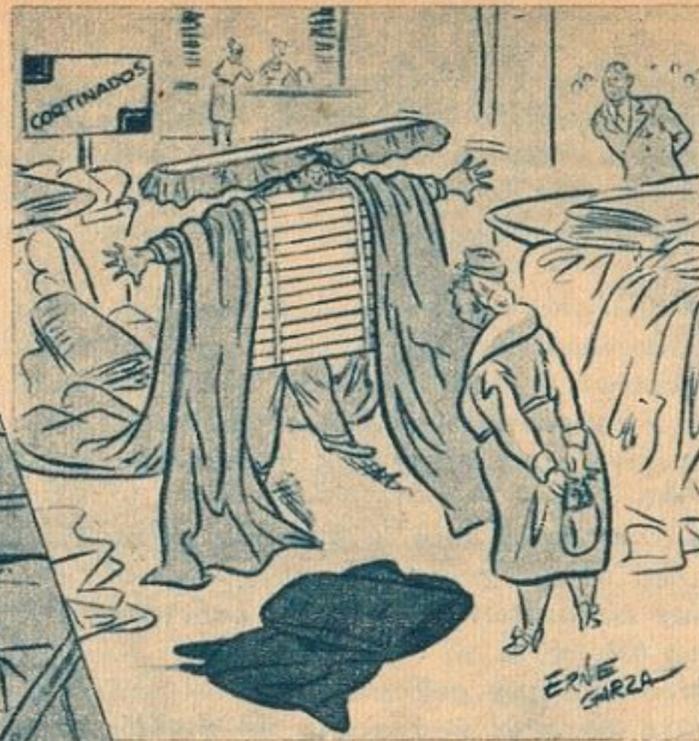
BRANCATO

RECHACE IMITACIONES
Y SUSTITUTOS



—Asegurate que esto salga en el próximo reparto... Suena como una bomba de tiempo...

—Todos ustedes habrán oído que donde hay humo, hay fuego... Francamente, eso es indudable.



—¡Ah, si tuviera aquí mi plantita de geranios!



—¡Andá, escondé la platería, Jorge!



DE OREJA
A OREJA
(HUMORISMO EXTRANJERO)



—Lo siento, señora, pero el chofer estaba bañándose cuando usted telefoneó.

"THE END"

(LOS ULTIMOS METROS DE UN FILM HOGAREÑO)



WARNER Denis está en **POR TITO BLUE** por las noches, y así conocí a la mujer con quien me han visto mis hijos; pero los umbrales de la vejez, aunque, aparentemente, tiene el aspecto de joven. Es esposo de una buena mujer, bella aun, y padre de seis hijos, entre los cuales ya hay dos señoritas y un varón que juega al basket en la primera división de "Stanley College", donde de paso se educa. Son ellos, es decir, la esposa y los tres hijos presentados aquí, porque los otros duermen, quienes increpan duramente al jefe de la familia cuando, esa noche, franquea las puertas de su "home" a una hora avanzada.

—¡Mamá lo sabe todo! — le dice la mayor de las hijas, una pelirroja de nariz respingada — ¡Jacky y yo seguimos esta noche todos tus pasos y te hemos visto en compañía de una mujer!

—Es la pura verdad — confirma el jugador de basket.

Warner Denis cae sobre un sillón, agobiado por la acusación inexorable.

—¡Habla de una vez! — exige la esposa, con los ojos bañados en lágrimas — ¡Dile a tus hijos que mienten! ¡Explícate!

—Tarde o temprano — comienza Warner — esto tenía que ocurrir... Me duele hablar — se dirige a su mujer — en presencia de mis hijos, ignorantes del drama que vivo...

—¿Qué drama es ése? — interrogan a un tiempo la madre y los hijos.

—Me refiero al drama de mi soledad... Soy en esta casa el último de todos, casi un estorbo, sobre el cual todos, sin excepción, se han creído con derechos para ponerle el pie encima... El amor por tus hijos — prosigue Warner Denis, siempre encarándose con su mujer — redujo tu amor de esposa a la última expresión... Tu indiferencia me hizo sentirme solo, cada vez más solo. Por primera vez, luego de veintidós años de matrimonio, comencé a salir

debo confesar que nada tengo con ella; somos amigos... Es mi nueva secretaria, Miss Camile Swanson.

—¡Su secretaria! — exclama la hija.

—Las apariencias me condenan — continúa Warner Denis —. Queda un camino: el divorcio.

—Es ridículo pensar en tal cosa — responde la esposa con dolor quejumbroso —. Somos casi viejos...

Y dando un beso a cada uno de sus hijos, los manda a dormir. Los pobres ya han hecho demasiado. Un buen pastel, por cierto. Warner Denis deja el sillón y sale al jardín que rodea la casa. Hay luna. La esposa lo sigue.

—Me siento culpable, Warner... — le dice a éste con dulzura —. Tus palabras, serenas y sensatas, me despertaron a la realidad... ¿Por qué no comenzamos una nueva vida?

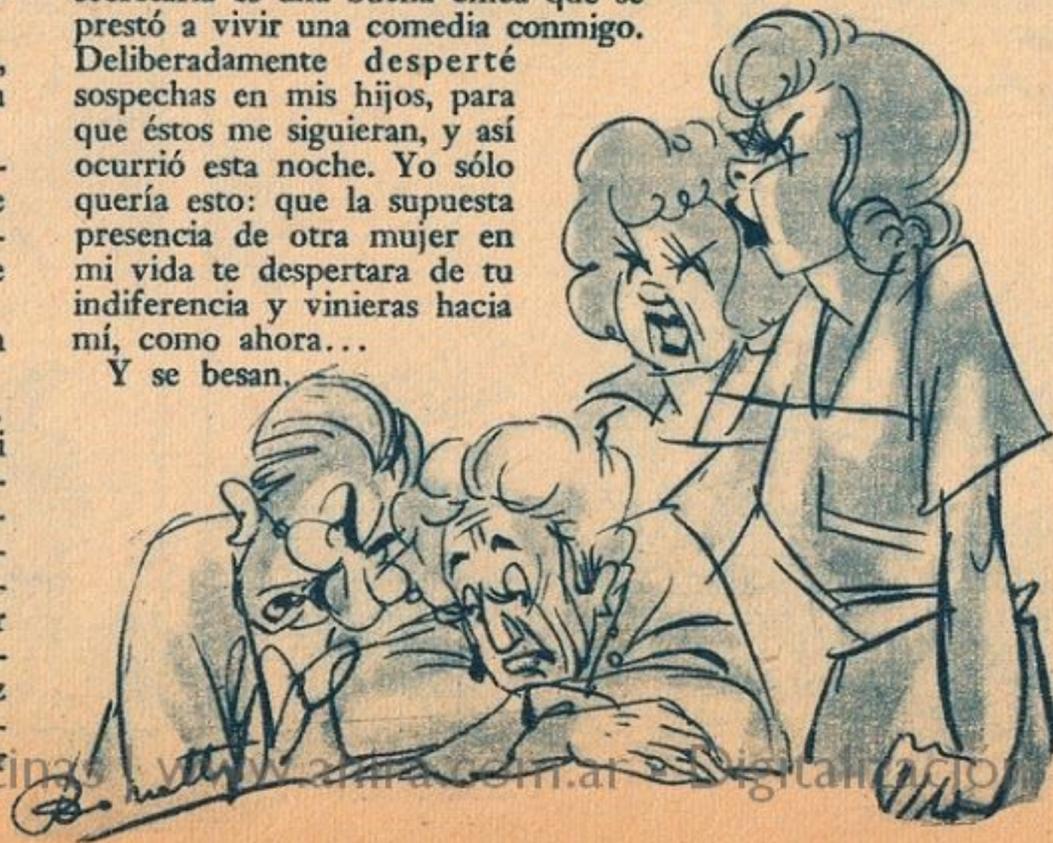
En la voz de ella hay un dejo de súplica. El se vuelve hacia ella y se estrechan en seguida en efusivo abrazo.

—Mañana mismo despacharás a la secretaria, ¿verdad? — pide ella, embellecida por el dolor.

—Oye, tonta — explica él —. La secretaria es una buena chica que se prestó a vivir una comedia conmigo.

Deliberadamente desperté sospechas en mis hijos, para que éstos me siguieran, y así ocurrió esta noche. Yo sólo quería esto: que la supuesta presencia de otra mujer en mi vida te despertara de tu indiferencia y vinieras hacia mí, como ahora...

Y se besan.



HAGASE SOCIO DEL CLUB DEL LIBRO

Las primeras 1.000 personas que devuelvan llenado este cupón, recibirán

GRATIS

la REVISTA LITERARIA que edita el Club.

CLUB DEL LIBRO "A. L. A."

Avda. LEANDRO N. ALEM 264, CAPITAL

Sírvase enviarme sin compromiso los informes para ingresar al Club y obsequiarme con la REVISTA LITERARIA.

Nombre

Calle N°

Localidad

DON FIERRO

¡LLEGÓ EL DÍA DEL DUELO!
¡DON FIERRO Y EL JEFE, LOS IRRECONCILIABLES RIVALES, ARRIBAN AL CAMPO DEL HONOR CON SUS CAÑONES. DISPUESTOS A ESTALLAR EN TERRIBLE Y SATÁNICO DUELO!



¡AH! ¡AHÍ ESTÁ MI... BUENO, ¡BAH!...
¡ADVERSARIO! ¡TIENE LA CARA
COMO AZAFRÁN, DEL SUSTO
QUE SE TRAE!



¿AQUÉL PUNTO DEFORME
QUE SE INSINÚA
ALLÍ, NO ES EL
PETISO RE-
PELENTE?
¡MODERE
SU LENGUAJE,
DON
FIERRO!



¡GRRRR! ¡DE UN SÓLO
CAÑONAZO, LE HARÉ
VER COMO SE DESIN-
TEGRA UN ÁTOMO!...
¡TE BORRARÉ DEL MAPA
DE LOS SERES HUMANOS.
HONGO VE-
NENOSO!



¡SEPA UD, ANTES DE MORIR, QUE SIEMPRE ME
CAUSÓ LA IMPRESIÓN DE ALGO BIZCOSO Y RE-
PUGNANTE, CUANDO SE ARRAS-
TRABA COMO UNA CULEBRA
PARA EMPALAGARME
LOS OÍDOS CON SUS
SERVILES "SEÑOR
JEFE"!



¡LAS BALAS CONTE-
TARÁN POR MÍ!
¡DESNÚDESE!
¿EH?...
¿DESNÚ-
DARME?



¡ATCHÍS! ¡ATCHÍS!
¡ESTOY RESFRIADO!
¡POR NADA DEL MUNDO
ME SACARÉ LAS
ROPAS!
¿PARA QUÉ SE PREOCUPA
DEL RESFRÍO, SI
EN POCOS MINU-
TOS SERÁ CA-
DÁVER?



¡PARA BORRAR LA MALA IMPRESIÓN, EL JEFE AGRAVA LAS CONDICIONES DEL DUELO!

—○—

¡UN COMBATE NAVAL ENTRE DON FIERRO Y EL JEFE!

—○—

¡EN EL PRÓXIMO NÚMERO!

VIVISECCION DE LA MUSA

Por UNO CUALQUIERA

A "PEATON MALHERIDO". — Su caso no es único. Muchos son los peatones que se detienen en medio de la calle para contemplar una puesta de sol, y sólo consiguen una puesta de espalda con incrustaciones de neumáticos o algún golpe mortífero al chocar contra un providencial salvavidas. Y no son pocas las mujeres que ambulando distraídamente por la

El remedio, como usted lo ve, no puede ser más agradable. Concurra con su herida a todos los sitios de diversión, y allí ría, beba, cante y goce la vida. Haga, sobre todo, derroche de carcajadas; no le importe si la gente cree que usted está más loco que una majada de cabras, y no lleve el apunte a quien diga que un asunto tan grave como el de las heridas no es para tomar a risa... ¡Si dan ganas de que a uno lo descosan a puñaladas para poderse reír a gusto!

A "MUCHACHO IMPULSIVO". — He leído su historia, y el embargo de la emoción unióse a los otros

CONTESTANDO A LOS LECTORES

muchos embargos que amenazan mi existencia.

LA HISTORIA DE UN PENADO TANGO SENTIMENTAL

Yo ya no pude más,
Y tomando un cuchillo, los en-
[crispé.
Enceguecido de odio
Al verme burlado... ahí no más los
[maté.
Letra de F. DELCUADRO.

Si en algo puedo consolarlo, diré a usted que su caso tampoco es único. Aún fresco en mi memoria está el recuerdo de aquel gaucho que:



Y ofen-
[dido en mi
[amor propio,
quise vengar el ultraje;
ciego de ira y coraje,
sin compasión los maté.

(Noches de Reyes. Tango)
Y como no hay dos sin tres, ahí va otro caso de despanzurramiento general:

Una nube en los ojos
me vino como un flechazo,
y en mi rencor, amigazo,
entero yo me jugué.
Quiso el maula reírse
manchando mi frente honrada,
y por tan mala jugada,
¡sin compasión los maté!

Quedamos, pues, en que a usted lo favorecen magníficos precedentes: cuando un gaucho regresa a su domicilio privado y encuentra a otro hombre — ya sea el cobrador del impuesto a los réditos u otro individuo igualmente indeseable —, debe tomar un cuchillo y encrisparlos en forma. En cuanto los haya encrispado, los sinvergüenzas estarán en condiciones de ser pasados por las armas...

¡Ah, y no me deje con las ganas!... Cuando me escriba otra vez, dígame por favor qué diablos significa eso de encrispar, porque en los catorce diccionarios que poseo no he podido encontrar tan hermosa palabrita... También, ¡es tan analfabeta esa gente que hace diccionarios!



calzada terminan en una ambulancia y completamente descalzas.
Pero ocupémonos de su caso. Si las heridas que usted recibió no se cicatrizan, siga al pie de la letra los consejos de la letra adjunta, y ya verá cómo las cosas cambian:

SIEMPRE REIR

Reír, beber, cantar, gozar la vida,
y si una lágrima a mis ojos asomó,
reír siempre, reír, porque la herida jamás cicatrizó.
Ja, ja, ja...

G. F. PELAYO PATTERSON.



HISTORIA DE DOS CENTAVOS



Una noche, Tristán Bernard se demoró con algunos amigos y perdió el tren de París a Versalles. Entonces recurrió a un taxímetro y le dijo al chofer:

—¿Cuánto me cobra por llevarme a Versalles?

—Cincuenta francos.

—¿Cincuenta? ¡Qué barbaridad! ¡Déjeme usted su lugar y lo llevo yo a Versalles por veinticinco francos!

Cierta vez anunciaron a Isaac Berserade, poeta francés y miembro de la Academia (1612 - 1691), la muerte de una viuda riquísima ocurrida el día anterior.

—¡Lástima! — exclamó el poeta —. ¡Hubiera sido un buen partido anteayer!

Una joven preguntó al pintor Chenavard su opinión sobre el matrimonio. El pintor le dijo: —Las mujeres deben casarse siempre. Los hombres, no.

En una reunión literaria dijo un escritor: —Bernard Shaw, que es el inglés más grande de su época, como él mismo lo dijo... —Perdone usted — replicó otro —. Bernard Shaw no ha dicho semejante cosa. Y el primero arguyó: —Admito que tenga usted la pretensión de haber leído todo lo que Bernard Shaw escribió. Pero no que haya usted oído todo lo que ha hablado.

Luisa Fazenda, famosa actriz cinematográfica de la época del cine mudo, visita a un amigo que se halla internado en un sanatorio, y, al ver-



T. GALLO

lo con la bolsa de hielo sobre la cabeza, le dice:

—Es una falta de

educación no quitarse la bolsa de hielo en presencia de una señora...

El mariscal de Birón necesitaba un mayordomo. Un amigo le recomendó a un hombre para ocupar ese puesto. El mariscal le dijo:

—Os daré un sueldo tal que no necesitaréis robarme.

—En estas condiciones —respondió el aspirante — no puedo aceptar. ¡Pierdo plata!



Aprenda RADIO En su casa

"Déjeme Probarle, SIN QUE LE CUESTE, Que Puedo Hacerlo Ganar Más Dinero"

J. Rosenkrantz
Presidente



RADIO • TELEVISION CINE SONORO • DIFUSORAS Y

TODAS LAS RAMAS DE ESTA INDUSTRIA serán de su dominio en corto tiempo siguiendo mi famoso METODO PRACTICO COMPROBADO.

GAÑE DINERO

desde un principio en los numerosos trabajos que le enseño a desempeñar. Le ayudo a establecerse por su cuenta o a llenar los magníficos puestos que se ofrecen en todas partes al RADIO-EXPERTO.

ESTUDIE EN SU HOGAR

durante sus horas libres esta profesión tan lucrativa y fácil de aprender. Todo lo que necesita es saber leer y escribir.

APROVECHE MI OFERTA

ENVIE HOY ESTE CUPON

NATIONAL SCHOOLS (de California, E. U. A.)
Oficina Sucursal:—Edificio Banco de Boston,
BUENOS AIRES, ARGENTINA Depto. 821 - H 4
Mándeme su Libro GRATIS para ganar dinero en RADIO.

Nombre Edad
Dirección
Población Prov.

GRATIS

Grandes Equipos Experimentales. Herramientas y Analizador ilustrados arriba.

La Más Grande Institución de Enseñanza Técnica oral o por correspondencia, en español o en inglés.



FUNDADA EN 1905
LOS ANGELES
CALIFORNIA
E. U. A.

Pida este Libro GRATIS



A VUELO DE PAJARO

Por EL NEGRO DEL BUFFET

(Vestidos de exploradores avanzan por la Patagonia el profesor Hans von Thyssen y su secretario Fritz Kellermüller. El profesor examina el terreno, paso a paso, con una lupa. Su secretario toma anotaciones.)

EL PROFESOR. — Escriba, Fritz: Corteza geológica muy semejante a la de Checoslovaquia, Memel, Danzig y el Corredor Polaco. Científicamente se comprueba que la Patagonia debió pertenecer al Gran Imperio Germánico.

EL SECRETARIO. — ¿Sacamos la fotografía a vuela de pájara?

EL PROFESOR. — ¡Oh! ¡Ia... (Se encarama sobre los hombros de su secretario y, desde esa altura, saca una foto del suelo.)

UN ARRIERO. *(Se acerca por el camino arreando una tropa y cantando).* — ¡Qué vida más desgraciada es la del pobre carrero...; con la picana en la mano, picando al buey delantero...

EL PROFESOR. — Ahí viene un nativo... Escriba, Fritz: Los pobladores son muy desgraciados porque no tienen la autodeterminación y los obligan a picar al buey delantero...

EL SECRETARIO. *(Después de anotar).* — ¿Le sacamos una foto a vuela de pájara?

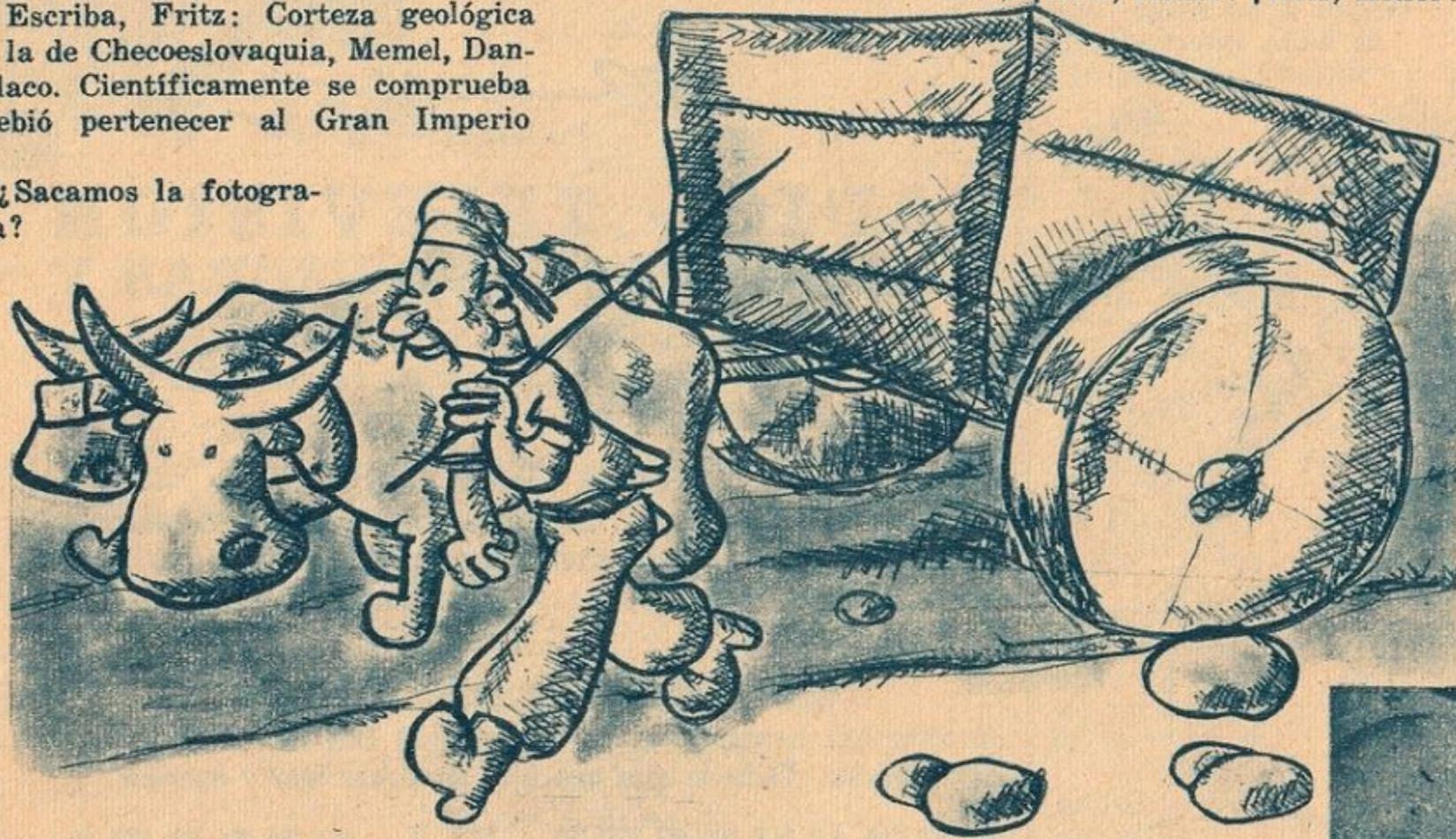
EL PROFESOR. — No..., todavía no.

EL ARRIERO. — ¡Ave María Purísima, y muy güenas!

EL PROFESOR. — Foenas tardes. ¿Usted es de la Patagonia?

EL ARRIERO. — Así es nomás... Justito dende que nació, y pa servirlo en lo que guste... *(Les mira la vestimenta, un poco a sombrero).* ¿Y ustedes son johnis?

EL PROFESOR. — ¡Oh, no, señor nativo!... *(Con aire ofendido y orgulloso a la vez.)* Nosotros somos de la Gran Alemania... *(Hace el saludo nazi y exclama varias veces.)* ¡Heir, Hitler! ¡Heir, Hitler!



EL ARRIERO. *(Que no termina de comprender).* — Ta güeno... ta güeno... *(Aludiendo al saludo.)* ¿Le duelen un poco las coyunturas?

EL PROFESOR. *(A su secretario).* — Anote, Fritz: Los nativos viven en completa ignorancia y suelen confundirnos con los ingleses... *(Dirigiéndose al arriero.)* ¿Es cierto que es usted muy desgraciado con el buey delantero?

EL ARRIERO. — ¡No!... ¿Quién dice?

EL PROFESOR. — Sin embargo, usted se venía quejando...

EL ARRIERO. — Ha entendido mal, don...

No me quejaba. Cantaba una canción de Carlitos Gardel.

EL PROFESOR. — Anote, Fritz: Como son muy sufridos, nunca confiesan que se están quejando...

EL SECRETARIO. — ¿Le sacamos una fotografía a vuela de pájara?

EL PROFESOR. *(Reflexionando).* — Hemos mandado planos, muestras de minerales y fotos... Pero todavía no hemos mandado ningún nativo...

EL SECRETARIO. — ¿Y si lo pusiéramos en una jaula?

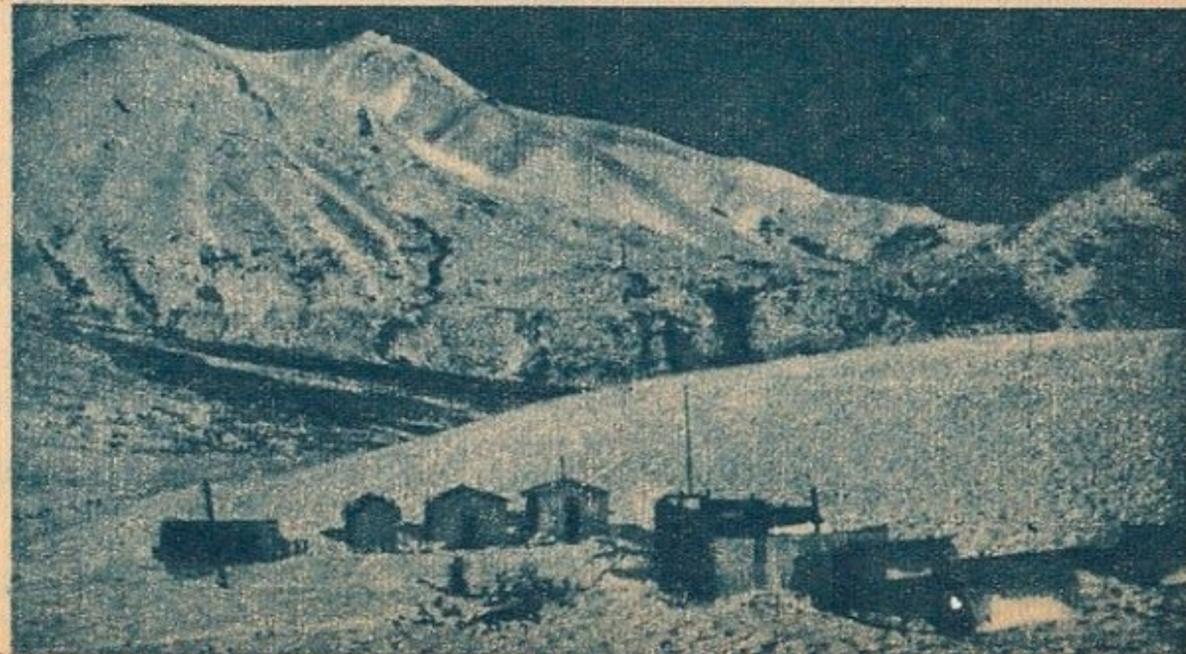
EL PROFESOR. *(Al arriero).* — Usted es el único ejemplar que nos falta... ¿Tendría inconveniente en que lo pusiéramos en una jaula?

EL ARRIERO. — ¡Epa!... Avise... *(Para sí.)* Estos johnis se han vuelto locos...

EL PROFESOR. — Comprenda, señor nativo... Es para su bien... Lo mandaríamos a la Gran Alemania para que lo vean científicamente... Y usted aprendería a hacer el saludo nazi y el paso de ganso...

EL ARRIERO. — Vea, amigaso... Lo de ganso no pasa y si me hace otra indirecta le viá a hacer sonar las guampas de un guascazo...

EL PROFESOR. — Anote, Fritz: tienen cierto espíritu belicoso, pero desconocen la ametralladora, los cañones y los gases asfixiantes. Atacan al enemigo con métodos muy primitivos... *(Consulta un diccionario de bolsillo.)* Agregue, Fritz: Por lo general pegan en las "guampas", parte del cuerpo humano que no figura en el diccionario...



EL SECRETARIO.—¿Le sacamos ahora la fotografía a vuela de pájara?

EL PROFESOR.—Creo que es el momento oportuno... Así lo sacamos cuando está furioso... (Se encarama sobre los hombros del secretario e impresiona una placa en el instante en que el arriero se sonríe). Anote, Fritz: Nativo de la Patagonia dispuesto a atacar.



EL ARRIERO.—Ta güeno..., ta güeno... ¡Cuando yo decía que estos johnis están locos!

EL PROFESOR.—Dígame, señor nativo... ¿Usted es ario puro?

EL ARRIERO.—No, don... Yo soy Lindoro Benítez...

EL PROFESOR.—Ya me lo suponía. Escriba Fritz: Los nativos no son arios puros y sería conveniente arianizarlos para lo cual habría que anexar el territorio al Gran Reich, administrándole sus intereses... (Diri-

giéndose al arriero). ¿Le gustaría ser ario?

EL ARRIERO.—(Encogiéndose de hombros). ¡Phs!... Por mí...

EL PROFESOR.—Anote, Fritz: Todos desearían ser arios puros incorporándose al Gran Reich.

EL ARRIERO.—Güeno, don... No puedo perder más tiempo porque la tropiya se me está dispersando... ¡Que las pasen muy güenas! (Se va cantando). La tropiya que monto... de reservado... de reservado... Es de un pelo y tordilla, como mis años... como mis años...

EL PROFESOR.—(Se ha llevado la mano a la oreja y escucha con suma atención). ¿Lo oye, Fritz?... Escriba: Cada nativo tiene una tropilla con un solo pelo... Después averiguaremos dónde tiene el pelo, Fritz... Y agregue: Los nativos tienen los años tordillos...

EL SECRETARIO.—¿Ahora que nos da la espalda le sacamos una foto a vuela de pájara?

EL PROFESOR.—¡Buena cosecha la de hoy, Fritz!... Tenemos que redactar todo el informe... Dentro de poco la Patagonia tendrá su autodeterminación y se sentirá orgullosa de que la protejamos... Y de paso la embromaremos a Inglaterra, que le quita las vacas, las ovejas y las lanas... En lo sucesivo se las quitaremos nosotros...

EL SECRETARIO.—Hubiera sido bueno poner al nativo en la jaula...

EL PROFESOR.—¡Son muy incivilizados y no entienden!... Pero ya llegará la hora...

EL SECRETARIO.—¿Alguna otra anotación, profesor?

EL PROFESOR.—Sí, Fritz... Me olvidaba. Ponga esto: Los nativos han levantado en Llao-Llao una residencia que puede servir al Fuehrer en sus vacaciones. De esa manera alternaría su descanso, pasando una temporada en Berchtesgaden y otra temporada en Llao-Llao...

LA VOZ DEL ARRIERO.—(Lejana, pero perceptible aun). Te casaron con un gringo... que tenía mucha plata... Pero a esa carrera, ñata... Ya le había ganao mi pingo...

¿NO ES CIERTO?

—¡Espléndido estar esto de penetración alemana en Patagonio, Samuel!... Ahora, nadie habla de nosotros, che...



—Los primeros días del Congreso Postal han sido dedicados a conocer el país y los siguientes para homenajear a los delegados.

—¿Y los asuntos del Congreso a tratarse?...

—¡Oh! Ya se entenderán después por correspondencia.

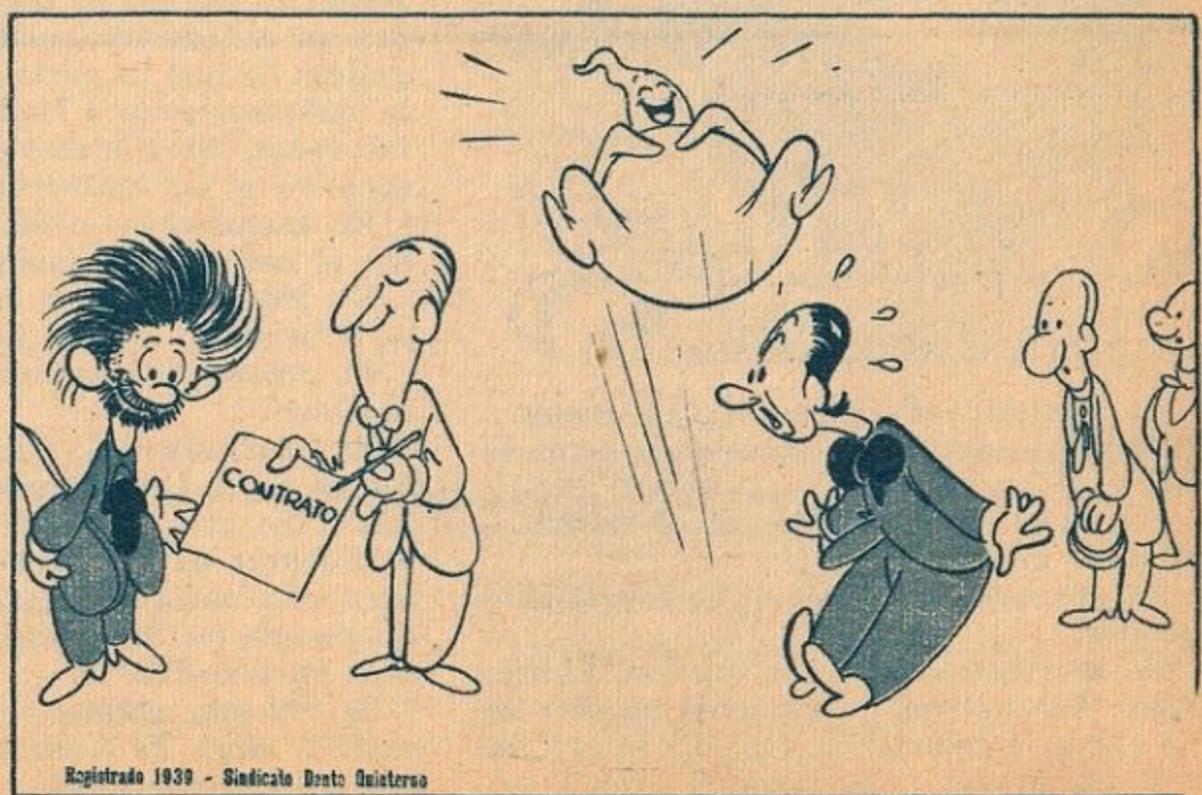
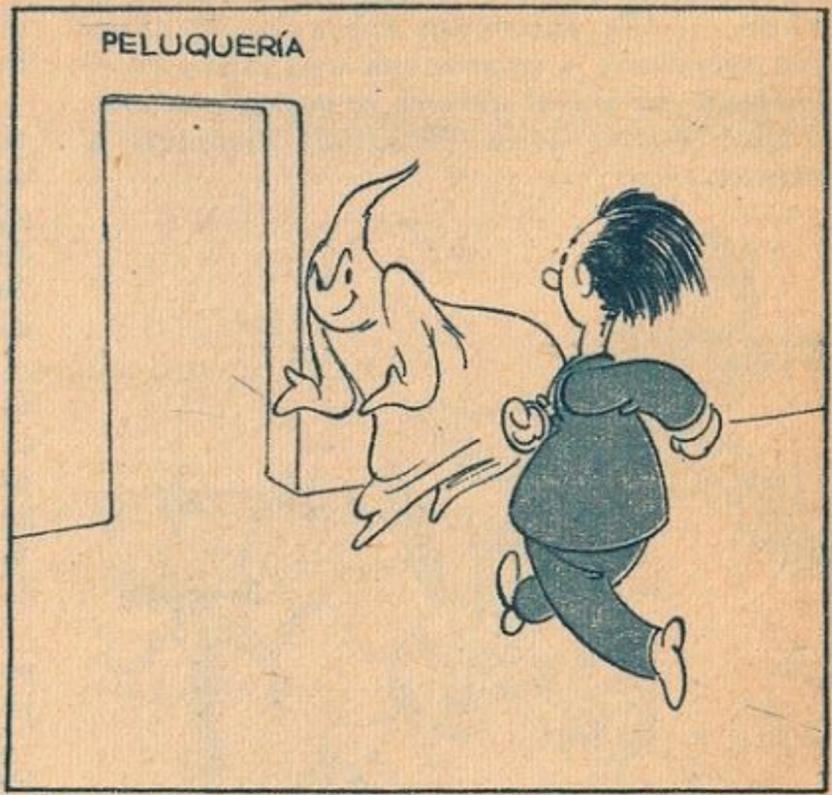
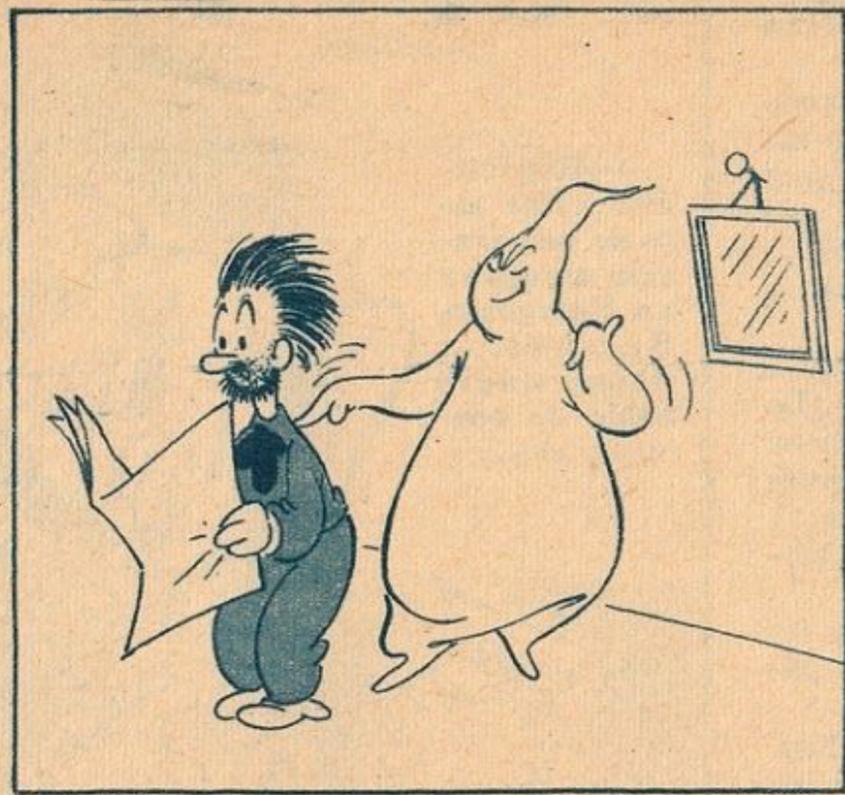


—¿Quiénes son los héroes de Pago Largo, papi?...

—¿Héroes de pago largo? Supongo que los maestros catamarqueños.



EL FANTASMA BENITO SE DIVIERTE



Registrado 1939 - Sindicato Dento Quintero



ESTAS SON OFERTAS

Hay comerciantes desalmados o "speakers" incomprensibles. Y si no, pruebas al canto. A este avisito lo escuchamos por Radio del Pueblo:

—Aproveche, señora: Hay hermosos trajecitos para niños sacrificados. Por sólo quince pesos.

Suponemos que los niños sacrificados deben ser los de las audiciones infantiles...

LA RADIO EN BROMA

ICANEJOCHEN!... IAHIJUNATZCHUNG!

Con excelente criterio nacionalista, L S 11, Radio Provincia de Buenos Aires, transmite un curso de alemán. Ya los vemos a los paisanos de la provincia cambiando sus modismos idiomáticos, por esas palabras tan dulces y tan suaves del alemán, en las que se amon-tonan todas las consonantes del abecedario. ¡Así hace patria la radio oficial de la provincia!



CAGGIANADAS

Iniciamos hoy un curso de "animados radiotelefónicos", para lo cual damos algunos ejemplos, tomados al azar, de las cosas que dice el payador Caggiano:

LECCIÓN PRIMERA: "Vuelvo de nuevo en nuestro programa, que con tanto acierto hemos recibido felicitaciones, pues se trata de presentar a Juan Carlos de la matiné..."

LECCIÓN SEGUNDA: "Entre poéticas flores del alma, en el desfile de nuestro programa, un matiz..."

LECCIÓN TERCERA: "Del Buenos Aires de ayer van a escuchar una milonga que llegó a esta capital como la figura del tango... Porque como dijo un escritor, la figura de la milonga es el padre y la madre del tango..."

Nota. — Los honorarios por este breve curso deben dirigirse, directamente, al payador Caggiano. Nosotros no tenemos nada que ver.

GRAGEITAS

Radio Fénix ha iniciado la hora escolar "Quiero saber más". Están lucidos los pibes. ¡Quer-rer saber más, y por radio!

Ernesto Sombra cantó por L S 10, "Gajito de cedrón". ¡Optimista! Eso era un gajito de ruda para el dolor de oídos.

Radio del Pueblo nos ofrece "El llanto de las madres". Pero allí lloran las madres, los padres, los hijos, los entena-dos, los abuelos, los tíos, sobri-nos, primos y demás deudos.

MALDICON GITANA

Que Deledic-que te cuen-te la vida ro-mántica de Chopin.



NADA MAS QUE TRES TIROS

Radio Cultura, haciendo honor a su nombre, ha-laga nuestros oídos y nuestra mente con la or-questa de Enrique Mora, que tiene como cantor a Adolfo Palacios. Una de sus interpretaciones más fe-lices es la milonga de Mora y Batistella "Tiró tres tiros y se fué".

No hay palabras de pondera-ción para la orquesta, el can-tor y la pieza que ejecutan. Lo extraño es que sólo haya tirado tres tiros y se fuera. ¡Porque ahí se necesita un piquete de tira-dores!...



¡Dos Bombas De Alquitrán!

POR MARIANO JULIÁ

ILUSTRO DIVITO



EN la sala de audiencias de un juzgado de instrucción, la escena es amarga, muy amarga.

El juez, un grave señor de calva imparcial y ecuanime, se dirige a un joven magro, que, sentado con las manos entrelazadas sobre las rodillas, está agobiado y mira al infinito.

—¿De modo que no niega usted ser el autor del atentado?

El acusado mueve la cabeza en sentido negativo.

—Bien — prosigue el magistrado —, pero si no niega usted haber arrojado las dos bombas de alquitrán sobre la Facultad de Filosofía y Letras, ¿por qué se empeña en agravar su situación con ese mutismo hermético? ¿Por qué no habla? ¿Quién no le dice a usted que haya por ahí escondido en el Código Penal, algún artículo, algún inciso, algún parrafito que pueda amparar a usted con algún atenuante?

El acusado sigue tan callado como antes. El juez prosigue.

—¡Quiero suponer que algo muy grave habrá impulsado a usted a manchar el immaculado edificio de donde egresan tantas eminencias y tantas niñas con anteojos, y tantos jóvenes que buscan empleos en los avisos de "La Prensa"!... ¿Algún asunto de vida o muerte, tal vez?... ¿Eh?...

Suspiró hondo el joven, dejó de mirar al infinito para fijar sus ojos en las paternales gafas del magistrado, y con la cabeza dijo que sí.

Pero vamos a ahorrarle a este muchacho, con el sistema nervioso a la miseria, la penosa tarea de un fiel relato, y hagámoslo en su nombre.



Era el mediodía de una hermosa mañanita de otoño, tibia como un corazón de novia, y linda como una caricia de esa misma novia.

Dionisio Arosamena, joven cadete de una zapatería céntrica, hortera hasta la vereda de enfrente, baja

saltando de a dos los peldaños de la escalera del subterráneo. Está apurado, y tiene sus motivos. Es la hora en que las niñas de un liceo cercano salen a vivir su juventud, a soltar sus risas y contar sus cuitas, contenidas durante cuatro horas por la severa mirada de una celadora huraña.

Dionisio toma ubicación en un coche del "subte", de pie, porque ya viene hasta la coronilla y, trabajosamente, abre el diario en la página de fútbol. Por él se entera de que la comisión directiva del "Athletic de Buenos Aires" ha decidido obsequiar con un automóvil de un montón de cilindros al "Artillero", el glorioso centre forward y scorer del último campeonato.

No termina de leer la noticia cuando el convoy se detiene dos estaciones más allá. Y hace irrupción en el coche un bullanguero grupito de rizos, carcajadas, guardapolvos, libros y perfumes, que obligan a Dionisio a cambiar la tarea de leer su periódico por la más agradable de dejar a las pupilas que bailoteen y se posen aquí y allá en algunos ojos morenos, en un bucle dorado, en una boca fresca, en una virgen de Rafael...

Entre las niñas, que para conversar juntan sus cabezas en apretado racimo, hay una morocha de ojos claros que, de primera intención, ha quitado el seso a Dionisio. Es jovencita, él también lo es. Las miradas hablan, y ella, que descende dos estaciones antes que él, deja caer una libreta de clasificaciones. Dionisio la recoge presuroso para alcanzársela, pero cuando la extiende, ya el guarda ha hecho sonar la cornetita y el coche se pone en marcha. Dionisio oye la voz de la chica que, con sonoridad de flautín, exclama:

—¡Oh, gracias, joven!... ¡Mañana me la devuelve en Congreso, por favor!...

La emoción del adolescente fué indescriptible. Con avidez de sediento salvado en pleno desierto,

se bebió el contenido de aquella libreta de clasificaciones. Por ella se enteró de que la niña se llamaba Marta Cibelina Balaguer y que era una aventajada alumna de la segunda división de primer año del Liceo Nacional de Señoritas Número Tantos.

Con todos esos datos grabados a fuego en su corazón, Dionisio la esperó al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Y al otro...

Y siguieron viéndose a menudo, intimando en un algo que no era amor, ni amistad, ni cariño, ni fraternidad. En sus conversaciones unían el porvenir de ambos..., "haremos..., estudiaremos..., viajaremos"...



Pasaron dos o tres años. Dionisio ascendió en la zapatería, primero a vendedor y a ayudante de subjefe más tarde. Marta Cibelina, por su parte, saltaba los años y rendía las materias con una soltura que vol-

teaba de espaldas. Y con la misma emoción y la misma alegría fué festejado el primer par de zapatos vendido por Dionisio, que el primer diez en historia antigua obtenido por Marta Cibelina.

Sin embargo, algo raro había entre ellos. El muchachito, que era de contextura débil y más bien feucho, no se atrevía, no se autorizaba a amar a Marta Cibelina como Dios manda. La adoraba, como se adora a una cosa divina, etérea, incorpórea. En una palabra, le parecía mentira que su diosa descendiera a brindarle su cariño.

Y ella, la buena Marta, comprendía que a medida que pasaba el tiempo se iba colocando en un plano intelectual superior al de él. Pero no estaba en su ánimo abandonarlo ni mucho menos. Era su novio. Un novio feo, sí, pero es sabido que las jovencitas y las solteronas tienen un sen-

tido selectivo muy precario. En más de una ocasión ella le dijo que no bien terminara el liceo, ingresaría en la Facultad. Era su mayor ambición la de doctorarse en Filosofía y Letras. Y en una noche serena, en que un tenue rayo lunar se filtraba en su modesta alcoba, Dionisio comprendió que tenía solamente dos caminos a seguir: ¡O dejar para siempre a su novia, a su diosa, o sacrificar horas de sueño y descanso, devorando libros y escuchando cátedras para alcanzar el mismo nivel espiritual que la muchacha! Optó por esto último. Y guardó su secreto. Hizo mil sacrificios, redujo su presupuesto, fumó de diez, caminó lo que antes viajara en subterráneo, y el setenta por ciento de su exiguo sueldo fué a parar a manos de profesores particulares. Y con mucho provecho, por cierto. Comenzó a rendir libre y pasó el bachillerato con botas de siete leguas... y, por fin, el ansiado premio a sus sacrificios. ¡La Facultad de Filosofía y Letras abría sus puertas para recibirlo en sus añejas aulas..., en sus queridos claustros!...

¡Cómo latía el hundido pecho de Dionisio cuando dió el notición a Marta Cibelina! ¡Y cómo se aceleró el pulso de ella cuando lo supo!... ¡Cuando supo que su muchachito la había alcanzado en los estudios y que unidos de la mano iniciarían las sendas doctorales!...



Han pasado algunos años más. Por hablar de filosofía, Marta Cibelina y Dionisio se han olvidado de hablar de amor. Es decir, él no se ha olvidado de nada; ha notado, sí, que ella no tiene el entusiasmo de los primeros años, siente que su diosa ya no lo quiere y no se atreve a preguntárselo, por temor a la cruel realidad.

...y una mañanita de otoño, tibia como un corazón de novia y linda como una caricia de esa misma novia, ya doctorados los dos, Marta Cibelina le habló.

—¿Sabes — le dice — que según creo voy a casarme muy pronto?

—¡Oh, Marta, pero aun no podemos!... ¡Yo recién me he recibido... tú comprendes!...

Dejó caer la niña una lágrima de despedida a lo que fuera su primer amor, y con cariño de hermana mayor apoyó la mano en el hombro del muchacho.

—¡Sé que te hago un daño enorme, pero tú habrás de perdonarme! ¿Verdad?... ¡Hemos sido tan camaradas, Dionisio!...

El pobre muchacho se sintió derrotado de pies a cabeza, bajó los brazos y solamente alcanzó a soltar estas palabras, muertas, imperceptibles.

—¿Con quién, Marta?...

—¡Perdoname otra vez, Dionisio!... ¡Con el dueño de una... zapatería!...



Esa noche, había arrojado dos bombas de alquitrán sobre el frente de la Facultad, y preparaba la tercera cuando fué detenido infraganti.

Se entregó con mansedumbre ovina. ¿Lo condenarán?



DON Timoteo Garrido llegó a Timote en el rápido. Iba a su magnífica residencia, a pasar un mes de descanso. Prudencio, su antiguo sirviente, que lo esperaba en la estación, corrió hacia él.

—¡Don Timoteo!... —exclamó al tiempo que lo ayudaba a descender del tren.

Don Timoteo, que era excesivamente miope, lo reconoció por la voz.

—¡Hola, Prudencio! —le dijo—. Me alegro de verte bueno.

—Yo también —respondió Prudencio.

Recién entonces don Timoteo se fijó en Prudencio. Grande fué su sorpresa al ver el aspecto extraño y lamentable que presentaba su viejo servidor. Una venda envolvía su cabeza como un turbante. Tenía, además, las ropas desgarradas.

—¿Qué ha sucedido?... —preguntó con cierta alarma e inquietud don Timoteo.

—¡No hay que preocuparse, señor!... —dijo Prudencio—. Lo único que siento es que se me ha perdido el botón dorado de la chaqueta y por más que hice no pude encontrarlo.

—Pero, ¿cómo estás así?... —insistió don Timoteo.

—Es que me caí de la escalera, señor...



—¡Ah!, comprendo. Has ido a arrancar fruta de los árboles. No colocaste bien la escalera y...

—No, no es eso, señor —lo interrumpió Prudencio—, pero no hay que preocuparse. Me caí de la escalera mientras transportábamos el piano al primer piso...

—¡Ah, vamos, comprendo, perdiste el pie y ro-

—No me interesa el botón. ¡Me interesan los muebles!...

—Los muebles, señor, ¡están hechos pedazos!

—¡No puede ser, Prudencio!... Vamos, habla, ¿qué ha ocurrido?... ¡Esos muebles que hacían juego con la casa!...

—No hay que preocuparse, señor, porque la casa ya no podrá hacer juego con ningún mueble...

—¿Por qué?

—¡Porque se ha derrumbado!

—¿Cómo?... ¿Estoy dormido o despierto?... ¿Es pesadilla o realidad?...

—Las dos cosas, señor...; pero no hay que preocuparse. Cuando perdí el botón dorado...

—Quiero que dejes el botón dorado y me expliques todo lo que ha sucedido.

—Está bien, señor. Fué así: hacía dos días que

sentía olor a gas y no podía dar con el escape. Lo busqué por todas partes. Cuando se me perdió el botón dorado, dije: "Voy a buscarlo, y, de paso, a ver si encuentro el escape de gas". Encendí un fósforo. Encontré el escape; pero el botón, no. Voló la casa. No quedó ni un ladrillo para remedio.

Don Timoteo se apoyó en la pared para no caer. Estaba próximo al desmayo.

—No hay que preocuparse, señor... —dijo Prudencio para darle ánimos. Y, en seguida, agregó —: Pero, la verdad que, si no pierdo el botón dorado...

Un Botón Dorado

Por VISTO BUENO

daste escaleras abajo... Está bien. Pero... (Y aquí don Timoteo tuvo un sobresalto.) — ¿Y el piano?...

—¡Hecho pedazos, señor!... Fué entonces cuando se me perdió el botón dorado...

—¡Qué importa el botón!...

¡Lo que siento es el piano, que hacía juego con los muebles de la sala!

—No hay que preocuparse, señor...

—¡Lo dices tú!...

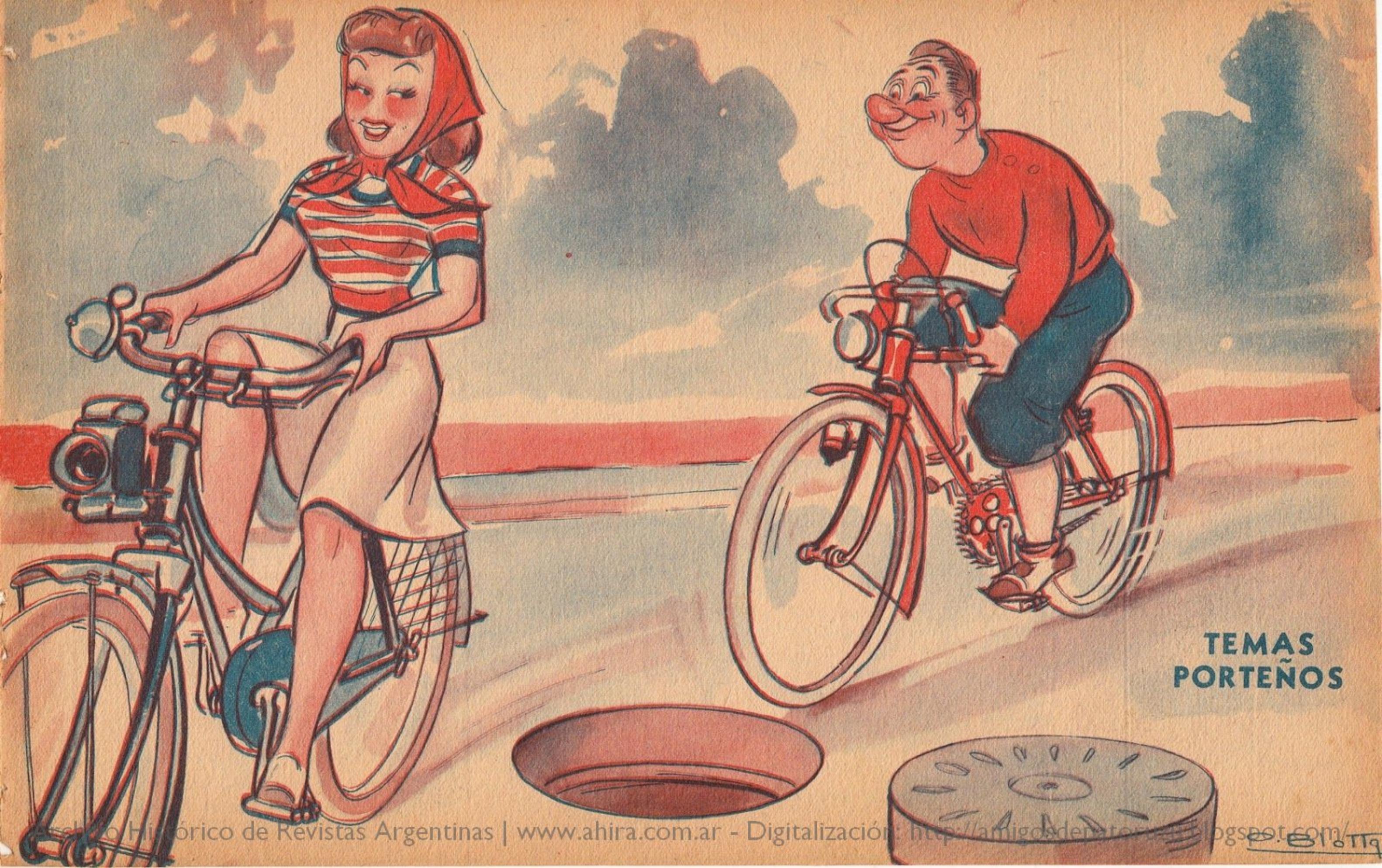
—Sí, señor...; porque los muebles del salón ya no podrán hacer juego con ningún piano...

—Pero, ¿qué estás diciendo?... Vamos, explícate...

—Fué así, señor... Cuando perdí el botón dorado...



ILUSTRO BONETTO



TEMAS
PORTEÑOS

TRAGA
SABLES

MUSEO
BARBUDA



—Que sea la última vez, señora, que utilice mis
sables para afeitarse.



—¡Dios mío, Dios
mío!... ¿Cómo haré ma-
ñana para levantar el
pagaré?



—¡Y no vaya usted a desafinar en esa forma, que hace rechinar los dientes cuando yo meto mi cabeza en la boca del león!



—¡En la cara te veo, Camilo, que pretendes burlarte!...



—¡Pero qué chambón, che "Orejita"!... ¡No le pega nunca!...

ADORNE UN RINCON
DE SU HOGAR

MUÑECOS

PATORUZU

EN FINO PAÑO LENCI

TAMAÑO 67 ctms. \$ 25.—

" 45 " " 15.—

" 30 " " 4.⁵⁰

" 25 " " 1.⁹⁵

EN GOMA LATEX
IRRROMPIBLE

UNICO TAMAÑO \$ 3.⁹⁵

EN VENTA EN
LOS PRINCIPALES
BAZARES Y
JUGUETERIAS

PATORUZADAS



—¡lo te decía, padrino, que cebándote mate tuito el recorrido,

ibas a jugar primero! <http://amigosdepatoruzu.blogspot.com/>

VAMOS a ver qué dan aquí... "Intrusa", con Olga Casares Pearson y Angel Walk. ¿Entramos?

—No, che. Quién sabe lo que será eso...

—Vamos. No se debe prejuizar. A lo mejor nos divertimos...

—Sentate. Ya comienza...

—Mirá qué bueno ese orador que clama contra la guerra..., después que terminó... Muy gracioso.

—De veras. (Ríe.)

—¿Y esa venerable señora?

—Chist... Es la estrella.

—El ayudante del esposo se enamora de ella como de una beldad... ¡Mirá cómo grita el médico barbado! ¡Por un chismecito la echa del hogar!

Formidable...

—De veras...

(Risas a coro.)

—¿Quién es ése?
¿El nieto de la estrella?

—No seas bárbaro. Es un rendido admirador. Le propone una jira. Exitó, amor y fama.

—¿Con esa cara y esa voz? ¡Muy bueno!



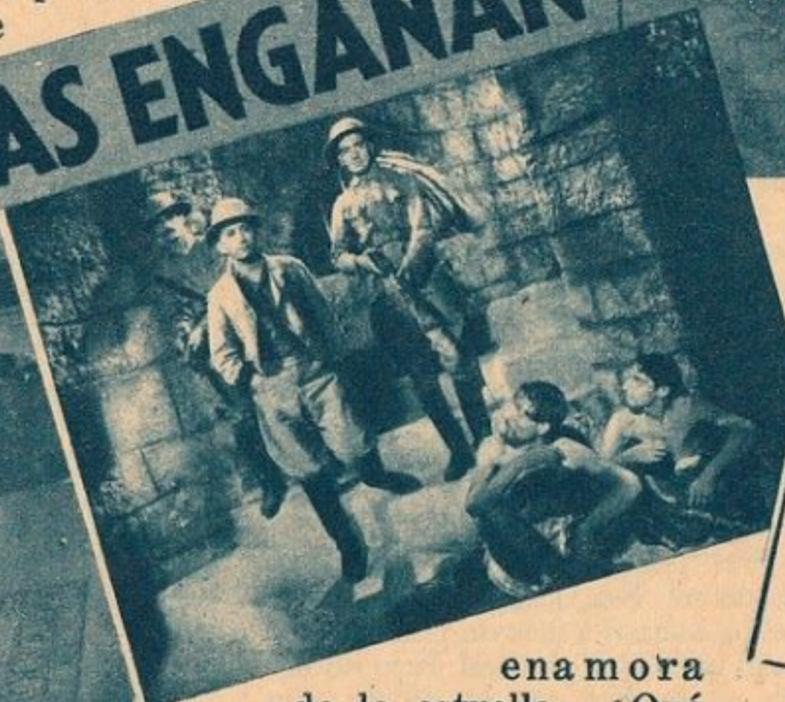
—Mirá cómo sufre. Triunfa, pero sufre. El marido, el doctor Loza, se casó con la hermana. El hijo es aviador... Ella teme que Loza se estrelle...

—No hagas chistes. Basta con los del film.

—Estamos en la India...
Cómo viaja la película...

—Un príncipe se

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN



enamora de la estrella... ¡Qué manera de despertar pasiones! No usa turbante, pero, delante de ella, se turba igual...

—Miralo a Gonzalito haciendo de "fakir"... Quería trabajar de "extra" y le salió barato. Se compró una toalla de 0,95, se la pasó alrededor de la cintura, y se hizo el traje.

—¡Fenómeno! (Carcajadas a coro.)

—El final, viejo... No tiene desperdicio. Escu-



chá: ¡Hijo mío, yo no soy tu tía!
¡Soy tu madre!

—¡Mi abuela! Aquí se perdió algo bueno el argumentista.

—¡Mirá qué gestos! ¡La Bertini que resucita! ¡Macanudo!

—¡Piramidal! (Concierto de risas a granel.)

—¿Y? ¿Viste? ¿Tenía razón yo o no? ¿No te divertiste?

—¡Mucho!

—Yo te dije... ¡Qué buen film cómico!...

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¡Si es un drama!

—¿Un drama? ¡No!

—Sí. ¡Mirá el programa!...

—¡Ah!

CAMBIO DE TITULOS

—¡Salas! ¡Más salas! ¡Hacen falta más salas para estrenar películas nacionales! Ahí tiene dos buenas películas cómicas, que por esa causa no se pueden estrenar: "24 meses en libertad" y "La camiseta de Céspedes"...

—24 horas, dirá usted...

—No, si ya es cuestión de meses...

—¿Y la otra, no era "El sobretodo de Céspedes"?

—Era. Pero, de tanto esperar, se quedó en camiseta.

Por DICH HERO

DESEO CUMPLIDO

—Me quejo porque las películas nacionales, en su comienzo, parecen interminables catálogos de avisos. Objetos artísticos de Casa X... Artefactos sanitarios de Casa N... Teléfonos de la Compañía C... ¡Tendrían que sacar todo eso! Hace poco, hasta decía: "Pielés de la señora Fulana, estrella del film"...

—Pierda cuidado, que ya se la sacaron.

¡LAMERLETTE! ¡Me pregunta que si conozco a Lamerlette! — exclamó mi viejo camarada el pintor Teodoro Mandrue, con el mismo tono que si hubiese exclamado: “¡Me pregunta que si he visto los molinos de Montmartre, o que si he oído hablar de Cristóbal Colón!” ¡Lamerlette!... Pues, para que te enteres, te diré que él y yo luchamos juntos contra la miseria por espacio de tres años. Teníamos entonces veinte. ¡Oh! ¡Diantre! La cosa no es de ayer, aun cuando yo lo creería fácilmente; tan próximo y tan lejano a la vez está el pasado. ¡Qué aspecto tan distinguido el de aquel muchacho! ¡Y qué simpático y alegre, y de qué buen corazón! Ocupábamos en la calle de Veron, sobre la Butte, un pequeño estudio de trescientos francos, que se llenaba desde la mañana hasta la noche con la algarabía de nuestras canciones, y donde trabajábamos juntos con el mismo modelo, calentándonos en el mismo fuego... los días que lo teníamos. ¡Sí que era un gran tipo!

Y es uno de los que pueden alabarse de haberme hecho reír. Ese muchacho era todo lo contrario del buen sentido: el absurdo mismo hecho carne y llevado a extremos tales que resultaba desconcertante. ¡Cuántas veces le he visto emplear los cuatro cuartos que componían nuestra fortuna en comprar mondadientes, horquillas o las coplas del judío errante! Lo encontraba muy natural, y lo proclamaba tan candorosamente, que yo no me atrevía a guardarle rencor por ello. Y, sin embargo, esos días nos

conformábamos con bailar delante del aparador. Pero, ¡bah!, estábamos en la edad admirable en que se puede vivir sin beber, sin comer y sin dormir, en la edad en que se vive por que se vive, y no sirve buscar más explicación. ¡Oh, la juventud! Y a propósito — dijo de repente —, ¿te he contado alguna vez la historia del reloj? Esta semicuaresma me la trae a la memoria.

—No; no me la has contado — respondió.

—Bueno, pues escúchala; vale la pena de que la oigas. Era precisamente uno de esos días de horrible estrechez, que tanto se repetían para nosotros en el transcurso del mes. Habíamos almorzado con cuatro patatas y ya empezábamos a preguntarnos si el destino iba a obligarnos a no comer más que las mondaduras de las mismas, cuando vino a vernos el padre Zackmeyer.

“Este Zackmeyer era un viejo trapero de Montmartre, que vendía y compraba de todo, desde Corots apócrifos hasta una insignificante plancha de estirar la ropa. Dió la vuelta al estudio, inspeccionó sin decir una palabra la nube de estudios y de bocetos que adornaban las paredes, y finalmente declaró:

—¡Valiente cosa! ¡Todo ello no vale un clavo! No tiene ningún interés y huele a escuela a más no poder. ¡Qué cosa tan mala esta pintura! Pero no importa; no se dirá que he subido para nada. ¿Cuánto quieren ustedes por todo?

—Mil doscientos francos — se apresuró a decir Lamerlette.

“Zackmeyer no se emocionó. Tranquilamente dijo:

—¿Mil doscientos francos? Les doy a ustedes cinco lises y ni un céntimo más.

“Aceptamos en seguida. Así, pues, Zackmeyer puso en hilera, en una esquina de la mesa, cinco moneditas de oro, que desaparecieron en las profundidades de mi bolsillo.

—Es preciso que empleemos útilmente — dijo Lamerlette — este dinero que nos cae del cielo: hoy es lunes de carnaval, mañana hay baile en la Opera y vamos a darnos el gusto de asistir. Hace mucho que esa idea me estaba causando desazón.

“A la palabra “baile” Zackmeyer levantó la cabeza.

—¡Caramba! dijo — ¡Admirable ideal! Y en verdad que

CUENTOS FAMOSOS

lo pasarán ustedes muy bien; tengo en mi casa un almacén de trajes, que me están estorbando y les vendrían a ustedes como anillo al dedo. Yo les cedería dos de ellos por un poco de pan, por servirles solamente, tanto es lo que adoro a los jóvenes.

“En seguida fué cosa hecha. Zackmeyer se cargó nuestros cuadros al hombro, y nosotros le seguimos a su tienda, donde escogimos los trajes, de monos o de mosqueteros; dos ignominias, en todo caso, dos porquerías, completamente apolladas, y que nos vendió por veinte francos cada una. A pesar de ello, juró por todo lo alto que salía muy perjudicado imponiéndose aquel duro sacrificio. ¡Qué grandísimo ladrón! Sin embargo, se lo pagamos, encantados de nuestra adquisición y entregados a la idea del placer que iba a proporcionarnos al día siguiente”.

“A las ocho de la mañana, un fuerte campanillazo me hizo saltar del lecho.

“Me vestí con cuidado de no despertar a Lamerlette, que roncaba en un colchón tirado en el mismo suelo, y al abrir me encontré en presencia de un cobrador que preguntaba:

—¿Monsieur Mandrue?

—¿Monsieur Mandrue? Yo soy.

—Vengo a cobrar una cuenta.

—¿Una cuenta? Debe de ser un error — exclamé —. Yo no debo nada a nadie. ¿Me permite usted ver la factura?

—Sí, señor.

“¡Oh, miseria! Era verdad, sin embargo, y al fin lo recordaba. Sí, era mía, en efecto, aquella esquila en la que me comprometía a pagar los sesenta francos en un plazo de tres meses, como fecha que nunca había de llegar, cierto día en que la imperiosa necesidad de un traje se había hecho sentir de manera apremiante. Y contemplé aterrado aquel miserable pape-lucho que venía a caer groseramente en medio de nuestra fiesta, lo mismo que una gran araña en un plato de crema. El hombre me miraba desconfiado. Al fin me dijo:

—¿No tiene usted fondos?

—Sí, los tengo — protesté yo —; sólo que preferiría guardarlos.

“Hizo un gesto vago. Yo, alentado, pregunté:

—Y si no pago, ¿qué se me hará?

EL RELOJ

POR

JORGE

COURTELINE

Jorges Moinaux, escritor francés contemporáneo (1860-1929), más conocido por Jorge Courteline, es el autor de este trabajo, que realza nuestra colección de cuentos famosos. Satírico y observador, Courteline obtuvo uno de sus primeros éxitos con “Les gaiet de l'escadrón”, culminando con “Boubouroche”, su obra maestra, de la cual dijo la crítica: “En su autor resucita Molière.”

Sin ser un escritor muy fecundo, pues siempre meditó y reflexionó antes de publicar, pueden mencionarse, entre otros trabajos, los ya citados y “Lidoire”, “Monsieur Bardin”, “Le gendarme Sans Pitié”, etc.



"—Es muy sencillo — respondió —: embargarle.

"—Entonces pagaré — dije.

"Y después de darle, en efecto, con toda la desesperación de mi alma, los sesenta francos que nos quedaban, fui a comunicárselo a Lamerlette. Lamerlette saltó como un cohete del lecho. Con los ojos fuera de las órbitas, me tomó por el cogote, me abrumó a reproches, me trató de ladrón, de canalla, de estafador; me dijo que no servía para nada, y que pagaba mis deudas con el dinero "de las personas", y que jamás olvidaría un exceso tal de deslealtad. Luego se apaciguó y cayó en una prostración silenciosa. Por espacio de veinte minutos vagó a través del estudio, soñando, mascullando rencores, echando cuentas.

Almorzamos uno frente a otro, sin cambiar palabra; pero cuando ya doblaba mi servilleta:

"—Convén en que te has portado como un gran marrano — dijo Lamerlette.

"—Convengo en ello — respondí con indiferencia.

"—Bueno—continuó—; pues tienes un medio para dignificarte. Empeña el reloj de pared. Siempre te darán por él veinte francos, y yo me encargo de pedir prestado el resto a Zackmeyer.

"—¡Nunca jamás! — exclamé —. ¡El reloj! ¡Un reloj de viaje que me regaló mi madre el día de mi santo y que es el ornato del estudio!

"—No importa — replicó Lamerlette —; llévalo, a pesar de todo, al Monte de Piedad.

"El modo con que le grité "¡No!" equivalía a una sentencia.

"—¡Mandrue! — gritó Lamerlette.

"—¿Qué hay?

"—Empeña el reloj de pared.

"—¡Ya te he dicho que no! — respondí —. ¡No me molestes más!

"Arrojó una bocanada de humo y continuó:

"—¿No quieres empeñarlo?

"Me limité a encogerme de hombros, bien decidido a no responderle; pero él, fríamente, cogió una silla, y por espacio de veinte minutos, sin interrumpirse ni un solo segundo para tomar alientos, me persiguió, me sitió, me acribilló con la misma frase, sempiternamente repetida y musitada a mi oído, como un lamentable contratono:

"—Mandrue, empeña el reloj. Empeña el reloj, Mandrue, que lo empeñes, que empeñes el reloj. Mandrue, empéñalo...

"Hasta se embrollaba a lo último, y me llamaba Mandrou, y después Mandrule.

"—Empeña el reloj, Mandrule; empéñalo.

"Era para volverse loco. Tuve que volverme y:

"—¡Bueno!—grité—. ¡Voy a empeñarlo, pero cállate, Lamerlette, o hago un escarmiento contigo, por el nombre que llevo!

"Lamerlette ya no podía más. Envolvió cuidadosamente el reloj en unos periódicos atrasados y me puso el paquete bajo el

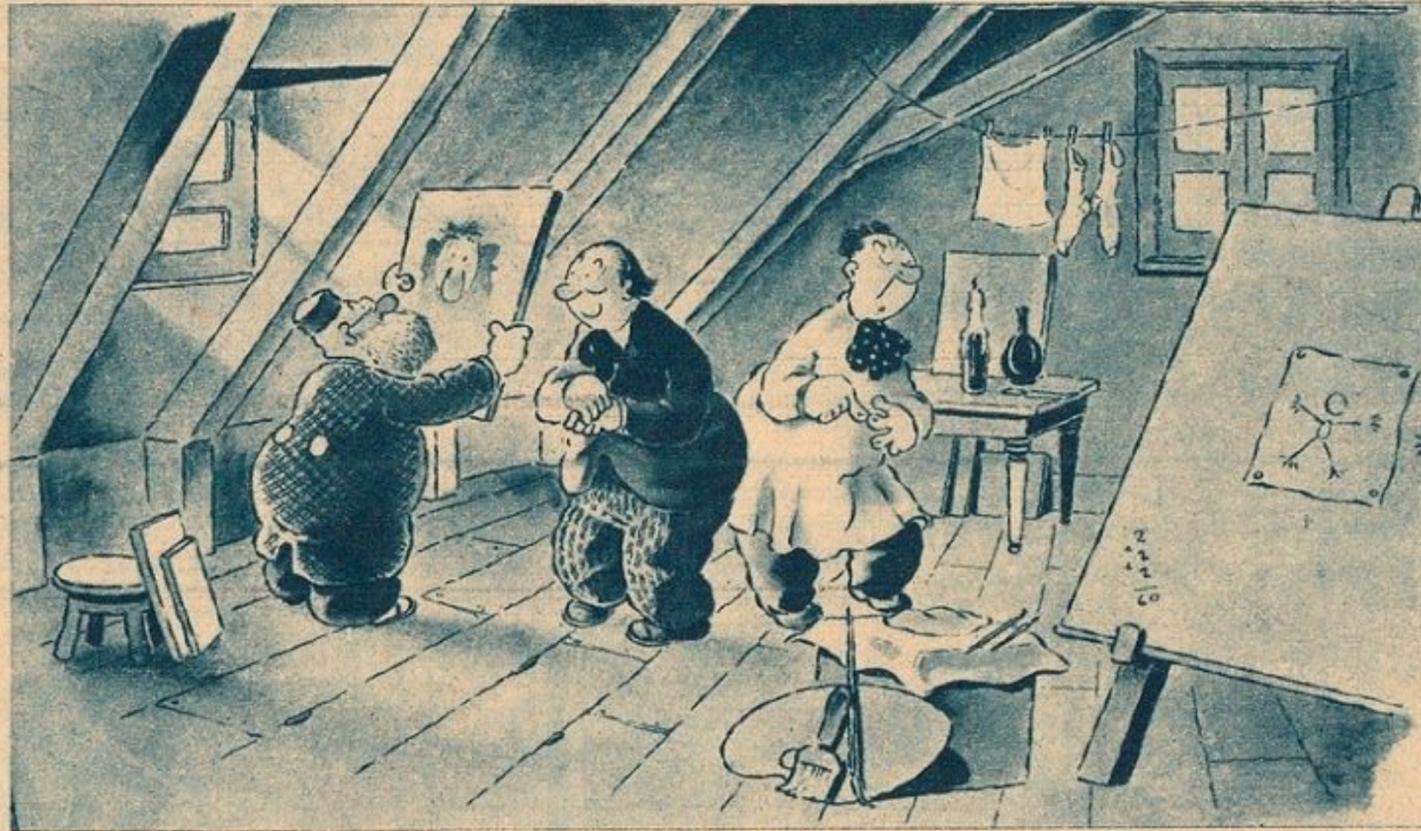
brazo, recomendándome, con insistencia, que me diese prisa.

"Ya estaba en la escalera, y:

"—Hay una casa de préstamos en la calle de las Abesses—me gritó Lamerlette, de codos en la barandilla."

"Subía yo la calle Germain-Pilou cuando una persona me cerró el paso. Levanté la cabeza, y vi... ¿No adivinas a quién? A mi madre, a mi madre misma, a quien el azar había llevado a aquel barrio a hacer unas compras. ¿Tuve o no mala suerte?

"En aquella época mi madre estaba muy bien; representaba diez años menos de los que tenía, y, aunque de pocas carnes,



era toda una mujer, tanto, que por muy fuertes y muy templados que fuésemos mi padre y yo, era ella la que nos manejaba.

"—¡Hombre! ¡Tú por aquí! — exclamó —. ¡Es preciso que te encuentre en la calle para saber cómo estás! ¿No te da vergüenza? ¿Qué has hecho en tanto tiempo sin ir a vernos? ¿Qué es de tu vida? ¿No te da vergüenza, a tu edad, no pensar más que en divertirte?... Sí, sí; si eres hijo de tu padre; ayer mismo me lo decía tu tía.

"Y que si patatín y que si patatán. Me aturdía. En vano intentaba decir dos palabras.

"—¡Pero escucha, mamá! ¡Pero, mamá, escucha!

"¡Quía! No se callaba, y la gente se volvía, divertida y un poco sorprendida, al oír a aquel carabinero llamar "mamá".

con el aire de un colegial pillado en una falta, a aquel pedacito de mujer, a quien con dos dedos hubiese podido tomar y sentar en un estante. Al fin se calmó y consintió en dejarse abrazar.

"—¿Qué llevas ahí? — me preguntó.

"Yo no vacilé un segundo.

"—Libros — respondí con una agradable audacia —; sí, una verdadera ocasión: la *Historia de las pinturas primitivas*.

"—¡Libros! — exclamó mamá —. ¡Caramba! ¿Te irás a volver juicioso al fin?

"Yo entonces quise hacerme el interesante, diciendo que no se me conocía; que siempre se habían engañado sobre el fondo de mi carácter; que yo, con mi aire de burlarme de todo, era el hombre más serio del mundo; que el estudio era el objeto de todas mis noches pasadas sin dormir, etc., etc. Y he aquí que cuando estaba en esto precisamente, la *Historia de las pinturas primitivas* —

¡oh estupor! — dió las tres debajo del brazo.

Mamá me miró; yo miré a mamá; mamá y yo nos miramos. ¡Oh, diantre!; me vi con un soplamocos encima, pues sabía que tenía la mano lista y pronto el genio... Pero sin duda mi cara de idiota la desarmó:

"—¡Embustero! — dijo sin cólera.

"Y, encogiéndose de hombros:

"—¡Sí, con una barba semejante está permitido tener tan poco juicio! ¿Es mi reloj lo que va ahí dentro, verdad?

"—Sí, mamá.

"—¿Lo llevabas al Monte de Piedad?

"—Sí, mamá.

"—¿Entonces, no tienes un cuarto?

"—No, mamá.

"Eso fué todo. Sacó su bolsa.

"—Toma, imbécil; ahí tienes dos luses. Trata, por lo menos, de que te aprovechen.

"—Gracias, mamá.

"—Y de paso, un ruego. Una tarde que dispongas de unos minutos, ven a comer a casa.

"A los cinco minutos entraba en el estudio como un obús:

"—¡Lamerlette! ¡Lamerlette! — grité —. ¡Mira dos luses! Sí, dos luses, Lamerlette, y mira también el reloj.

"Lamerlette no comprendía nada. En cuatro palabras lo puse al corriente. Y entonces nos tomamos de las manos y nos pusimos a bailar como dos energúmenos, vociferando:

"—¡Viva la alegría! ¡Viva la vida! ¡Viva el padre Zackmeyer! ¡Viva la madre Mandrue!"

Se calló. Retrocedió algunos pasos, entornando los ojos para juzgar mejor el aspecto de su lienzo. Pero, por su movimiento de cabeza, comprendí que estaba pensativo, con el pensamiento a cien leguas de allí, a caza de recuerdos, murmurando:

"¡Juventud! ¡Juventud!"

¡EL NENE!



¡QUÉ LLUVIA! ¡Y TENGO QUE IR A LA OFICINA!



¡MENOS MAL QUE TENGO IMPERMEABLE Y PARAGUAS!



¡EH! ¡MI IMPERMEABLE!... ¡MI PARAGUAS!... ¡TENGO QUE IR A LA OFICINA!

¡Y YO A LA ESCUELA!



¡DAME ESO! ¡PRONTO! ¡MI DEBER ES MAS IMPORTANTE QUE EL TUYO! ¡VOS PODÉS FALTAR A LA ESCUELA!

¡ESO CREÉS VOS!



¡POR ÚLTIMA VEZ, NENE! ¡ENTREGALE ESO A TU PADRE!



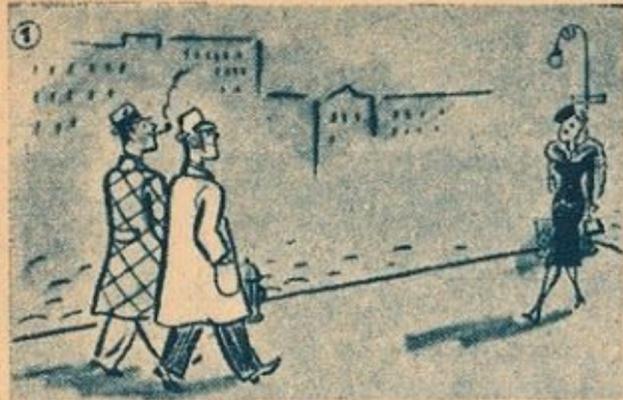
¿POR QUÉ LE GRITAS AL NENE?

¡VOS, RUPERTA, CONVENCELO! ¡HAY UN SOLO IMPERMEABLE Y UN PARAGUAS Y SE LO QUIERE ACAPARAR ÉL! ¿NO PUEDE FALTAR AL COLEGIO?



Y
AL
MEDIO
DÍA, DE
VUELTA
DE LA
OFICINA





SARNEY TOBEY



—Quise presentarte, Juan; pero, simplemente, no pude acordarme de su nombre...



LOS DOS LADRONES

Por ZINGOMAR

A las diez de la noche, los dos ladrones prepararon sus herramientas de trabajo. Llaves, ganzúas, sopletes, cortafíos, y, por lo que diablós pudiera suceder, un buen par de revólveres Colt, calibre 44.

Antes de salir, se bañaron. Eran dos ladrones que trabajaban con mucha limpieza. Además, esa noche trabajarían con altura: les habían señalado un departamento en un décimo piso, donde vivía un coleccionista de anillos de compromiso pertenecientes a matrimonios mal avenidos.

Sin ningún tropiezo, los dos ladrones llegaron al departamento. Abrieron la puerta y se encaminaron directamente al lugar donde se hallaba la caja de fierro. Se veía que estaban bien informados.

Al llegar junto a la caja, dijo uno de los ladrones:

—Enciende la luz.
El otro le obedeció.
Dió vuelta a la llave.
Inmediatamente se pusieron a trabajar.

De pronto, les pareció oír un ruido a sus espaldas. Se incorporaron y vieron junto a ellos un hombre de pijama.

—¿Quién es usted? —dijo uno de los ladrones.

El hombre del pijama no respondió. Lanzó una maldición y agregó:

—¿Se puede saber qué están haciendo?
—¡Estamos robando! ¡No nos moleste!
—Pero es que esa es mi caja de fierro. ¡Y, francamente, no me gusta que me roben!
—¿Tiene armas? — le preguntó un ladrón.
—No — respondió el hombre del pijama.
—¡Entonces, no tiene nada que hacer con nosotros!
—¡No tengo armas, pero tengo un teléfono!
—¿Y qué quiere hacer con el teléfono?
—¡Llamaré a la policía!... Ya verán ustedes lo que es bueno. ¡No se la van a llevar de arriba, aunque estén en el décimo piso!

Los dos ladrones se miraron asustados. Hablaron en voz baja. Después, uno de ellos dijo al hombre del pijama:

—¿Si le damos la mitad de lo que robamos, guardará usted silencio?

El hombre del pijama reflexionó un instante, y dijo:

—La mitad para mí. La otra mitad para usted y su compañero. ¿Está bien?

—¡Está bien! — dijeron los ladrones.

—¿Puedo tener confianza en ustedes? — dijo el hombre del pijama.

—¡Sí; no faltaría más! ¡Palabra de honor!

—Bueno: voy a acostarme un rato. Cuando terminen, me llaman. ¿Entendido?

—Entendido.
El hombre del pijama se dirigió a su alcoba.

En la habitación sólo se oía el ruido del soplete, cuya llama azulada horadaba el acero.



Quintanilla '37

CADA día que pasa me convengo más que hay hombres que han nacido para estar en la cárcel y otros para tenerlos en remojo toda la vida, a ver si así se les ablanda la cara. ¡Lorenzo es uno de estos! Alguno pensará que yo le tengo ojeriza, pero no es cierto. Y sino lo de las otras noches.

Como todos los miércoles cae Tito, esa monada de muchacho que es el novio de Mechita, todo un verdadero ángel al borde del matrimonio. Y llega como siempre con sus obsequios. Esta vez no le trajo unos puros para don Pancho, sino que se vino con un bandeja alta, que por la forma calculé que eran merengues de Chantilly. Llega Tito; sale a recibirlo en la sala Mechita, y, naturalmente, Tito pone los merengues en el sofá, a fin de poder darle un abrazo a su "bomboncito de chocolate" — como le dice algunas veces —, y en estos trances, como ocurre con todos los novios, según me parece, no es posible tener las manos ocupadas con paquetes. Por otra parte, como todos los días de visita de Tito, tras la tempestad llega la calma, y tras el abrazo furtivo, llega doña Josefa, dándole los últimos toques a los plisados, tanto como para disimular.

Bueno. Lo dicho.

—¿Cómo está, Tito? Tome asiento, nomás. No se moleste.
—¡Gracias, mi simpatiquísima y correctísima futura mamá política! — respondió Tito. ¡Y lo que son las cosas! Se olvida del paquete de los merengues y se deja caer sobre el sofá. Se me escapó un grito. Y a Tito:

—¡Los merengues!

Del susto ni quería incorporarse.

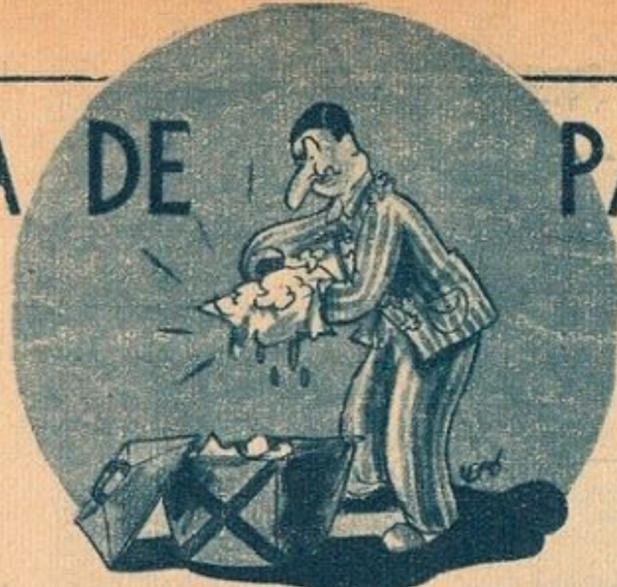
—Póngase cómodo, Tito. ¿Qué le va a hacer? Andá, Mechita, para afuera — dispuso doña Josefa.

Se levanta Tito, y aquello ya no era un paquete de merengues. Nada. Parecía un libro, de chatito que quedó.

—¡Qué lástima, Tito! Pero no se ha



LA FAMILIA DE PANCHO ARGÜELLO



(UN ARGENTINO 100x100)

Por EL LORO DE LA CASA

MERENGUES DE CHANTILLY

manchado para nada el pantalón...

—Menos mal... — dijo el muchacho que, pasada la furia del primer momento, se puso a silbar tranquilamente —. Mañana me desquitaré y traeré una docena.

—Será lo mismo el sábado... — dijo don Pancho, asomándose, y que,

por lo visto, se resiste a que Tito se tome todos los días de visita.

Doña Josefa recogió la bandeja de los merengues aplastados y con toda dignidad fué a arrojarla al tacho de basura.

Por lo visto, Tito, que tiene un humor excelente, comenzó a hacer chistes sobre lo de la bandeja. A cada uno que caía le contaba:

—Hice así — y a las palabras seguía la acción —. Saludé a doña Josefa; doña Josefa me dice: "Tome asiento, nomás. No se moleste". Me dejo caer, y ¡plaff! Ni que me hubiera sentado sobre una mata de cardos por el salto que pegué. ¡Jua, jua, jua!

Entraba la bobalicona de Ofelia, y Tito a hacer el relato de la aplastada de los merengues. Que entraba Lorenzo, y lo mismo. ¡Si me habré reído a pico batiente!

—Una bandeja de merengues ¡Qué desgracia! — comentó Lorenzo, poniéndose pálido...

—Y qué le va a hacer, m'hijo — lo barajó don Pancho —. Eso no le ocurrirá a usted, porque a usted *no le gusta* traer paquetes... Ofelia nó pescó la indirecta y lo justificó a su "maridito":

—Sí. Lorenzo es enemigo de traer paquetes...

Don Pancho y Tito lanzaron tales carcajadas, que el gánapiro de Lorenzo se fué a tomar aire al patio, tanto, como le dijo a la bobalicona de su mujer, para no "echarle una indirecta él, que los hubiera fulminado". Yo ya me había olvidado esa noche y me disponía a dormir, porque Tito se había ido y todo el mundo estaba en cama, cuando un rumor de la puerta del vestíbulo me hizo abrir el ojo que había cerrado.

Al principio casi me da un ataque. Pero en seguida me serené, porque don Pancho preguntó desde el dormitorio:

—¿Quién anda por ahí?

Y la voz de la sombra dijo:

—Yo. Lorenzo. Me levanté a tomar agua...

—¡Ah!

Lorenzo se dirigió a la cocina. Abrió el armario. Sacó una copa. Abrió la canilla. Pero miré después a través de la ventana y casi grito.

Lorenzo había sacado la bandeja de los merengues del tacho, con un cuchillo raspaba el papel, y se devoraba, esa es la palabra, ¡se devoraba los restos de merengues aplastados!

—¡Qué ignominia! ¡Qué salvaje! Les juro que hasta me tapé los ojos para no ver. ¡Miserable!

ESTUDIE TRIUNFARÁ!

Enseñamos por Correo: ● OTORGAMOS DIPLOMAS

RADIO -
AUTOS
SASTRE
DIESEL
MODISTA
COMERCIO
VENDEDOR
TENEDURIA
DIBUJANTE
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
CALIGRAFIA
PUBLICIDAD
CONTADURIA
TAQUIGRAFO
PROCURADOR
CONSTRUCTOR
ELECTRICISTA

Devolvemos el dinero al alumno desconforme, el primer mes. Reconocemos lo pagado en otra escuela. Regalamos las lecciones, papeles, sobres, carnet y equipo. Fundadas en 1915, son las Escuelas más importantes.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

689 - Avda. Montes de Oca 695 - Buenos Aires
(Palacio propiedad de estas Escuelas)

Director: PATRICIO C. RYAN, Bachiller y Contador

NOMBRE.....

DIRECCION.....

LOCALIDAD (15).....

Envíe este cupón y recibirá informes.

Radios de calidad para escuchar todo el mundo, para ambas corrientes, para acumulador, para funcionar en ambas corrientes o con acumulador, para auto. Fábrica Ryan, 689 Av. Montes de Oca 695. Bs. Aires. (Necesitamos revendedores o agentes).



-ME gusta este traje porque es como yo:

derecho — dijo Simplicio, contemplándose de cuerpo entero en una vidriera céntrica —. Y ha de ser valiente, porque como no es de confección no se achica — agregó, sonriendo.

Realmente, Simplicio había cambiado mucho. Parecía otro. ¡Estaba hasta elegante!... Un acreedor que lo encontrara en plena calle no dejaría de sorprenderse agradablemente.

—¡Debe andar en la buena cuando va tan bien vestido! — pensaría con optimismo.

Pero no fué un acreedor, sino un antiguo conocido, el Vago Alegría, un ex vecino de aquella época en que las circunstancias obligaban a Simplicio a pernoctar en un banco de la plaza Lavalle.

—¡Hola!... — le dijo Simplicio —. ¡Me alegro de verte!... ¿Qué hacés?

—Nada — respondió el Vago Alegría.

—Por no perder la costumbre — dijo Simplicio.

—¡Naturalmente! ¡Sería una pena perderla! Después de tantos años...

—¿Y Agamenón?... Aquel que venía algunas noches a hacernos compañía... — preguntó Simplicio.

—No parece el mismo. Pidió una plaza al gobierno.

—¿Una plaza? — exclamó Simplicio, asombrado —.

¿No le bastaba con la plaza Lavalle?

—Digo que ha pedido una plaza, un puesto público.

—¿Y para qué?

—Será para no dormir en el banco.

—Sí, claro... Pero siempre dormirá en la plaza — dijo Simplicio.

—Entendido — aclaró el Vago Alegría —. Dormirá en la plaza que le den. Si se la dan, que lo dudo. Pero, hablemos un poco de ti.

¡Estás elegante!... ¿Te has hecho un traje nuevo?

—¿Yo?... ¿Un traje nuevo? ¿Por qué?

—¡Hombre! Porque veo que lo llevas puesto. No dirás que ese traje no es nuevo.

—Sí, es nuevo. Pero no lo hice yo — dijo Simplicio.

—¡Se entiende!

—Como me has preguntado si me hice un traje nuevo...

—Es verdad. Pero ya sabemos que los trajes los hacen los sastres. Quise decir si te lo habías hecho hacer.

—¡No se me pasó por la imaginación encargar a ningún sastre un traje! Yo no mandé que me lo hicieran.

—¿No?... — preguntó, extrañado, el Vago Alegría.

—No — repuso Simplicio —. Cuando digo no, es que no.

—¡Pero si es nuevo!... Alguno lo habrá mandado hacer. ¡Supongo

que no se habrá hecho solo!

—¿Tú crees que un traje puede hacerse solo?

—Yo no creo.

—Yo tampoco — dijo Simplicio.

—¿Y entonces?

—Entonces no me interesa absolutamente nada lo que hacen mis amigos. Pueden hacer lo que les dé la gana. Yo no los mando. Si quieren encargar al sastre varios trajes, que lo hagan. No me importa un rábano.

**EL TRAJE
NUEVO**
Por KU-KU
ILUSTRO FERRO

—¡Ah!... ¿Ese traje es de un amigo tuyo? ¡Pues te queda muy bien!

—Claro — expresó Simplicio —, porque no es mío. Si fuese mío no me quedaría bien.

—No comprendo tu razonamiento — confesó el Vago Alegría algo confuso —. Si fuese tuyo me parece que no habría ninguna diferencia.

—¡No, qué esperanza!... — exclamó Simplicio —. Si fuera mío me quedaría grande. Yo me hago hacer los trajes muy holgados...

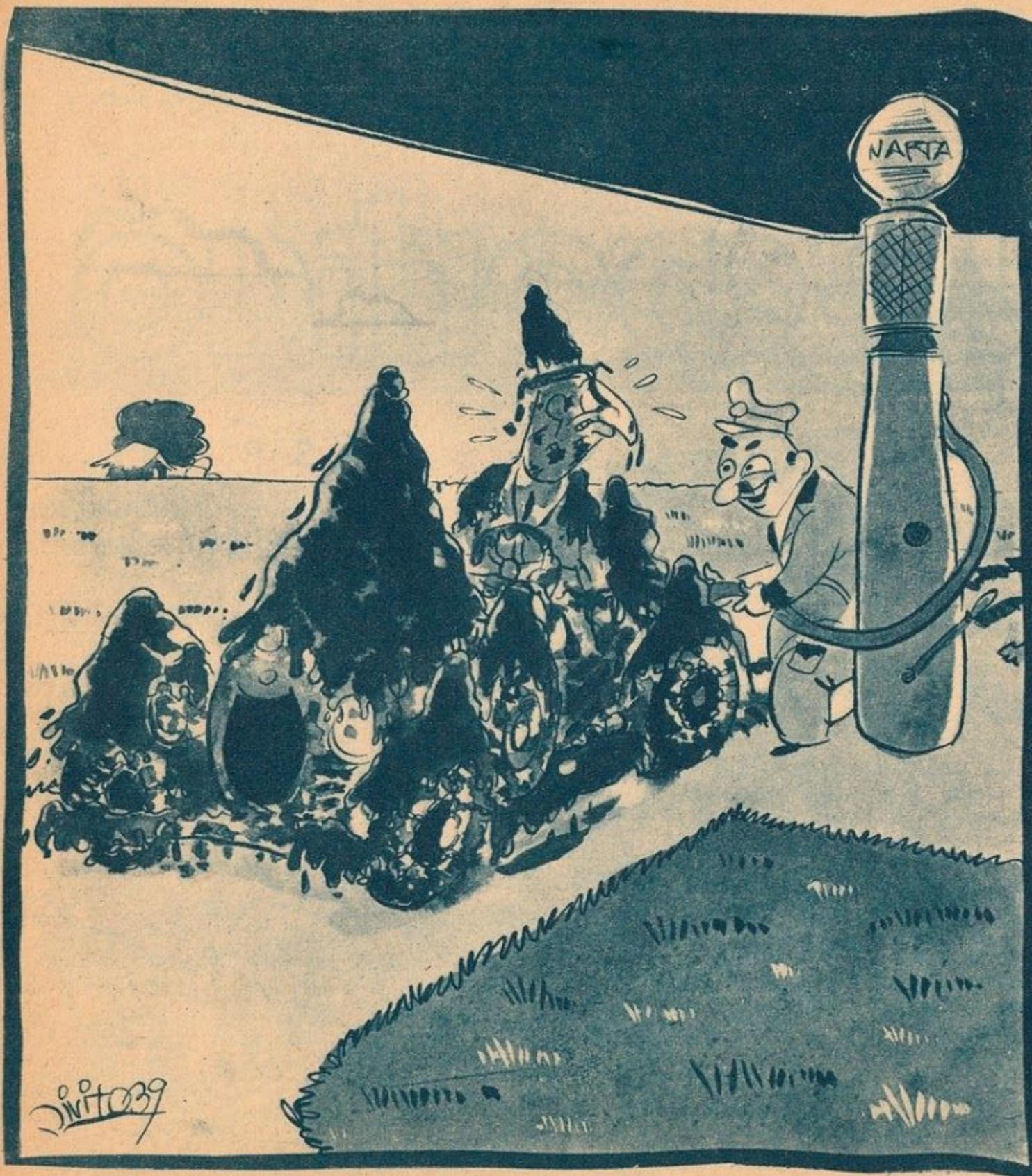
—¿Y por qué no los encargas a tu medida?

—No te explicas.

¡Qué rico tipo!... ¡Parece mentira que hayamos sido compañeros de infortunio en cierta época!... Cierta gente pretende que uno vaya por la ciudad llamando la atención con un traje que le queda grande. ¿Por qué?... ¿Maldad?... ¿Envidia?... ¡Misterios del alma humana!

Y Simplicio, sin despedirse del Vago Alegría, cruzó de vereda.





"EL SALTAMONTES"

POR
CONGREVE

EL jefe de personal de aquellas pobladas oficinas cumplía sus bodas de plata con la empresa, y los empleados, con un criterio subalterno y genuflexo, decidieron homenajearlo con una fiesta campestre.

El señor jefe, conmovido al comprobar que los muchachos no lo querían mal, aceptó profundamente emocionado, y un lindo domingo, soleado y perfumado, las huestes oficinescas se trasladaron mancomunadas al lugar del hecho.

Llegaron. Chillaba el asado y se doraban las achuras en la parrilla, y como aun faltaba un buen rato para que todo aquello estuviera a punto de mandíbula, alguien propuso organizar algunas competencias originales. Se puso a votación y ganaron las carreras de embolsados por gran mayoría.

Se disputaron seis carreras de doscientos metros cada una y todas, sin excepción, fueron ganadas por un margen bochornoso por Bonfanti, el diligente ayudante del contador. Indiscutiblemente, el muchacho tenía unas condiciones extraordinarias, y así se lo manifestaron entre vítores y aclamaciones.

Esa noche Bonfanti no pudo conciliar el sueño. "Tal vez mi porvenir está en las carreras de embolsados, pensaba. Si en mi primer intento he cumplido semejante performance, es porque tengo categoría, mucha categoría. Y si me entrenara... ¿Quién me asegura que no podría llegar a campeón mundial? ¿Quién me asegura que Norteamérica no se interesaría por mí? ¿Quién me asegura que no me convertiría en la super-

atracción y que nadaría en mar de dinero? ¿Quién, eh?...". Y despuntaba ya el alba cuando su ángel de la guarda le cerró los párpados.

Y desde ese mismo día comenzó a entrenarse con todo entusiasmo. A la semana saltaba como una langosta; al mes, como un canguro. Intensificó el entrenamiento y cada vez eran más prodigiosos sus saltos de embolsado. Alcanzaba alturas que ni con garrocha. Los diarios comenzaron a hablar de él, las radios a solicitarle su saludo a la afición argentina. El modelo "embolsado" se puso de moda en las niñas elegantes y cada vez crecía más la curiosidad ciudadana por ver actuar al que ya presentía como su ídolo.

Y una mañana memorable, una multitud anhelante y una impresionante caravana de automóviles se dirigía desde temprano a un punto determinado de las cercanías de la ciudad, un lugar adecuado, elegido por las autoridades deportivas para que Bonfanti, "El Saltamontes", hiciera su primera presentación oficial.

¡Qué clamoreo! ¡Qué entusiasmo indescribible cuando "El Saltamontes" se dispuso a la primera prueba!... Fue algo prodigioso. Inició una carrerita de saltos cortones y luego se elevó... se elevó como si del cielo lo recogieran con una soga. Emocionado, el gentío lo vió alcanzar cien, doscientos, trescientos, quinientos metros de altura... y vaya uno a saber hasta dónde habrá llegado... Nunca más se supo nada de él...



—¿Qué tal están los caminos, señor?

HISTORICA

DICEN...

En el partido entre Rosario Central y Chacarita Juniors ¡hay que ver la pachorra que "lucía Miranda"!...

Hay quien murmura que, en River, al jugador Staggi lo tiran al medio, y cómo no van a tirarle al medio si es centre-forward.

REFRAN
CON
OTRA
INTERPRE-
TACION

Menú Deportivo

FOR IPIPURRA



Gilli, el back de San Lorenzo, estaba jugando a lo crack. Mientras que el back Valussi, de Boca, casi marca un gol en contra, por creer que Vacca estaba a su lado cuando tiró la pelota hacia atrás. Con lo que queda demostrado que, si el back que tiene San Lorenzo no yerra una, "el que tiene Boca se equivoca..."



TECNICA
AL "USO
NOSTRO"

Como en un partido anterior los comentarios habían mencionado la "frialidad" de las jugadas de los players; helos aquí cómo se aprovisionaron para salir en el encuentro siguiente..

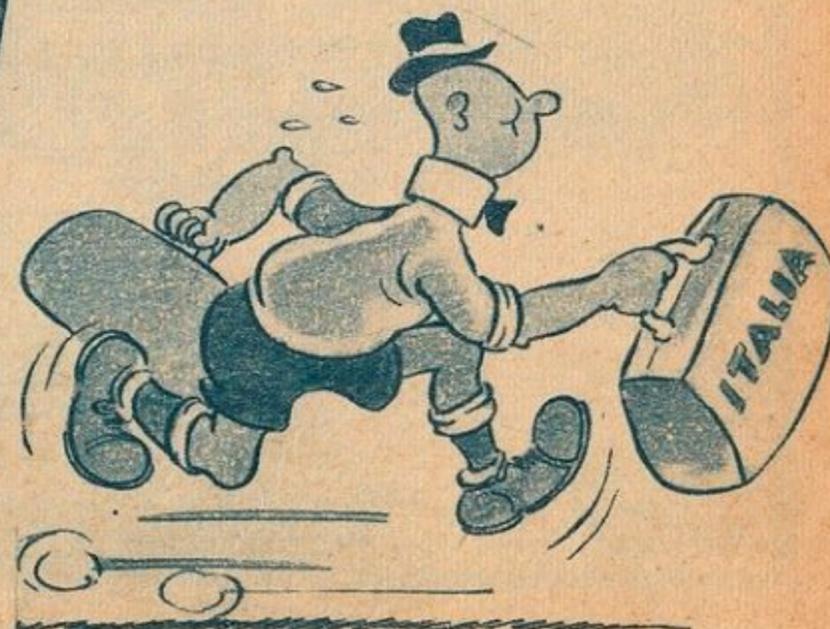


"S P I"

—Dos buenos centrehalves tiene Independiente: Spinetto y Spinelli.

—¿Y el otro centrehalf, Spitale?

—Ese "spi"...antó para Italia.



CON TAPIAL O SIN TAPIAL,
LES GANAREMOS IGUAL...

Tigre se fué a Lanús con un Muro en el arco. Pero los forwards de Lanús lo volaron con seis cartuchos de dinamita...

TOMADURA DE PELO

Eso parece ser. De que en Quilmes estén juntos "Mattas" y "Vives"...

SE DESTACAN

En Sportivo Acassuso todos los elogios se los lleva la pareja Lucía-Casimir. Seguramente deben de ser maniqués vivientes...

CARTELETA

BAJO EL CIELO DE MEXICO: Paternoster.

AVES DE RAPIÑA: Los revendedores de entrada.

CINCO PRIMORES: Barrios, Guerra, Masantonio, Baldonado y Saldomando.

LA HIJA DEL PENAL: Mister Caswell.

DE PARIS

Llegan noticias de Francia. El jugador argentino O. Tarrío, que se halla en la Ciudad Luz defendiendo los colores del Red Star, viendo cómo se encuentran las cosas por el viejo mundo, quiere regresar a nuestro país. Por lo visto, el jugador no es ningún "O. Tarrío"...

PURO HUMO

Mientras estaba en la puerta de la cancha de Independiente, al señor A. Vanti, miembro de la C. D. roja, fué burlado por varios pibes que se colaron. A. Vanti se lo fumaron.

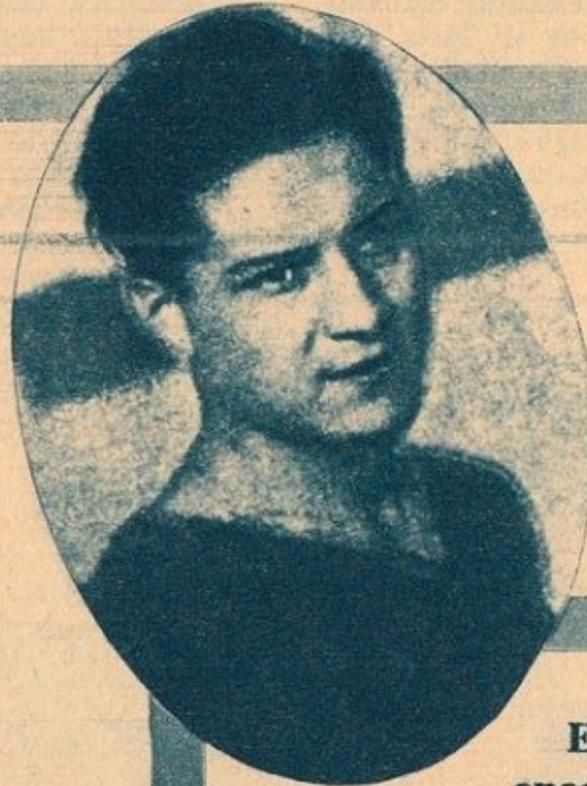
EL ORDEN DE LOS FACTORES...

La carrera ciclística organizada por el Cicles Club Belgrano se la adjudicó F. Olguín, clasificándose segundo D. Lanti.

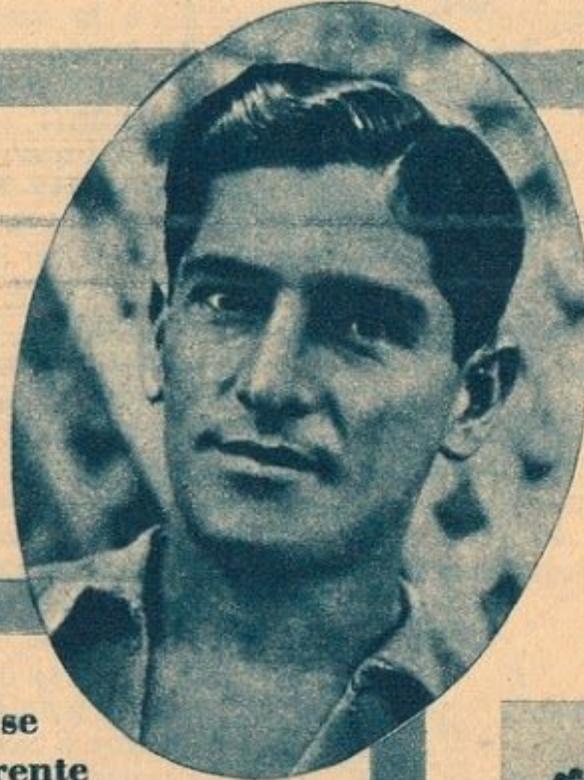
Con lo que esta vez D. Lanti entró detrás...

OTRA VEZ

Racing incluyó el domingo anterior a Benítez Cáceres en la primera división y le dió el olivo a Adán. ¿Pero éste no se corrige nunca? De todas partes lo echan.



A CUBIERTO

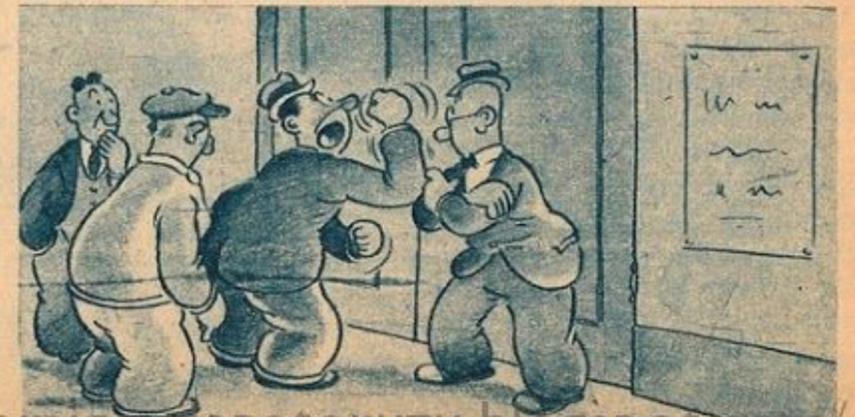


El domingo anterior se encontraron frente a frente dos paraguayos: Benítez Cáceres, que debutaba en Racing, y Erico, el goleador de Independiente. El tiempo amenazaba lluvia, pero el referee no pensó en ningún momento en suspender el partido. Total... los dos cuadros tenían un "paragua" cada uno...

"¡GOLPIA, QUE TE VAN A ABRIR...!"

Habían cerrado las puertas de acceso a la cancha de Racing, donde jugaba éste con Independiente. Varios que habían adquirido entradas se habían quedado fuera, y golpeaban rabiosamente para que les abrieran. Hasta que uno se tiró un lance y gritó:

—¡Abran..., que me olvidé la llave!



LA MALA SUERTE DE POCHO

POR MARIANO DE LA TORRE



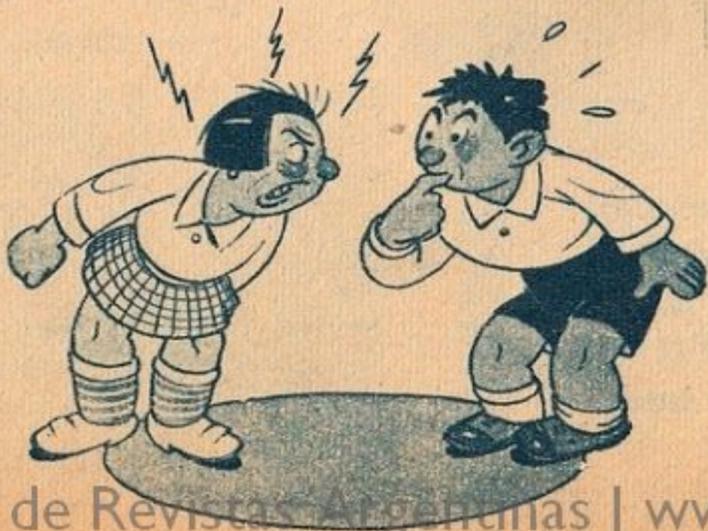
ILUSTRO
GURATTI

POCHO era un predestinado. Todo le salía "patas pa-riba".

De nada valían las patitas de conejo, ni la herraduras con siete clavos, ni los tréboles de cuatro hojas, ni la sal arrojada sobre el hombro izquierdo, ni nada.

Tenía mala suerte, y no había nada que hacerle. En el colegio la maestra lo tenía entre ojos. Todos los meses "conducta regular".

A los otros les ponía "conducta buena" y hasta algunos "conducta muy buena", pero a él, ni por casualidad. Y todo porque sacaba, a veces, higos de la higuera del patio en los recreos, o porque le hacía zancadillas a los otros, o tiraba tizas. Nada más que por eso. Si era en su casa, todos comían postre menos él. Con cualquier pretexto lo dejaban de a



pie. O que había roto un jarrón que no valía nada, o que no estudió la lección, o que metió el gato en la heladera, o le puso una tachuela en la silla de tía Eloisa. Siempre había algo. La cuestión era dejarlo sin postre.

Hasta jugando a la pelota tenía "mala pata". Siempre tenía que ser él, al que lo metían en líos, o salía lastimado de la cancha. Él no jugaba "sucio", ¿quién dijo? Lo que pasaba era que corría con los codos para afuera y los otros se arrimaban mucho.

Por eso no se hizo ilusiones cuando conoció a la vecinita nueva de la casa de al lado. De buena gana se hubiera hecho "novio". Pero cuando él la miraba, ella se daba vuelta. ¡Era inútil! ¡"Yeta" y nada más! ¡Qué tenía que ver que fuera despeinado o sucio, como le decía la tía! Pocho averiguó que se llamaba Matilde Norinda Peña Tutologiorno.

¡Qué lástima el apellido!

Cada día le gustaba más. Se hubiera dejado mojar la oreja por ella. Se hubiera hecho romper todo por ella. Pocho sufría.

Pero Matilde, la pérfida, se complacía en verlo sufrir. Sin embargo, Pocho estaba dispuesto a jugarse todas las cartas y cartílagos de que disponía en pos de su bien amada y mal pagadora.

Para hacerse amigo del hermanito lo invitó a jugar a las bolitas, y se las ganó todas. ¡Hasta esa mala suerte!...

Para colmo, el otro se fué llorando a la casa a decírselo todo a "mami".

Ni qué decir que Matilde no sólo no lo saludaba, sino que ¡lo miraba con una cara! Trató de volverse a amigar con aquel zonzo a costa de cualquier sacrificio y le regaló una pelota de goma flamante, flamante. ¡Pero otra vez la "yeta"! Pedrito no dejó vidrio sano en su casa, y, para rematar en forma la jugada, le pegó un

pelotazo con alma y vida ¡justo en un ojo de su hermana!...

— ¡Ése sinvergüenza de al lado tiene la culpa! — berreaba Matilde a lágrima batiente.

Sin embargo, Pocho la seguía queriendo más que a una "bici" nueva. Era capaz de hacer un descabro. Un día, decidido a todo, tomó una pluma y escribió:

"Señorita Matilde. Necesito verla esta noche sin falta. Si no voy a hacer una barbaridad. Dígame dónde, y a qué hora. Con todo el cariño: Pocho."

La cerró con tres vueltas de lengua por la parte engomada, y previo pago de 20 bolitas se la entregó a Pedrito para que la hiciera llegar a manos de su hermanita.

Al poco rato, y previo pago de otras veinte bolitas, Pedrito volvió con la anhelada respuesta:

"Señor Pocho. Esta noche espéreme a las siete en la calle General Pietracupa 3000. Matilde."

Loco de felicidad, Pocho ha salido corriendo para su casa. Su madre ha tenido que creer o reventar, viéndolo desnudarse para darse un baño; cuando lo ha visto peinarse y ponerse el traje nuevo; la camisa y la chalina. ¡Hasta le ha ido a sacar el perfume que guarda en la mesa de luz la tía Eloisa para echárselo encima a chorros!

Le ha pedido un peso, que su madre le ha dado, en premio a su gesto jamás visto en él. A las cinco ha salido corriendo como un flecha. Por nada del mundo va a llegar tarde. La calle Ge-

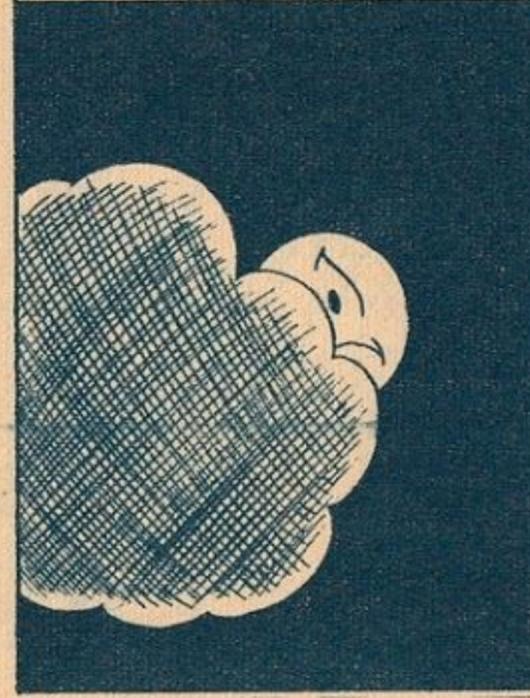
neral Pietracupa está a doce cuadras de su casa. ¿Por qué ha elegido "ella" esa calle? Misterio. "Vaya uno a comprender a las mujeres" — dice Pocho —. Llega. Recién está al 1000 de General Pietracupa. Tiene que hacer veinte cuadras más. Camina; todavía es temprano.

De pronto se detiene. ¡Será posible! ¡Otra vez la "yeta"! La calle General Pietracupa termina al 1300. Justo hoy que ella lo podría estar esperando al 3000.

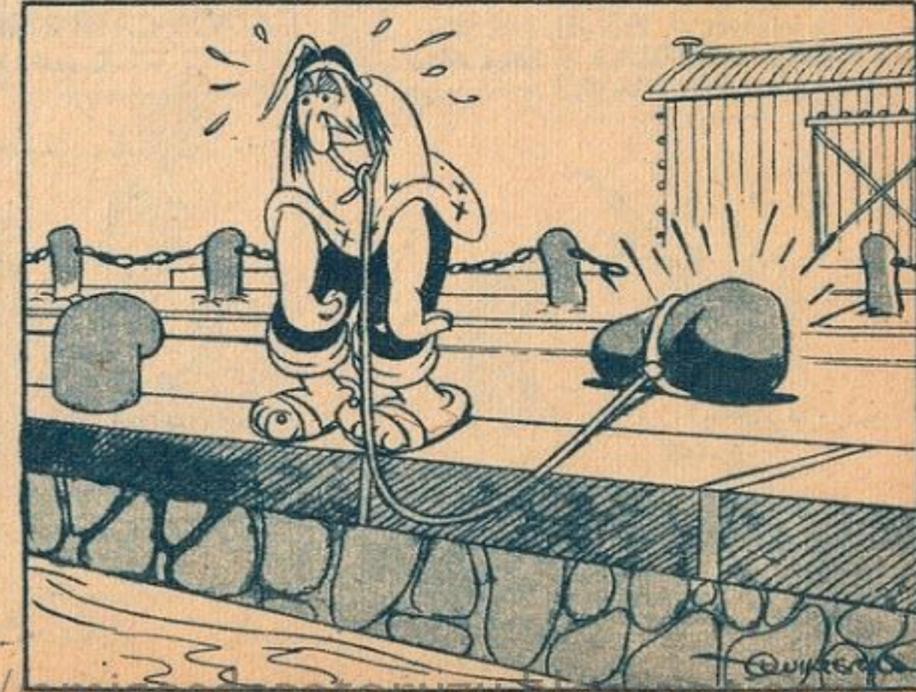
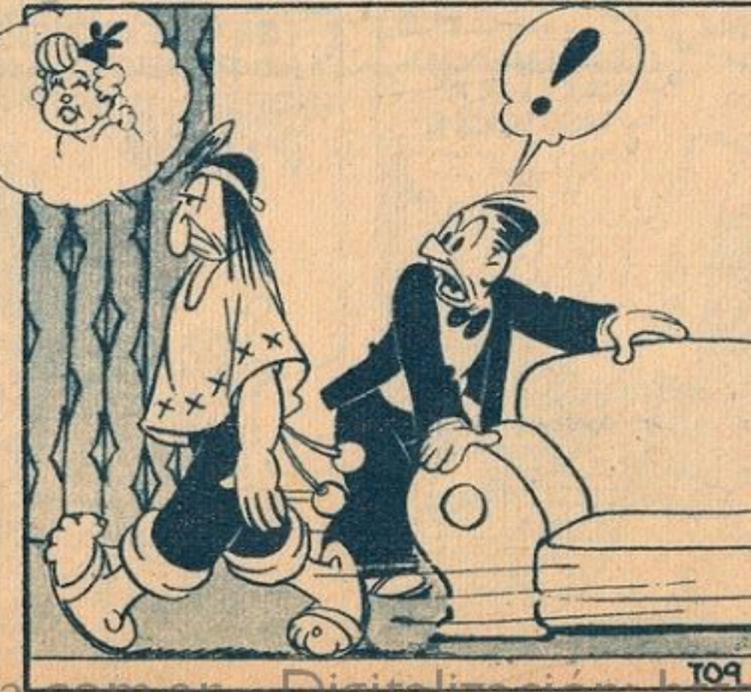
¡"Mala suerte" y nada más!



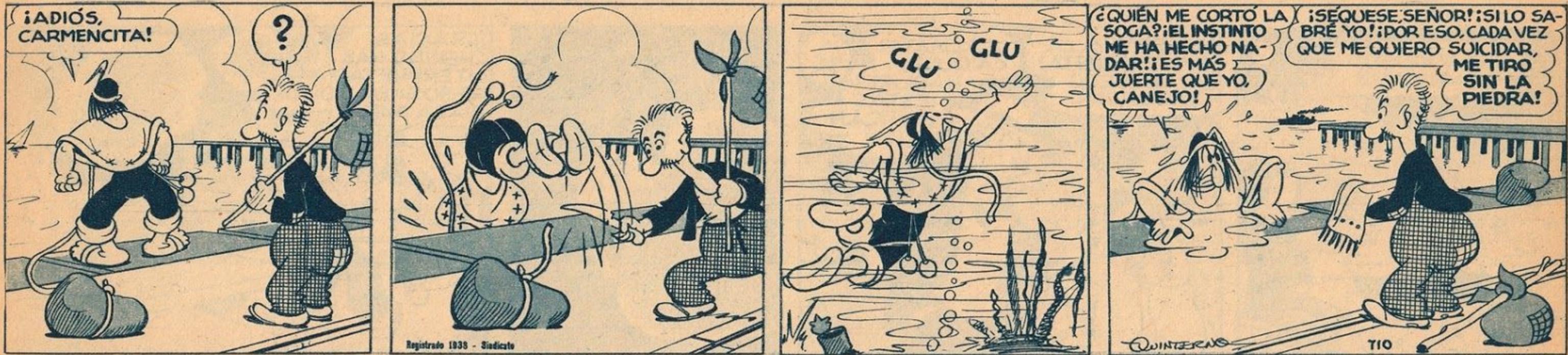
¡Se le diluye la hiel, al ver la luna de miel!



Quiere llevarlo a olvidar. ¡Mas él se va a suicidar!



¡Le envió la providencia, un suicida de experiencia!



¡Nunca falta un meterete, y, a veces, es chasirete!



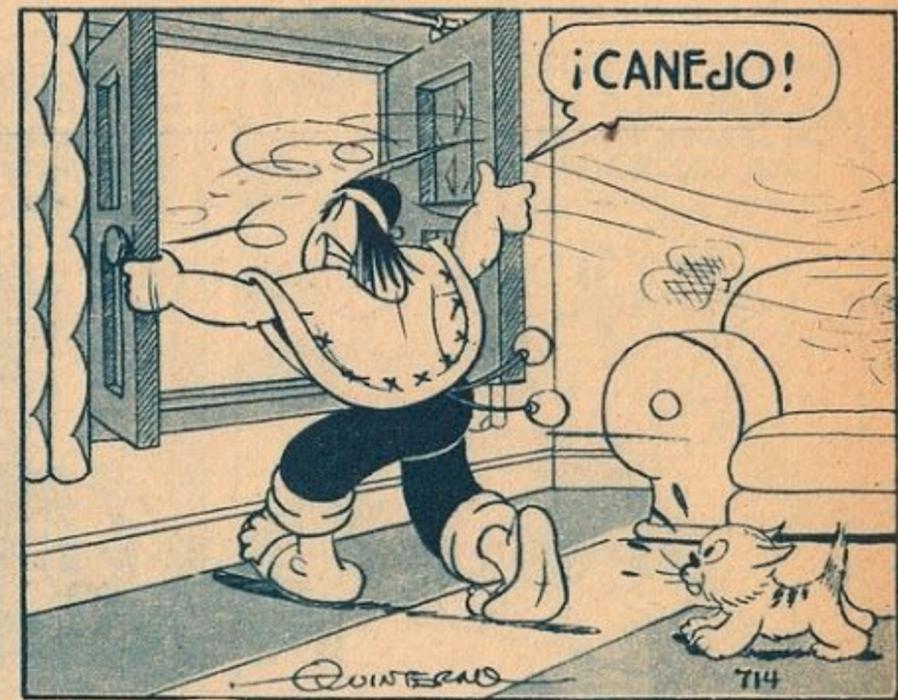
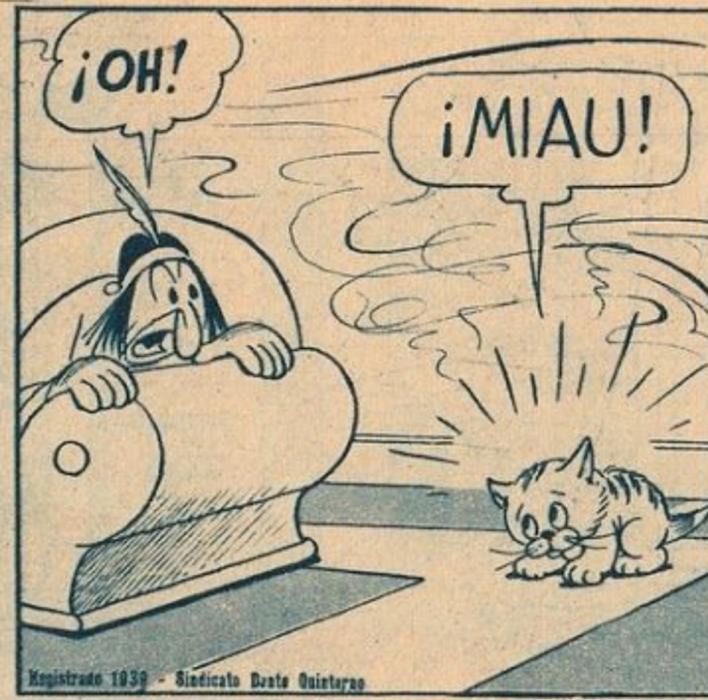
¡Hay misterios insondables, y hay caprichos lamentables!



¡Indio, de gloria un blasón! ¿Vas a morir con carbón?



¡No quiere que se destruya, otra vida que la suya!



¡Tendido entre las dos vías, va a poner fin a sus días!



(DESDE un boliche de la Boca llaman al Departamento Central de Bomberos.)

—¡¡Vengan pronto!! Se me quema el barco...

—¿Adónde?

—Aquí... Cerca de la Vuelta de Rocha, en el río...

(Desde el mismo boliche llama el dueño a un amigo.)

—Hola... ¿Pedro?

—¿Qué decís, Genaro?

—¡Che! Venite al negocio... Enfrente se está quemando un barco... ¡Vieras qué macanudo!... Avisale a todos...

—Llevaré a los chicos..., ¡pobres! Hace un mes que no van al cine... ¡Ya vamos!

(A los quince minutos llaman al Departamento de Bomberos desde el mismo sitio.)

—Quiero hablar con el jefe de guardia.

JEFE.—¿Qué pasa?

—Vea... Habla el jefe de los voluntarios de la Boca. ¡Retire inmediatamente su gente de aquí!... ¡Este incendio del barco es de nuestra jurisdicción!

—No, señor. Todo el Distrito Federal nos pertenece.

—El barco está en el medio del Riachuelo.

—Usted lo ha dicho... ¡Nos pertenece!...

—¿Qué le va a pertenecer! ¡Exijo que retire sus hombres! ¡¡Que saquen sus mangueras y nos dejen trabajar!!

—Nada ordenaré. Mis bomberos cumplen con su deber.

—¿Que no los saca?...

¡Ya veremos!...

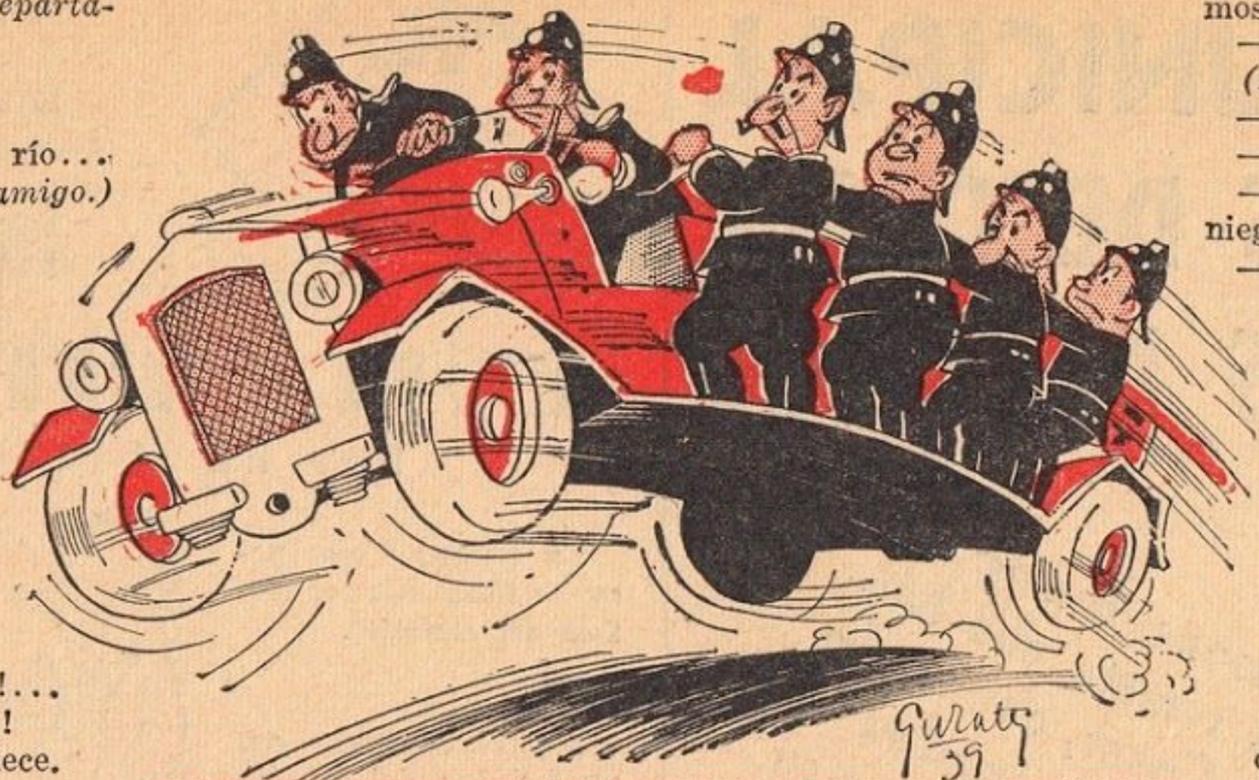
(¡Clac! Vuelve a llamar a su amigo el dueño del boliche.)

—¿Y, Pedro?...

¿Qué hacés que no venís?

—¡Esta Juanita se está arreglando y no termina!...

—¡Decile que se apure..., que se va a terminar el incendio! ¡Está formidable, che! Nuestros



INDISCRECIONES DE UN POSTE DE AZOTEA

"SINIESTRO"

bomberos hacen la competencia a los del Central!...

¡Vengan pronto!

—En cuanto termine Juanita salimos para allá.

(Un cabo del Departamento Central llama a su jefe.)

—Jefe ¡No nos dejan usar nuestra manguera!... Se nos está terminando la paciencia...

—Hay que evitar desgracias mayores... Déjenlos trabajar a ellos.

—¡Está freseo!

—¿Qué dijo, cabo?

—Nada..., señor... Trataremos de colaborar solamente.

(El sargento de los voluntarios de la Boca llama a su jefe.)

—Señor... ¡No podemos hacer nada!

—Trabajen juntos... Dejen el amor propio a un lado.

—No es por eso, señor. Ya nos hemos reconciliado, pero cuando fuimos a conectar la manguera nos encontra-

mos con que no sale agua... ¿Qué diablos puede pasar?

—¡Llamaré inmediatamente a las Obras Sanitarias!

(El cabo llama al Departamento Central.)

—¡El bombero Fernández se va a quemar vivo, señor!

—Sálvenlo.

—No quiere. Se ha metido en la bodega del barco y se niega a salir. ¡Se va a achicharrar!

—¡Sáquenlo a la fuerza!

—Mandé dos a buscarlo... y tampoco quieren salir.

—¿Y el incendio?... ¿Se va extinguiendo?

—Todavía no hay agua, señor.

—¡¡¿Cómo es eso?!!

—Es que... ¡¡Oh!!... ¡¡Ah!!... ¡¡Agarren pronto!! ¡¡Todos a mí!!

—¿Qué sucede, cabo?

(Después de unos instantes la voz jadeante del cabo.)

—... Señor...

—¿Por qué no respondía?... ¿Qué pasó?

—Es que entré al negocio a hablar... con el caño de la manguera en la mano... ¡Ya tenemos agua, señor!

—¡¡Corra al barco!!

(Media hora después, el cabo llama nuevamente a su jefe.)

—Ya está, señor.

—¿Y el bombero Fernández?

—Está a salvo, señor..., pero lo han llevado al hospital.

—¿Se quemó mucho?

—Por fuera no. Pero...

¡Había descubierto que el barco traía ginebra!...

(Y Genaro a Pedro.)

—Che, Pedro, quedate no más. Ya se acabó el incendio...

—¡Caramba! En este momento Juanita acaba de vestirse para ir... ¡Qué lástima!



EL BANCO MUNICIPAL VENDE MAQUINAS DE COSER CON FACILIDADES DE PAGO

Toda persona puede adquirir en remate una Máquina de Coser, abonando una pequeña cantidad a cuenta, y conservarla en su domicilio, completando el pago en cómodas cuotas.

CASA DE VENTAS:
ESMERALDA 660
INFORMES: 3^{ER}. PISO

EL BANCO EFECTUA EMPEÑOS A DOMICILIO
SOBRE MAQUINAS DE COSER
PERMITIENDO EL USO
DE LA PRENDA



ENTRE EXPLORADORES

EXPLORADOR I. — A la derecha había un león, a la izquierda un tigre, detrás un leopardo, delante un lobo...

EXPLORADOR II. — ¿Fué en el centro de África?...

EXPLORADOR I. — No; en el Jardín Zoológico.

ENTRE PITOS Y FLAUTAS

Por EL LICENCIADO VIDRIERA

La tragedia que pocos se imaginan: el resfrío del elefante.

Aquel confitero era un ladrón: daba hojas de menos en los alfajores de mil hojas.

El oculista le dijo al ciego: "Cásate y verás".

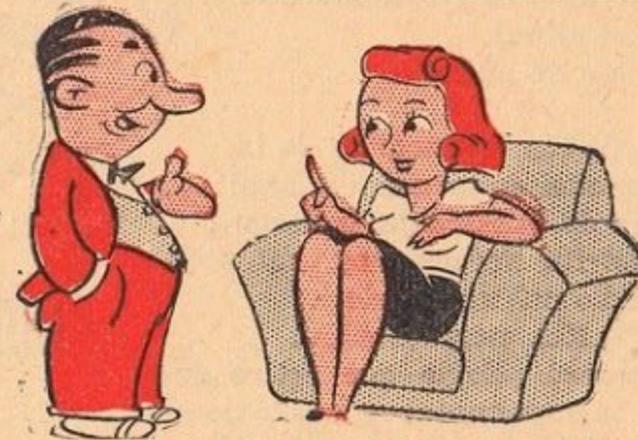
El nuevo rico metía a su hijo en la "frigidaire" para que no se echara a perder.

El contorsionista no quería dar su brazo a torcer.

ELLA. — ¿Qué me darás de premio por haberte preparado este arroz con pollo?

ÉL. — Te llevaré a comer al restaurant.

Cuando el avaro perdió un



guante, se hizo amputar un brazo.

Una señora entró en un negocio de objetos chinos.

—He roto una docena de platos en la cabeza de mi marido — dijo al dependiente — y necesito completar el juego en la mejor forma posible.

—Pero... ¿Y no ha muerto?...

—Vamos, joven... ¿Le parece que hubiera venido a comprar más platos si hubiera muerto?...

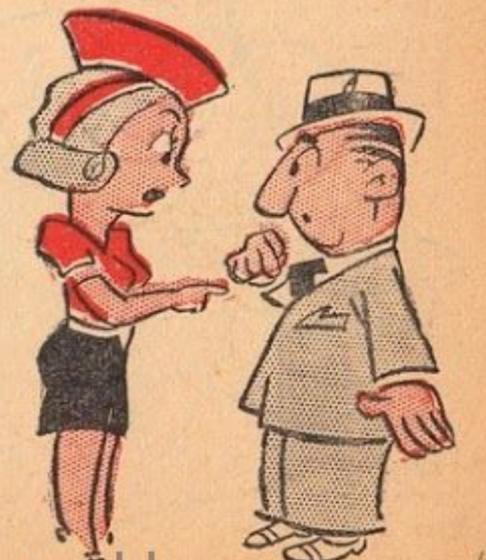
Como la barba le exi-

gía demasiado cuidados, durante la semana le ponía una funda.

—Espérame dos minutos, querido — le dijo ella. Y agregó: ¡A lo sumo podría tardar dos horas!

EL MARIDO. — Mañana iré a cazar. ¿Qué quieres que te traiga? ¿Liebres?... ¿Perdices?...

LA MUJER. — ¡Un zorro plateado!...



2. El. — ¡Justo para el traje azul que le encargué al sastre! ¡Necesitaba un traje nuevo!



ELLOS POR LUCY

1. El. — Querida... ¿cuánto economizaste este mes?
Lucy. — ¡Doscientos pesos, querido!



3. Lucy. — ¡Todos flamantes!... ¡Claro, cada año renueva su guardarropa! ¡Este año me toca a mí, que yo hace dos que no renuevo mi tapado!

6. El. — ¿No es regio, querida?... ¡El año te harás tú ropa nueva! ¿Eh?
Lucy. — Sí, querido.



7. ¡Muy buena mi idea de teñirle de azul aquel traje flamante!... ¡Este año me tocaba a mí!...

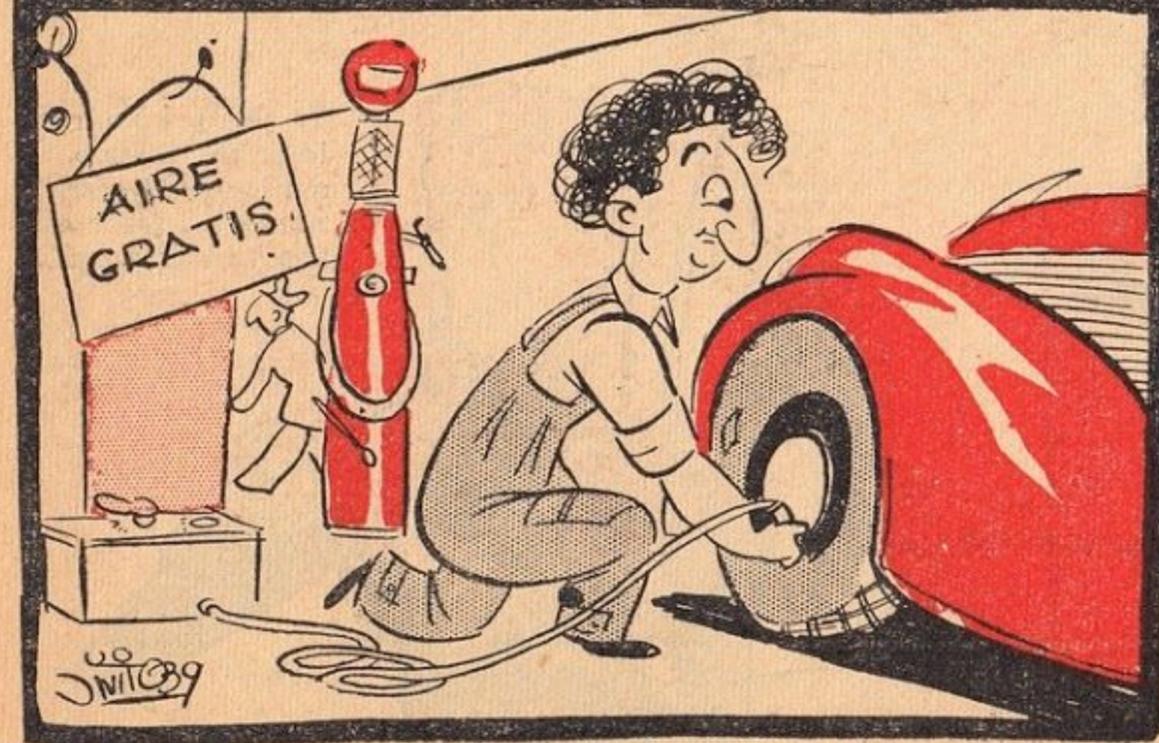
4. ¡Hola!... ¿Con el sastre?... ¡Vea, de parte de mi esposo que deje en suspenso ese traje que encargó!

DIAS DESPUES

5. Lucy. — ¡Querido, aquí te llegó el traje azul que encargaste al sastre!

Joseph Louis 39.

DE TAL PALO...



LOBO, ¿ESTAS...?

—¿ME permite fuego, señor?

—¡Cómo no! Le voy a dar en seguida...

—No, no... No se moleste. Deme directamente del cigarrillo.

—¡Faltaría más! De ninguna manera. Sírvase la caja.

—Muchas gracias.

—Valiente.

Están sentados los dos en el mismo banco. Cerca de ellos, juegan unos cuantos chiquilines con poca ropa y mucha mala educación. Las madres tejen a razón de un chismecito por punto.

—Linda tarde, ¿no?

—Así parece... No es por dame corte, pero cuando yo me decido a sentarme en algún banco de plaza, hace un día macanudo. Es raro que el tiempo no vaya de acuerdo con mis intenciones.

—Pero..., por las dudas, salga siempre con paraguas.

—Es un decir... ¿Asunto de mujeres?

—¡Qué esperanza! Tomando un poco de sol... ¿Y usted?

—Estoy esperando el colectivo...

Lo dice con una sonrisita sobradora que le llega al otro hasta el fondo del alma.

—¿El colectivo, dice?

—Irónicamente hablando. ¡Usted me sale con cada pregunta, compadre! Cuando un hombre como yo se decide a sentarse en el banco de una plaza, ¿qué puede estar haciendo sino esperar una mujer? ¡Me extraña!

—Eso, no. Se puede estar sentado en un banco de plaza y...

...y ser uno de esos tipos que buscan trabajo o que están entregados a las meditaciones espirituales... Pero, ¡avise si me ha visto cara de intelectual o de tipo que se gana la vida con el sudor de su frente!... Aquí donde usted me ve, estoy esperando a que se desalquile alguna casa de este barrio para ver si el nuevo inquilino me reporta algún nuevo programa... ¡Ya me he censado tres veces el elemento femenino de este barrio!

—¿Qué me dice!

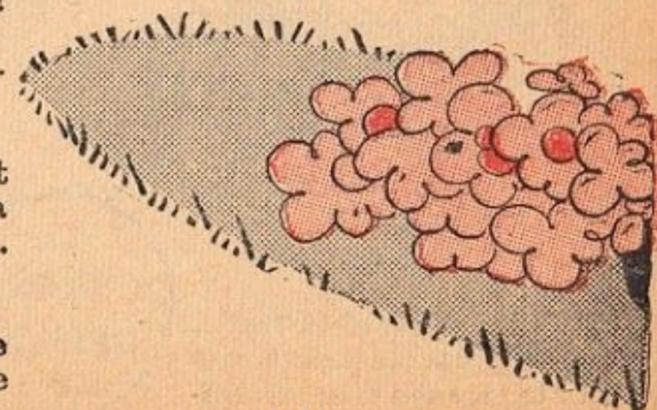
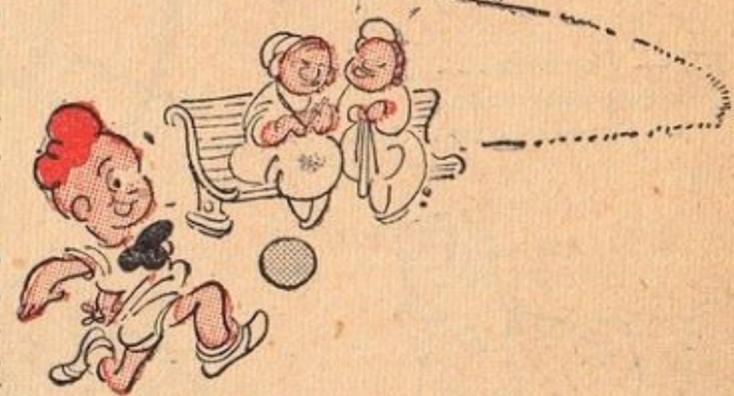
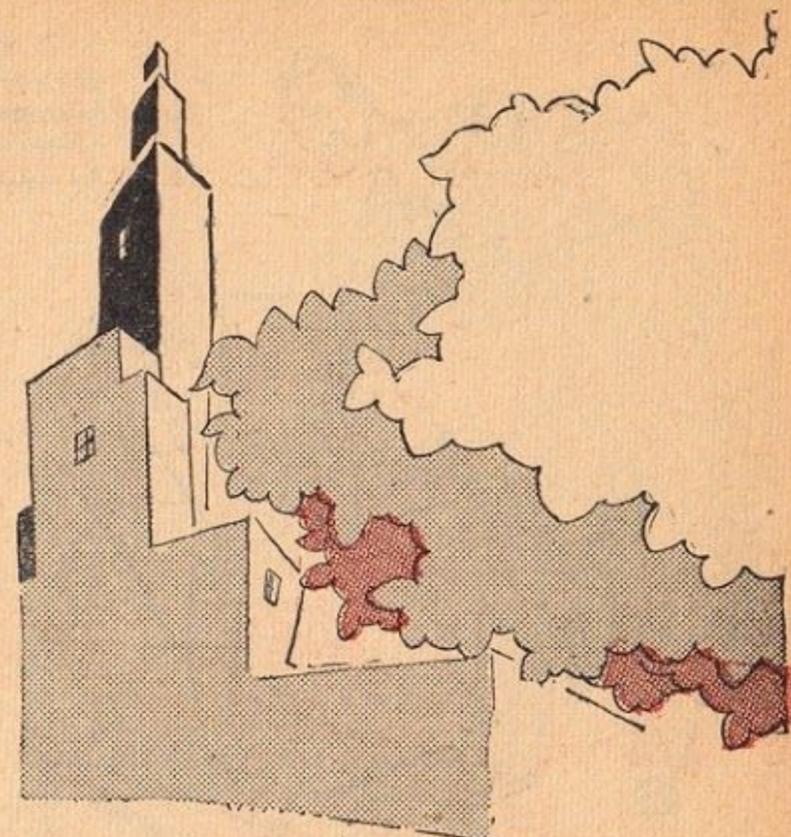
—Lo que oye. Como que en este barrio me llaman "el censo municipal".

—¿Qué notable!

—Lo mismo digo. ¿Conoce a esa chica fifí que vive en el chalet de la esquina? ¿Esa que mira a todo el mundo con cara de dictadora y que no le da corte ni al presidente de la Suprema Idem? Bueno... Pregúntele por qué cada día está más delgada...

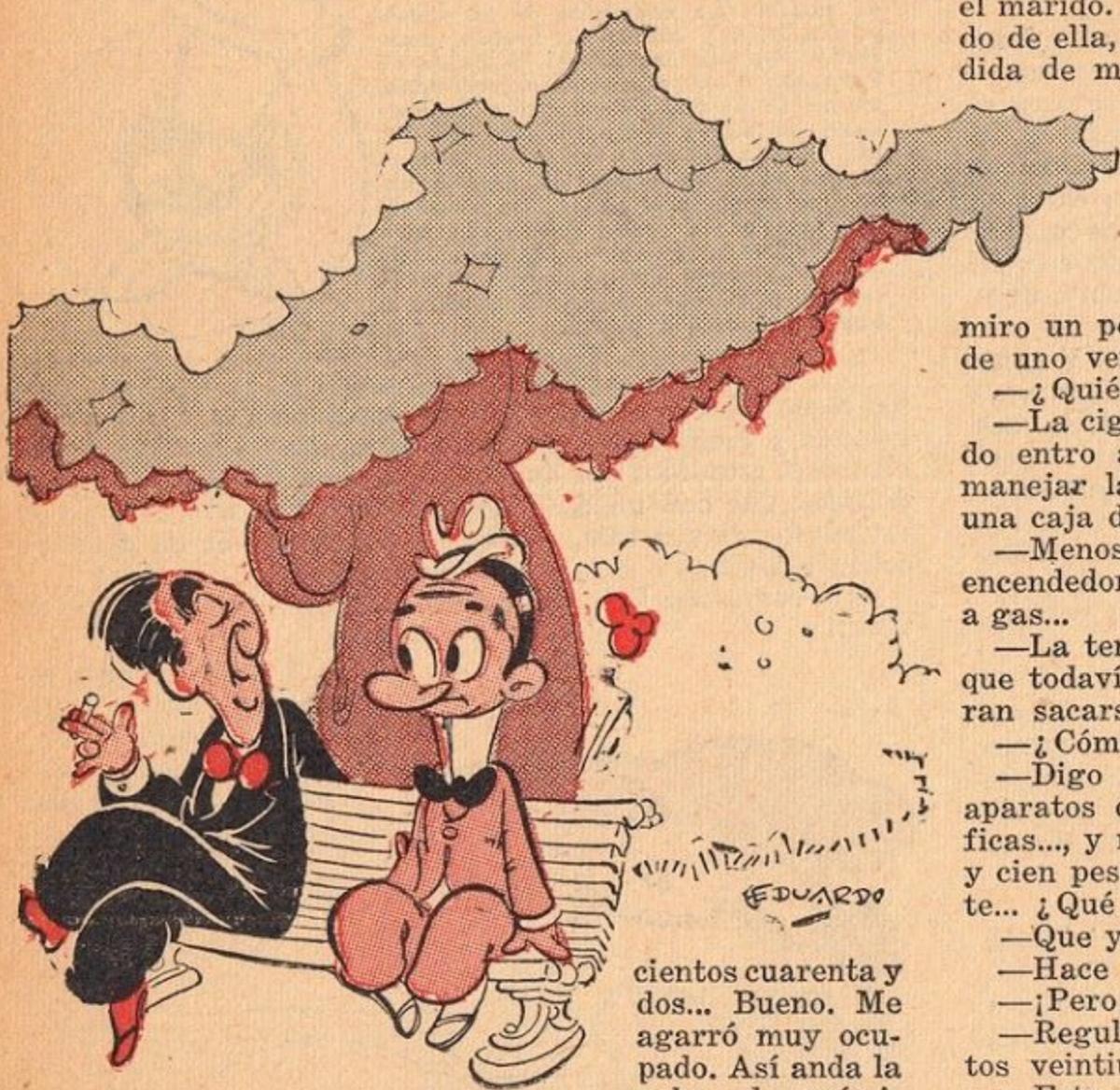
—Yo siempre la he visto robusta.

—Cómprase anteojos, compañero... Resulta que la nena ésa me agarró en el momento en que le arrastraba el ala a esta chica que trabaja de telefonista..., ¿la conoce?..., esa chica que vive en el sete-



TAL ASTILLA

Por M. L. MORETTI



EDUARDO

cientos cuarenta y dos... Bueno. Me agarró muy ocupado. Así anda la pobre de anémica... Pero, ¿qué

iba a hacerle? ¡Yo no puedo estar en todos lados!

—Hombre suertudo usted, ¿eh?

—¡Qué se le va hacer!... La cuestión es que..., este..., ¿dijo suertudo recién? ¡No me haga reír! ¡Cuando tenga un minuto de tiempo, fíjese de qué punto

del antebrazo llevo sujeta la mano! No sé si sabrá que se llama muñeca...

—¡Ah, loro!

—Regular no más... ¿Conoce a la viuda ésa que vive en el setecientos once? Bueno. Ya no se acuerda ni en qué cementerio está sepultado el marido. Con eso le digo todo... Sentado al lado de ella, mi amigo, tiene la causa de esa pérdida de memoria...

—¡Formidable, che!

—¿Quiere fumar?

—No, gracias. Recién tiro.

—Quería darle un cigarrillo para que se enterase de la marca. Un peso y veinte el paquete... Le pido de treinta y cinco, pero... la

miro un poquito..., y agarra un paquete de los de uno veinte...

—¿Quién?

—La cigarrera del setecientos sesenta. Cuando entro a la cigarrería, se olvida hasta de manejar la caja registradora. Un día le pedí una caja de fósforos y me dió un encendedor...

—Menos mal que no se le ocurrió pedirle un encendedor, porque era capaz de darle la cocina a gas...

—La tengo enloquecida. Lo peor del caso es que todavía hay zonzos en el barrio que esperan sacarse un premio con los cigarrillos...

—¿Cómo dice?

—Digo que ya tengo seis bicicletas; cuatro aparatos de radio; veinte lapiceras estilográficas..., y no le cuento los vales por cinco, diez y cien pesos..., porque no me gusta darme corte... ¿Qué me dice?

—Que yo no compro más en esa cigarrería...

—Hace bien...

—¡Pero usted es un fenómeno, mi amigo!

—Regular... ¿Conoce a la rusita del setecientos veintiuno?

—Este... Vea, che... Un momentito. Vuelvo en seguida.

—¿Qué? ¿Ya se va? Espérese que le cuento lo de la rusita.

—Un momento... Voy a mi casa y vuelvo.

—¡Pero, che! Me extraña. Me deja en lo mejor.

—Vuelvo en seguida... Voy a avisarle a mi mamá, a mis dos hermanas y a mi abuelita que no salgan a la calle... ¡Por favor! ¡Después vuelvo!

ENEMIGOS DEL HOMBRE

POR DIVITO



LA GULA DE DOS SAPOS

PARA LOS NIETITOS DE ADA LIND

versarios son gustosos, propongo formar aquí mismo un juicio oral para ver cuál de los dos tiene razón.

—¡Eso mismo! ¡Viva don Zorro!... ¡Que se haga el juicio oral! — exclamaron alborozados los animales.

Tomó ubicación el juez en lo alto de una piedra, mientras en otras dos, más pequeñas y bien separadas entre sí, eran colocados los antagonistas. Don Zorro echó una mirada hacia uno y otro, y luego de poner orden golpeando con un martillito sobre la cabeza del burro, que era la más dura, dijo:

—¡Que hable el que crea tener razón!...

—¡Yo, señor juez! — respondieron a coro los sapos. Y antes de que el juez pudiese impedirlo, hablaron a un tiempo, proponiendo que se les abriera la barriga para ver cuál de los dos tenía más moscas. Quien tuviese más, debía entregar al perjudicado la cantidad necesaria para que quedasen igualados.

Al juez y a los miembros del jurado les pareció muy atinada la solución y de inmediato llamaron al Mono Sabio, médico de aquel bosque, quien, por tener cuatro manos, podía hacer las dos operaciones al mismo tiempo. Así se hizo. Los sapos glotones fueron tendidos sobre dos lechos de hierbas, debajo de un árbol, y allí el Mono Sabio, colgándose con la cola de una rama baja, y ayudado por dos arditas enfermeras, realizó las operaciones con toda felicidad. Realizado el recuento de moscas, se comprobó que ambos sapos tenían exactamente la misma cantidad. Cuando el Mono Sabio terminó la costura de las barrigas y los enemigos se enteraron del resultado, se abrazaron emocionados.

—¡Perdóname, mi querido amigo!

—¡No tengo nada que perdonarte, hermanito!... ¡Además, yo nunca he dudado de ti!... Y, mira, para que veas que siempre te quise bien y que no te guardo rencor, te invito a que vayamos ahora mismo a darnos un banquete de moscas.

—¡Aceptado, camarada, aceptado!

Mas la enérgica voz del Mono Sabio detuvo a los dos sapos.

—¡Alto ahí, amiguitos!... ¿Os creéis que después de una seria operación se puede volver a semejantes comilonas?...

—¿Qué queréis decir, doctor?—preguntaron atónitos los sapos.

—¡Que estaréis dos meses a dieta! ¡Tomaréis solamente dos gotas de rocío!

—¡¡¡¿¿¿A gotas de rocío????!!!

—¡Como lo oís! ¡Dos gotas de rocío por la mañana y dos por la noche!...

Y noches más tarde, cuando el resto de los sapos salían de



S ENTADOS sobre sendos hongos, discuten acaloradamente dos sapos comilones.

—¡Te digo que esa mosca era mía! — exclama furioso uno de ellos.

—¡No, señor! ¡Yo la vi primero y es mía! — responde su adversario, inflando enojado la garganta.

—¡Lo que pasa es que tú eres un glotón!

—¡Y tú un embustero!

—¡Repite lo que has dicho y te daré tu merecido!

—¡Embustero!

No esperó más el sapo ofendido y se dirigió resueltamente hacia su enemigo. Y armaron una batahola tal, que en pocos minutos atrajeron hacia el lugar a los animalitos del bosque.

—¿Qué es lo que sucede aquí? — preguntó don Zorro, el viejo Juez de la comarca, limpiando sus gafas, después que algunos comedidos separaron a los iracundos sapos, que se miraban de reojo, con ansias de seguir la pelea.

—¡Que ese tunante me ha robado una mosca! — exclaman a un tiempo los dos sapos, procurando libertarse de los cuatro conejos que los sujetan.

—Calma... calma... — exclama don Zorro, el viejo Juez —. Estas cosas es mejor aclararlas con tranquilidad. Y si los ad-

LA RECETA DE HOY

“BUDIN PRIMOR”

Por ESPUMITA LA REPOSTERA

Ingredientes: Dos huevos. Una cucharada de manteca. Un cuarto kilo de azúcar. La rayadura de un limón y una taza y media de harina, mezclada con una cucharada de polvo de hornear. Todos estos ingredientes, menos la harina con el polvo de hornear, se baten juntos hasta que estén bien unidos. Luego se le agrega la harina y se sigue batiendo hasta que se forme una pasta. En caso de que esta pasta quede demasiado dura se le agrega un poco de leche. Se vierte entonces en un molde enmantecado y se pone a horno moderado hasta que esté a punto.

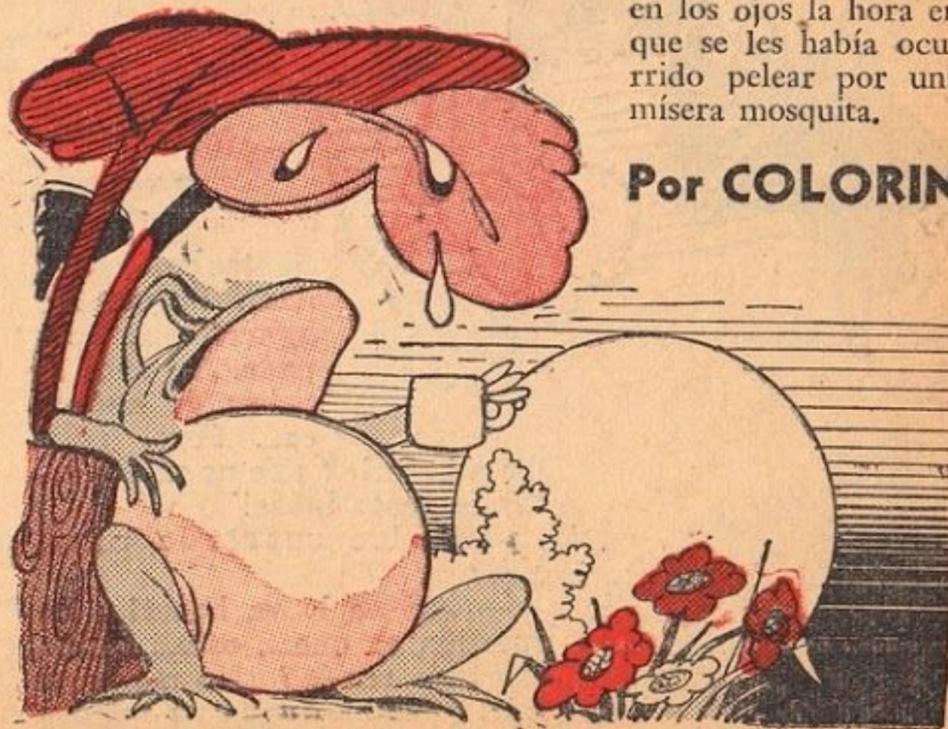


sus escondrijos y se regalaban con opíparas cenas, a base de insectos y luciérnagas, nuestros amigos, hospitalizados y solícitamente atendidos por dos arditas de cofias blancas y almidonadas, que con un cuentagotas recogían el fresco rocío de los pétalos de una rosa, que luego, por medio de un embudo, daban a los sapos, mientras decían:

—¡Y recuerden bien, comilones!... ¡Dos meses a gotas de rocío!

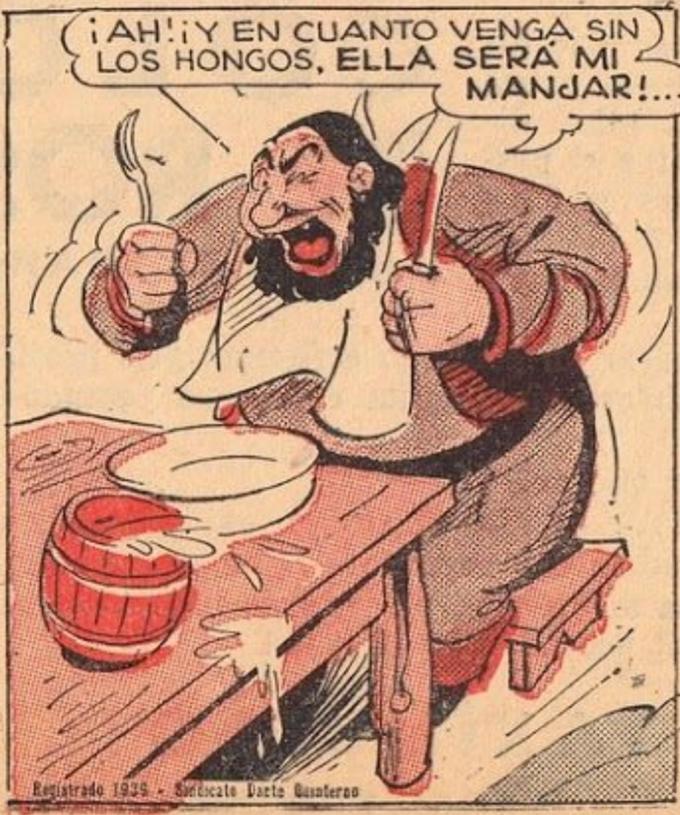
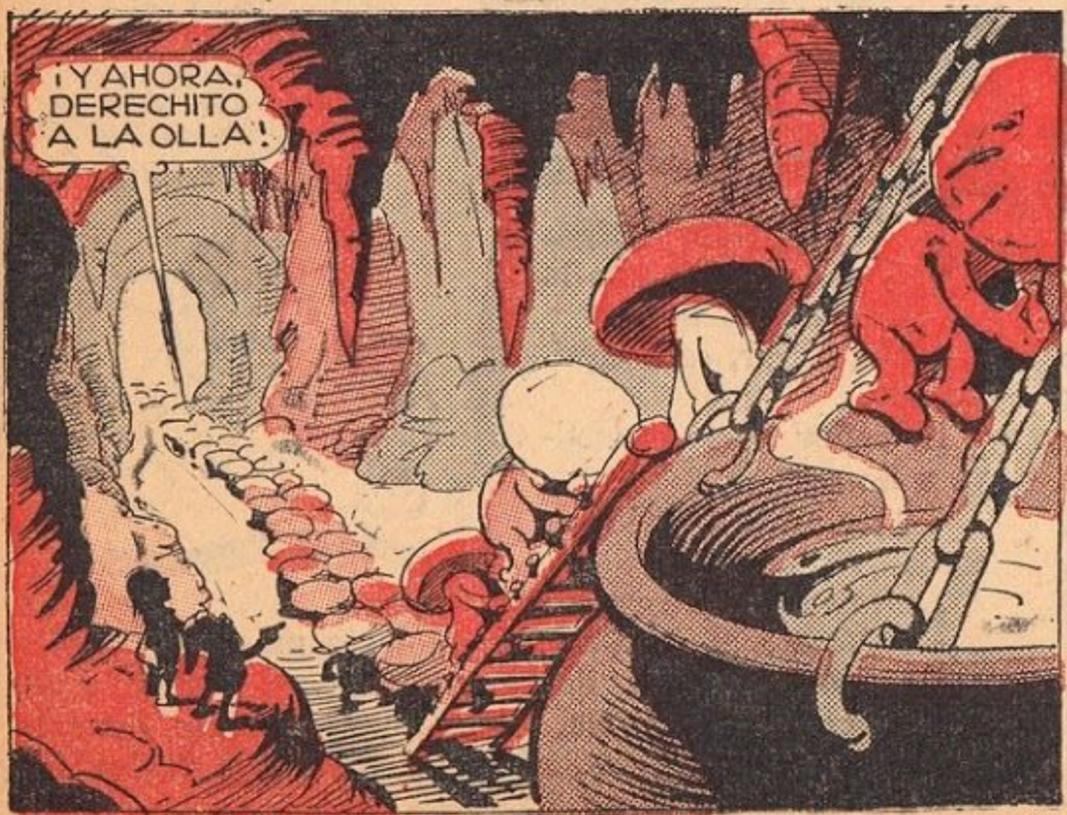
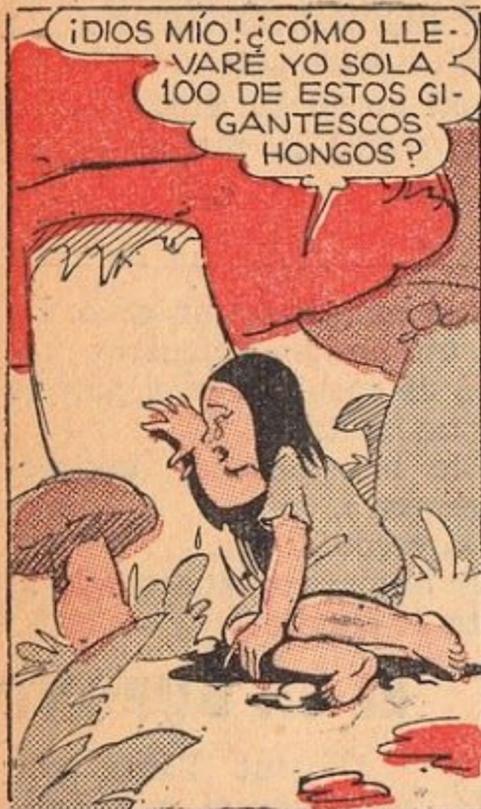
Y los comilones recordaban con lágrimas en los ojos la hora en que se les había ocurrido pelear por una mísera mosquita.

Por COLORIN



EL GNOMO PIMENTON

Por ADA LIND
DIBUJOS DE BLOTTA



CONTINUARÁ

EN LA RULETA



—No sé, no me explico. Solamente le dije que aun no habíamos perdido todo, pues me quedaban las "perlas" que él mismo me regaló cuando éramos novios...

HISTORIAS DE PESCADOS

Hacía un buen rato que el hombre esperaba que le sirvieran el pejerrey que había pedido. Al fin se acercó el mozo y, con gran sorpresa suya, depositó en la mesa una fuente con un gato.

—¿Qué es esto?... — gritó el parroquiano hambriento —. ¡He pedido un pejerrey! ¿Dónde está?

El mozo, señalando el gato, repuso:
—Adentro, señor.

El pescador regresaba a su casa llevando un magnífico dorado, cuando se encontró con un amigo. Mientras conversaban, pasó un gato y el amigo lo agarró de la cola.

—Vamos a ver — le dijo al pescador — si sabes esta adivinanza. ¿Qué diferencia hay entre el pescado que llevas y este gato?...

—¿Qué diferencia hay? No sé...

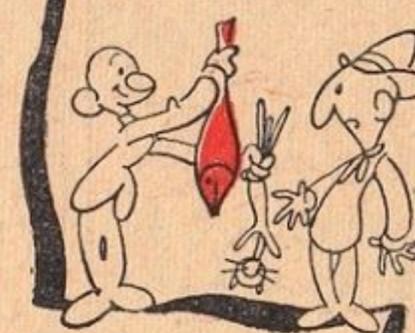
—Trata de hacer un pequeño esfuerzo. ¿Es posible que no halles diferencia alguna entre ese pescado y este gato?...

—Te aseguro que no.

—¡Muy bien!... — dice el amigo, entregándole el gato y despojándolo del pescado —. ¡Ya que no hay, para ti, ninguna diferencia, no tendrás inconveniente en cambiarme el pescado por el gato!

EL TAXÍMETRO

Un escocés se sacó la grande en la lotería, y lo pri-

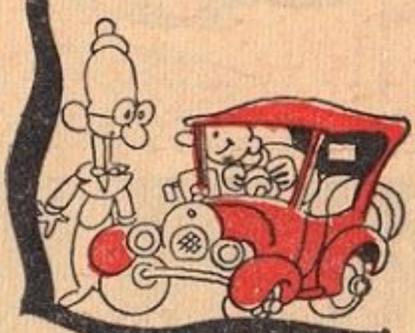


DULCE HOGAR

—¡Está bien! — exclama el marido, fatigado, después de haber discutido dos horas con su mujer —. Admito que las cosas son como tú dices...
—¡Demasiado tarde! — responde la mujer —. ¡Ahora pienso todo lo contrario!

mero que hizo fué comprarse un auto. Lo vió una tarde un amigo, mientras paseaba, y no dejó de sorprenderse, porque el auto llevaba taxímetro.

—¿Por qué le has colocado taxímetro?... — le preguntó.
Y respondió el escocés:
—¡Para saber lo que voy ahorrando al no tomar auto de alquiler!



EL Sr. DUPONT

Dupont llama por teléfono al establecimiento de baños turcos.



—¡Hola! Dígame, ¿hablo con la casa de baños?
—No, señor, está equivocado.
El señor Dupont vuelve a llamar.
—¡Hola!... ¿Con la casa de baños turcos?

La misma voz responde:
—¡Váyase al diablo y no moleste más!
El señor Dupont llama por tercera vez y dice:
—¡Quiero advertirle, señor, que si trata de esta manera a sus clientes, ninguno volverá a tomar baños turcos en su casa!...

LA VIDA COLOR DE ROSA

Por PEPE EL TRANQUILO

**¡UN GRAN
ESPECTACULO
EN
BUENOS AIRES!**

LA SEGUNDA REVISTA MARAVILLOSA

*Presentada por "SELLO AZUL"
en el teatro al aire libre
más grande de Sudamérica*

VISITE LA SOCIEDAD RURAL (Plaza Italia)

Y VIVIRA UNA VERDADERA NOCHE PORTEÑA

¡MENOS MAL QUE SALVÉ
EL DELICIOSO
POSTRE CRIOLLO
PIC-NIC!



**UN PRODUCTO
DE LORENZI**



La clásica combinación del **POSTRE CRIOLLO** (queso y dulce) ideal para llevar a pic-nics, viajes, excursiones, etc.

**SIEMPRE DELICIOSO
COMO POSTRE
O MERIENDA**